



Centro  
Conjunto de  
Desarrollo  
de Conceptos

## Cuestiones sobre ética militar



MINISTERIO DE DEFENSA



Centro  
Conjunto de  
Desarrollo  
de Conceptos



## Cuestiones sobre ética militar



MINISTERIO DE DEFENSA



Catálogo de Publicaciones de Defensa  
<https://publicaciones.defensa.gob.es>



Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado  
<https://cpage.mpr.gob.es>

publicaciones.defensa.gob.es  
cpage.mpr.gob.es

Edita:



Paseo de la Castellana 109, 28046 Madrid

© Autores y editor, 2022

NIPO 083-21-182-1 (edición impresa)

ISBN 978-84-9091-573-8 (edición impresa)

NIPO 083-21-183-7 (edición en línea)

Depósito legal M 33688-2021

Fecha de edición: febrero de 2022

Maqueta e imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

Las opiniones emitidas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de los autores de la misma.

Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del copyright ©.

En esta edición se ha utilizado papel 100% libre de cloro procedente de bosques gestionados de forma sostenible.

## *In memoriam*

Cuando el último borrador de este libro se encontraba preparado para ser enviado a la imprenta, nos llega, de repente e insospechadamente, la noticia del fallecimiento de Javier Hernández-Pacheco Sanz. El catedrático de Filosofía de la Universidad de Sevilla, infatigable, animoso y profundamente ético en un mundo a menudo necesitado de esa cualidad, fallece a consecuencia de la pandemia causada por el coronavirus.

Para todos los que componemos el grupo de trabajo no es una cifra más a contabilizar en esta tragedia real que tanto está haciendo sufrir a España y muchos otros países. Se trata de un colaborador habitual del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional y de otras instituciones, como el Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, que reúnen a civiles y militares para analizar, discutir e investigar sobre la paz y la guerra, la seguridad y la defensa.

Sirvan estas palabras, producto de nuestra obligación moral con el profesor Hernández-Pacheco, de homenaje póstumo en la obra que Javier no podrá ver sino con los ojos de su espíritu noble, afectuoso y tan cercano y entrañable a los componentes y a toda la institución militar.



# ÍNDICE

	Página
<b>Introducción</b> .....	9
<i>Rafael Sánchez Ortega</i>	
<b>Capítulo primero</b>	
<b>La educación y formación en ética militar</b> .....	21
<i>Juan A. Moliner González</i>	
Introducción.....	23
Concepto y sentido de la ética militar .....	25
Por qué es necesaria la ética militar .....	28
La formación del profesional en ética militar.....	32
La toma de decisiones éticas en el campo de batalla .....	35
Áreas de formación en ética militar.....	37
Métodos y técnicas para la formación en ética militar.....	38
Reforzamiento de la ética de las virtudes .....	40
Mejora de la competencia moral / profesionalismo moral .....	41
Evitación de la desafección moral.....	42
Estudio de casos y entrenamiento en dilemas éticos militares .....	43
Importancia ética de la diversidad y conciencia cultural ( <b>cultural awareness</b> ) .....	45
Conclusiones y alguna propuesta .....	46
<b>Capítulo segundo</b>	
<b>¿Qué es el honor militar?</b> .....	49
<i>Federico Aznar Fernández-Montesinos</i>	
La cultura militar .....	51
La cultura militar como cultura heroica.....	56

	Página
La cultura militar como cultura de honor.....	60
El honor militar.....	65
Conclusiones.....	72
 <b>Capítulo tercero</b>	
<b>¡Viva la muerte! Los límites de la existencia en la ética militar en el centenario de la Legión Española.....</b>	<b>75</b>
<i>Javier Hernández-Pacheco</i>	
Ética militar: heroica o postheroica.....	75
El incidente de Salamanca.....	77
¡Viva la muerte!.....	80
Más allá de los límites de la existencia: el sentido del honor.....	82
¿Legio Patria nostra?.....	84
La buena muerte.....	87
 <b>Capítulo cuarto</b>	
<b>Los pilares de la guerra se desvanecen.....</b>	<b>91</b>
<i>Andrés González Martín</i>	
Introducción.....	93
Cada tiempo tiene su propia teoría de la guerra.....	96
La naturaleza de la guerra es inmutable.....	98
Cada guerra es única y pondrá a prueba la ética militar.....	100
La desaparición de los rituales.....	104
La consagración de la guerra y la victoria, deber, honor y patria.....	107
Consumo luego existo, cuando el cálculo sustituye al pensamiento.....	109
El crepúsculo del deber: la ética indolora de los nuevos tiempos.....	114
Los mejores ángeles de nuestra naturaleza.....	115
El mundo postheroico.....	118
 <b>Capítulo quinto</b>	
<b>Ética para humanos en tiempos de máquinas.....</b>	<b>121</b>
<i>Ángel Gómez de Ágreda</i>	
Fuerzas Armadas en red para el siglo XXI.....	123
Mundo físico - Mundo digital.....	130
Ética de un campo de batalla híbrido hombre-máquina.....	135
Bibliografía.....	145
<b>Composición del grupo de trabajo.....</b>	<b>151</b>

# Introducción

Rafael Sánchez Ortega

«Siempre es el momento propicio para hacer lo correcto.»

MARTIN LUTHER KING

Creo muy acertado que se haya incorporado al Plan Anual de Investigación 2020 del CESEDEN una publicación referida a la ética militar, tan necesitada de ser estudiada, analizada, difundida y enseñada sistemáticamente en las Fuerzas Armadas y, por qué no, en la sociedad.

Por mucho que se hable de ética y de ética militar, y se crea poseer un suficiente conocimiento de la materia, no se tiene una conciencia profunda de qué es la ética militar, su significado e importancia para el militar profesional, los principios éticos, qué es la moral militar, sus normas, la relación de ambas con el derecho, en especial con el Derecho Internacional Humanitario (DIH), poder comprender la naturaleza axiológica de los valores castrenses cuya práctica las transforman en las virtudes que dan identidad a la profesión militar.

La ética, como ciencia<sup>1</sup> de la razón y rama de la filosofía, merece ser reflexionada, meditada y aprehendida para el bien del individuo y del grupo social al que pertenece. Algo semejante ocurre con la moral. Para nosotros, los militares, añadirles a la ética y la moral el adjetivo *militar* debe hacernos mostrar un interés, aún mayor, por su estudio y aprendizaje.

Los valores castrenses, en su conjunto, podemos definirlos como *ética militar* y corresponde a una de las acepciones que nos ofrece la Real Academia de la Lengua, que define a la *ética* como el «conjunto de normas morales que rigen la conducta de la persona en cualquier ámbito de la vida».

*Ética* y *moral* son conceptos diferentes, pero a menudo se utilizan como si fueran sinónimos.

---

<sup>1</sup> La ética puede ser considerada una ciencia porque tiene su propio campo de estudio, su objeto y método de investigación, y sus resultados pueden ser verificados, rectificadas y explicados en sus planteamientos y conclusiones.

No está de más recordar que, etimológicamente, la palabra *ética* viene del griego *ethikos*, «modo de ser», «hábito», «carácter». La ética trata del estudio fundamentado del bien y el mal, de los valores morales que guían el comportamiento humano en la sociedad. También se la conoce como el «conjunto de costumbres y normas que dirigen y valoran el comportamiento del hombre en una comunidad».

En cambio, la *moral* (del latín *moralis*, «costumbre», «relativo a las costumbres») se refiere a las costumbres, normas, tabúes y convenios establecidos por cada sociedad, así como del comportamiento en el que consiste nuestra vida.

Por su parte, la ética militar es una ética deontológica y aplicada que establece relaciones entre valores, principios morales y virtudes militares. Es parte de la ética profesional que incluye principios y conclusiones sobre el fenómeno social y humano que es la guerra. En sí misma, es un cuerpo doctrinal que debe ser estudiado para formar y capacitar al militar en el ejercicio de sus funciones y obligaciones (el deber militar), pero también para la sociedad democrática que delega el uso de la fuerza en sus militares.

Siendo esto así, los militares debemos reflexionar, analizar y valorar los asuntos de la ética militar, dada la transcendencia que tiene el haber adquirido el compromiso de defender militarmente a la sociedad, y que con el correcto ejercicio de sus misiones y cometidos contribuyen al buen gobierno del Estado.

Refiriéndonos a los principios éticos, estos son las reglas que sirven de guía para definir la conducta humana, ya que recoge aquello que se toma como válido o bueno. Un *principio* (del latín *principium*, «tomar lo primero») es el comienzo de algo y su significado puede ser tomado como el de «valor o postulado que se tiene en cuenta para el desarrollo de un acto o acción». De este modo, también equivale a *norma*.

En un sentido general, en las sociedades actuales existe una serie de principios éticos que son calificados de básicos como, por ejemplo, el principio de humanidad, que dicta que debe respetarse la vida ajena y la dignidad de la persona, el de igualdad de las personas, el de disfrutar de los mismos derechos y obligaciones, o el de solidaridad en su sentido de «búsqueda del bien común y de ayuda a los demás necesitados de ella».

Y es que la ética militar no es distinta o ajena a la de la cultura y sociedad a la que pertenecen sus Fuerzas Armadas. Los valores de la profesión militar emanan de los valores nacionales, están inmersos en ellos y a ellos deben adaptarse. Los valores nacionales deben ser como la luz que ilumina y orienta a los valores militares.

Bien es verdad que algunos de esos valores pueden ser vividos por los profesionales de las armas en distintos grados o intensidad a como lo hacen los ciudadanos de la sociedad y, además, los valores militares tienen una pervivencia mayor en la milicia que en su sociedad, su adaptación a los de la nación es más lenta. Otra característica de los valores castrenses es que gozan de cierta universalidad y son compartidos por los miembros de otros ejércitos de nuestro ámbito cultural porque parecen estar impresos en sus conciencias.

Así, por ejemplo, el general portugués Belchior Vieira, en su libro *Liderança Militar*, escribe: «Los valores de la profesión militar, como profesión al servicio de un Estado democrático, tienen que ser consistentes con los valores morales, espirituales y sociales que definen el carácter fundamental de la Nación, tales como: la verdad, la justicia, la honestidad, la dignidad humana, la imparcialidad, la igualdad y la responsabilidad personal. Unas Fuerzas Armadas no pueden dejar de reflexionar y de ser orientadas por estos valores...»<sup>2</sup>.

Volviendo al significado de la ética militar, como dice el general Ortega Martín<sup>3</sup>, con el que se está de acuerdo, esa necesidad de estudio y, en cambio, el poco tiempo dedicado a ello vienen dados porque ni la universidad ni la Administración han dado la importancia que se merece al análisis de la ética militar ante las nuevas operaciones que se están desarrollando actualmente (y yo incluyo las futuras que están al acecho), ni a la necesidad de un adiestramiento práctico de los cuadros de mando y clase de tropa para que adquieran un espíritu crítico «capaz de responder con rectitud moral ante circunstancias y decisiones complejas», en especial en el campo de batalla.

A los principios éticos se refieren las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas<sup>4</sup> (ROFAS) que, ya en su preámbulo, subrayan la importancia que tienen. Y es verdad, según se puede leer en él, los militares deben tener la plena confianza que cuando toman sus decisiones relativas al servicio lo hacen respetando unas reglas de comportamiento irreprochables y que aquellas se ajustan a los principios éticos que guiarán su conducta y que son «justos y adecuados a la sociedad a la que sirven».

<sup>2</sup> BELCHIOR VIEIRA, G. *Liderança Militar*. 2002. Coronel Nuno Miguel Pascoal Dias Pereira Da Silva. «A ética do militar no século XXI». La Ética del Soldado del Siglo xxi. XV Conferencia de Colegios de Defensa Iberoamericanos. ACADEMIA NACIONAL DE ESTUDIOS POLÍTICOS Y ESTRATÉGICOS. CHILE 2014. pág. 263.

<sup>3</sup> ORTEGA MARTÍN, J. *La ética en las operaciones militares del siglo xxi*. Grupo Atenea, 2015, pág. 23.

<sup>4</sup> Real Decreto 96/2009, de 6 de febrero, por el que se aprueban las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas.

El artículo 15 de las ROFAS establece claramente que la norma de vida que tiene que seguir el militar deberá estar guiada por la primacía que le dé a los principios éticos y resalta que, mediante su cumplimiento exacto, contribuirá a la fortaleza de las Fuerzas Armadas. Esta afirmación no es baladí, en absoluto.

La aproximación a la ética del combatiente cuando está desplegado, que hacen las ROFAS en sus nueve artículos del capítulo VI, se considera demasiado breve teniendo en cuenta la materia del DIH que tratan, que es tan significativa y de suma importancia para la correcta conducción de las acciones de combate.

Esos artículos incluyen mandatos, reglas de conducta que no obedecen sino a principios éticos que llaman a respetar principios fundamentales del *ius in bello* como son el de humanidad (artículo 110, en relación con la *Cláusula Martens* de los cuatro Convenios de Ginebra de 1949), no discriminación (artículo 107, en relación con el artículo 12 del primer Convenio de Ginebra), de limitación de medios y métodos de hacer la guerra y nuevamente el principio de humanidad, pues no se deben emplear aquellos que causen males superfluos o sufrimientos innecesarios (artículo 114, en relación con el artículo 35.1.2. del Protocolo Adicional I a los Convenios), el de respeto a la dignidad inherente de la persona (artículo 112, en relación con los artículos 76 y 77 del Protocolo Adicional I), el de distinción (artículo 111, en relación con los artículos 44.3 y 50 del mencionado Protocolo Adicional I).

Para el final se ha dejado a propósito la mención al artículo 106, que dicta que el militar deberá conocer, difundir y aplicar en el transcurso de cualquier conflicto armado los convenios internacionales de los que España sea parte, como es el caso del DIH. Su desconocimiento no le eximirá de su responsabilidad y una infracción grave contra los preceptos de este derecho pudieran ser considerados como infracciones graves, ser acusado por crímenes de guerra y estar sometido a juicio por un tribunal nacional o ante la Corte Penal Internacional como infractor del artículo 8 de su estatuto (Estatuto de Roma).

Es conocido, y se realiza lo mejor posible, que: una buena instrucción y un acertado adiestramiento del soldado antes de su despliegue a zona de operaciones, para cumplir la misión que se le encomiende, a menudo usando lícitamente la fuerza letal, es crítico para que regrese a salvo y, no menos importante, con la conciencia tranquila. Principios éticos militares y estricto cumplimiento del DIH se dan la mano para que este deseo se cumpla.

Cuando se reunió por primera vez el grupo de trabajo, que tengo el honor de presidir, se expusieron diversos puntos de vista sobre qué aspec-

tos de la ética militar queríamos estudiar para entregar al CESEDEN, a modo de buen resultado. Un trabajo que constituyera nuestra contribución para reflexionar y dar a conocer este aspecto de la carrera militar, justo en el centro docente militar más apropiado, el dedicado a los Altos Estudios de la Defensa Nacional, al análisis, la investigación, al desarrollo de nuevos conceptos y al pensamiento militar.

La idea inicial era orientar el estudio a la ética militar en las operaciones, pero es verdad que la ética militar que el combatiente debe seguir cuando está participando en las hostilidades o en un conflicto armado (eufemismo del término *guerra*, habitualmente desechado en el derecho nacional e internacional especial) no es distinta a la que debe regir su comportamiento como profesional de las armas en su unidad e, incluso, en su vida privada. La conducta ética en operaciones será más exigente porque debe adaptarse a la situación, le pondrá en alerta y en tensión para que su acción militar sea acorde con su recta conciencia que ha sido forjada a base de estudio y práctica habitual ya «en el origen».

No se trata ya de que una mala actuación ética o inmoral durante su intervención en las operaciones le pueda acarrear sanciones por incumplimiento de los principios básicos y disposiciones de obligado cumplimiento del DIH, de suma transcendencia como hemos visto. También se trata de que su mala conducta y falta de ética destruye su conciencia de buen combatiente y su propia personalidad como militar, que puede tener unas consecuencias desastrosas para su unidad, que generará una absoluta pérdida de confianza en él y afectará seriamente a la moral de sus compañeros. Da igual el empleo militar que ostente. No importan las circunstancias del momento. Más grave aún si el infractor es el jefe del equipo.

Sí. La ética militar debe ser estudiada y meditada para averiguar por qué puedo o no puedo realizar una determinada conducta, si es buena o no lo es, las razones que justifican si un acto es correcto o incorrecto, dejando para la moral la prescripción, el establecimiento inmediato del comportamiento, el qué hacer.

Cierto. Sin querer ser reiterativos, la conducta ética del soldado en combate no se improvisa ni se practica por primera vez en esa extrema situación en la que peligra la vida de sus compañeros o la suya propia. La ética militar en las operaciones debe ser fruto de su previa interiorización y es el fundamento esencial de esa correcta conducta que se adquiere ya en tiempo de paz, pues la confianza y seguridad en sí mismo cuando usa legal y lícitamente la fuerza letal —que, no se olvide, produce «destrucción y muerte», como expone el general

Juan Antonio Moliner en su capítulo— tiene su origen en los fundamentos éticos aprendidos y practicados anteriormente.

No. El foco había que abrirlo y el grupo llegó a una conclusión: debido a que, en la literatura especializada en lengua española, no son muchos los autores y trabajos dedicados al estudio de este importantísimo asunto de la profesión militar y, guiados por la intuición, seguiríamos un método a modo de «charla, de intercambio de opiniones alrededor de un café» sobre puntos de vista que conciernen a la ética militar. Se dio «libertad de cátedra» a sus integrantes en la confianza de que cada uno expusiera aquellos aspectos de la ética militar que quisieran analizar y resaltar, que significara su valiosa contribución al trabajo final, de forma que el conjunto que ofrece la totalidad de los capítulos contribuiría a un mejor conocimiento, si cabe, sobre la ética militar.

Sinceramente así lo creo. Se ha reflexionado y estudiado con profundidad esta ciencia desde diversos puntos de vista, se han contemplado con discernimiento sus caras que nos han devuelto, a modo de reflejo especular, imágenes de nuestra propia naturaleza humana, de ciudadanos uniformados a los que nos identifican con un grupo específico de la sociedad que quieren, que deben cumplir con el compromiso adquirido con el Estado; a fin de cuentas, con la defensa militar de nuestros conciudadanos aún a costa de la propia vida.

El general Juan Antonio Moliner González, doctor en Seguridad Internacional, hace un concienzudo estudio y una reflexión de la ética militar desde diversos ángulos en su capítulo titulado «La educación y formación en ética militar».

La hipótesis que mantiene en su relato es que no solo se deben tratar y analizar cuestiones de ética militar en academias y centros de formación de las Fuerzas Armadas, sino que considera imprescindible hacerlo para el ejercicio apropiado de la milicia. Se subraya y expone la necesidad de enseñar ética militar, con método, incluso con actividades prácticas, así como la importancia de su estudio.

La ética militar es la deliberación y el razonamiento, desde postulados éticos, sobre la profesión militar y su función esencial es, llegado el caso, el uso de la fuerza militar, el combate. A través de esa capacitación el militar profesional encuentra el camino para interiorizar la ética militar que le ofrece, a modo de guía de conducta, unos códigos morales a los que atenerse.

Se está de acuerdo con él cuando expone que son las Fuerzas Armadas las que tienen la responsabilidad de planear una adecuada formación de los militares que coadyuvará a este en su propia respon-

sabilidad de capacitarse para la toma de decisiones. A este respecto no hay en España centro alguno, civil o militar, que imparta cursos de postgrado sobre ética militar, una actividad formativa que hay que reglar, estructurar e impartir.

El capitán de fragata Federico Aznar Fernández-Montesinos, doctor en Ciencias Políticas, analista principal del Instituto Español de Estudios Estratégicos, en su capítulo «¿Qué es el honor militar?» nos interna en el mundo de los valores militares y de la cultura militar haciendo del honor el eje sobre el que pivota su discurso. Este sistema referencial, desde un principio, hace que los miembros de las Fuerzas Armadas sientan en su interior el nacimiento de unos valores y actitudes que, aun siendo compartidos por la sociedad, tiene un factor diferenciador que es el honor y su representación física, el héroe.

Federico Aznar añade que, así entendida, la cultura militar es heroica porque el héroe necesita los valores y expresa los ideales de cada entorno cultural. Así era en Roma con la disciplina en la base de las estructuras militares. O en la Edad Media con el ideal caballeresco.

¿Qué es el honor militar? Para contestar a esta pregunta parte de la base de que el honor constituye uno de los fundamentos éticos de la profesión militar, que a su vez se encuentran enmarcados en la cultura militar, considerada esta como conjunto de valores y actitudes que contribuyen a gestionar la situación extrema que es la guerra. La cultura militar, que Federico Aznar define como «subcultura militar», es parte de la cultura nacional con su propio sistema de valores e incluye una ética. Al fin y al cabo, se sabe que las Fuerzas Armadas forman parte de su sociedad «y no pueden escapar a sus sentimientos, valores y debates por la sencilla razón de que son producto de su cultura misma».

La ética militar, con el honor como uno de sus ejes, una vez que se aprehende y se interioriza, contribuye al autocontrol y la motivación del combatiente y le sirve de guía en el combate y de base moral para su conducta. El honor, como Federico Aznar expone, es una forma de comportamiento que fomenta la resiliencia del individuo. El honor militar marca una forma integral de conducirse en la que, además, resulta muy difícil separar lo privado de lo público, ya que su conducta sigue unos códigos interiorizados y hay una continuidad entre ambos.

El honor militar sirve, por otra parte, para el reconocimiento social. El honor mira de frente a los ojos del que lo posee, pero le trasciende y también es observado por los ojos de la sociedad. Es así un compromiso público, una conducta, un comportamiento ante los miembros del grupo social que hacen previsibles las actitudes éticas del militar.

Compromiso público que se manifiesta en su ejemplo y en un signo distintivo, el uso del uniforme.

¿Y qué decir sobre ética y muerte? El profesor Javier Hernández-Pacheco Sanz, catedrático de Ética, en su muy interesante y emotivo capítulo «¡Viva la muerte!», se inspira en el hecho de que el pasado año se cumplió el primer centenario de la creación de la Legión (aquel Tercio de Extranjeros de 1920) y analizando el espíritu legionario, nos pone frente a nuestra realidad esencial y frente a la finitud del hombre, a la muerte como negación de sí mismo que lleva originalmente en su conciencia. La muerte como la contradicción interna de esa conciencia del hombre. Solamente es verdaderamente libre el hombre cuando vence en el combate, no al enemigo, sino a sí mismo, asumiendo su propio fin.

El soldado, pertrechado con su ética, la interiorizada «hasta la médula», en el curso del combate se enfrenta a la muerte, «esa leal compañera legionaria» tanto como debe enfrentarse a su propio yo, a su conciencia de ser vivo. La muerte que merodea en los combates nos cuestiona y para vencerla y quedar liberados de su sombra debemos vencernos a nosotros mismos.

El grito ¡Viva la muerte!, que evoca el espíritu legionario español, encierra todo un tratado filosófico sobre los límites de la existencia humana que, de aceptarse por el soldado, lo hacen libre y lo llevan a la gloria militar dejando tras de sí «la estela del avión sobre la que cabalga la muerte, sin que esta consiga alcanzar a su piloto». «El que se enfrenta a la muerte y la asume, precisamente se libera de ella, y su premio es la libertad», nos dice Hernández-Pacheco en su interesante reflexión expresando que la dignidad del hombre es mucho más valiosa que cualquier precio que hubiera que pagar por zafarse de la muerte, y el que así obra conquista su verdadera autoconciencia: «Ese es el señor. La muerte, mejor, la opción radical por la muerte, es para él el camino para la gloria».

Federico Aznar piensa que la idea de servicio público que prestan las Fuerzas Armadas resulta capital tanto para el militar como para la sociedad: «El "acto de servicio" se convierte en la justificación de cualquier acción y hasta de la propia pérdida de la vida». Caer, encontrar la muerte «en acto de servicio» se convierte así en el acto más generoso que un hombre pueda realizar.

Aquellos que ya alcanzaron la gloria son dignos de ser reverenciados y homenajeados en el rito militar más significativo en la Milicia como es el Acto por los Caídos por la Patria: honor, reconocido por los vivos, a los que, en un acto emanado de su libertad, generoso, sublime, entregaron su vida por los demás. Esos ciudadanos de la patria, tie-

rra de los padres que nos precedieron en el cumplimiento del deber dado por las leyes de la comunidad. Su abrazo a la muerte los hizo libres, vivieron en libertad los ideales del espíritu militar y su vocación de servicio a la sociedad, a la patria lo que los llevó a volar alto hacia esos Campos Elíseos griegos, al paraíso. Transcendieron su finitud corporal, su existencia terrenal, por la muerte, con la mirada puesta en el horizonte infinito de la eternidad desde donde nos juzgan para que seamos merecedores de la gloria militar, de su benevolente juicio.

La muerte no es final, sino afirmación de la vida más allá de la finitud del tiempo.

Por otra parte, el honor va de la mano de virtudes, entre otras, como la lealtad, el valor, la rectitud moral, el sacrificio, el cumplimiento del deber. Al respecto de esta última, Hernández-Pacheco<sup>5</sup> afirma que «el honor es la conciencia de sí que tiene la libertad ante otras libertades, como algo absoluto. Es la virtud propia del "señor"; de aquel que vimos que prefería la muerte a entregar la libertad, y que ganaba así una vida absoluta en el reconocimiento que de ella hacían los demás. Por eso, *honor* es el contrapunto reflexivo del *deber*: tiene honor el que cumple con su deber».

Otra interesante reflexión se refiere a la guerra y su naturaleza. Clausewitz defendía, hace casi dos siglos, que su naturaleza es inmutable, y el teniente coronel González Martín, analista principal del Instituto Español de Estudios Estratégicos, en su capítulo titulado «Los pilares de la guerra se desvanecen» se hace eco de que existe un decaimiento de ese axioma y comienza a ser cuestionado, haciéndose eco del pensamiento de militares relevantes, como los generales norteamericanos James Mattis y James Dubik que, habiendo cambiado de criterio, ponen en duda esa inamovilidad.

Dubik se basa para ello en que los avances tecnológicos ya empleados en la forma de hacer la guerra están cambiando verdaderamente la propia naturaleza de la guerra, de forma que «actualmente, cuando la cuarta revolución industrial está asentando su desarrollo, en un mundo globalizado, con sociedades fragmentadas y polarizadas, la cohesión nacional puede destruirse desde fuera antes del comienzo de las hostilidades», siendo así que un conflicto armado que según el general alemán es que «el núcleo de la idea misma de la guerra es destruir al enemigo» se vería cumplida sin siquiera formalizar su inicio. Sun Tzu en estado puro.

---

<sup>5</sup> HERNÁNDEZ-PACHECO, J. «El duelo de Atenea. Reflexiones filosóficas sobre guerra, milicia y humanismo». *ENCUENTRO*. Madrid. 2008. pág. 83.

No obstante, cabe pensar que si entendemos que la esencia de la guerra (al igual que la del ser humano podemos entenderla como su naturaleza) es la de ser acto social, otra forma que tiene el ser humano de relacionarse con sus semejantes, de mantener un diálogo con el oponente (indeseado y normalmente devastador, pero una forma de diálogo, al fin y al cabo), durante el cual ambas partes argumentan sus razones y defienden sus posturas sobre un interés en disputa, el cuestionamiento podría ser, a su vez, cuestionado. ¿Ha cambiado la naturaleza de la guerra como acto social?, o ¿es la forma de hacer la guerra lo que ha mutado? Sus características, la forma de entenderla, ¿es eso lo que ha variado?

Se está de acuerdo con González Martín en que la percepción que nosotros tenemos del hecho objetivo *guerra*, la manera de interpretar y analizar la realidad es lo que ha cambiado. Esta percepción viene, a su vez, condicionada por el momento histórico en el que la guerra se produce y el entorno cultural en el que esta se desencadena. La cultura, al fin y al cabo, a estos efectos, es como el arma que nos protege de la incertidumbre, de los retos a los que nos enfrentamos, el escudo defensivo contra la barbarie y la iniquidad de otros es lo que nos ayuda a entender la realidad en la que vivimos y con ella forjamos el futuro de la sociedad.

En este entorno cultural, la ética militar servirá como un producto de una cultura concreta que se incorpora como una capacidad en las Fuerzas Armadas para limitar o restringir el mencionado aserto clauswitziano de que «el núcleo de la idea misma de la guerra es destruir al enemigo». En la era postheroica no se pretende llegar al límite, a la escalada incontrolada hacia una guerra total, a la consecución de la victoria a toda costa; el objetivo es lograr «un estado de la situación» que permita a la política cumplir su papel con un restablecimiento de la paz. Lo político, según Carl Schmitt, se define como una decisión constitutiva y polémica, pues fijando la identidad de un colectivo frente a otros (constitución) la defiende frente a la de los demás (polémica).

Finalmente, el coronel Ángel Gómez de Ágreda, máster en Terrorismo, nos adentra en su capítulo titulado «Ética para humanos en tiempos de máquinas» en un mundo de cibernética, robots e inteligencia artificial. En el mismo, la ética militar y los postulados del DIH deben encontrar su lugar para que el hombre no deje de perder el control último sobre las máquinas, más cuando pueden estar programadas para usar la fuerza letal que destruye y provoca la muerte de personas. Las máquinas no son responsables de sus actos, por muy autónomas que estas sean, el hombre sí lo es de sus decisiones y actos. La responsabilidad es consustancial con la libertad del ser humano y ya se sabe

que no se delega, y menos en una máquina. La ética corresponde al ser humano, no a las máquinas. ¿Dónde quedaría la dignidad de la persona? Es contranatural.

Las sociedades cambian, también sus maneras de entender la guerra, sus métodos y los medios que se emplean en el transcurso de estas. ¿No será que las nuevas armas, las nuevas tecnologías nos llevan a pensar que la esencia de la guerra se ha transformado? Como afirma Gómez de Ágreda: «Las posibilidades que han introducido la digitalización y los avances en las comunicaciones y transportes han cambiado a la sociedad; y de la mano de los cambios sociales llegan los de los modos de hacer política, incluyendo sus modos de hacer la guerra».

Parece lógico pensar que, en este mundo posmoderno, postheroico, con sociedades en mutación, cambian sus modos de combatir, aunque los principios básicos tradicionales (como algunos del DIH: distinción, precaución, proporcionalidad, limitación de la acción hostil o el de necesidad militar, etc.), por los que las guerras se rigen no cambien tanto. La tecnología y el uso de la robótica en el campo de batalla puede acabar deshumanizándolo (que ya está presente y pronto se verán batallando los denominados robots asesinos, *killer robots*, utilizando la inteligencia artificial), haciendo el combate tan técnico que podremos preguntarnos dónde queda la ética militar del soldado. En el postheroísmo, ¿es que las nuevas tecnologías y las nuevas armas empleadas en las operaciones se han impuesto poniendo en cuestión la ética militar? Categóricamente, no lo pienso.

La ética militar del soldado impone deberes, conductas y actitudes durante el combate que aun no enfrentándose frontalmente a la muerte, porque emplee armas que lo alejan de esta, no olvida la esencia de su ser y lo aprendido en su adiestramiento. Si la cortesía ya no está de moda durante los combates, el honor, el respeto, la deferencia, la piedad sí que lo están. Podrán emplearse las armas «del futuro» basadas en la inteligencia artificial, autónomas o no, pero el alma del soldado, su ética y moral estarán siempre detrás de su empleo.

Tras la lectura tranquila, sosegada y reflexiva de este trabajo confiamos que el lector haya sentido la inclinación de conocer más, si cabe, sobre esta fundamental ciencia para el correcto ejercicio de la profesión militar.

A todos ellos, mi agradecimiento y admiración por sus contribuciones.

«Ya no discutas más qué es un hombre bueno, sé uno.»

MARCO AURELIO



## Capítulo primero

# La educación y formación en ética militar

*Juan A. Moliner González*

### Resumen

La profesión de militar tiene una serie de exigencias muy demandantes que alcanzan su mayor trascendencia con la disposición a entregar la propia vida en el cumplimiento del deber. No menor es la convicción ética de la justicia y la necesidad del empleo de la fuerza, que llega a ser letal.

Para cumplir la misión, el militar de las sociedades democráticas adquiere diversas competencias y, entre ellas, hoy en día, la capacitación ética tiene un alcance estratégico que demanda una educación y formación amplia, permanente y muy exigente.

Todo lo anterior es objeto de la ética militar, y el objetivo de este artículo es mostrar el porqué y el cómo de su aprendizaje, desarrollo y puesta en práctica. Al líder militar del futuro también se le exige ser la brújula moral de todos, superiores, iguales y subordinados en rango, con los que comparte responsabilidades morales en su profesión y en cumplimiento de la misión encomendada.

### Palabras clave

Ética militar, códigos morales, dilemas morales, liderazgo ético, toma de decisiones.

## **Education and training in military ethics**

### **Abstract**

*The military profession has some different and very demanding requirements which reach their greatest transcendence in the willingness to give life in the fulfilment of duty. Not least are the ethical beliefs of the justice and necessity to use force, which can become lethal.*

*To accomplish the mission, the military, in the democratic societies, achieves various competences and, among them, nowadays, the ethical education has a strategic impact which requires complex, continuous and tough training and instruction.*

*All of that is the object of military ethics and the purpose of this work is showing the why and how of its learning, development and implementation. The future military leader will also be requested to be the moral compass of his comrades, being superiors, equals and subordinates, with whom shares professional responsibilities and the fulfilling of the mission.*

### **Keywords**

Military Ethics, Moral Codes, Moral Dilemmas, Ethical Leadership, Decision Making Process.

## Introducción

Solamente asumiendo la existencia de una ética militar tiene significado plantear su educación en los militares. Únicamente admitiendo su necesidad para el ejercicio de la profesión de las armas tiene valor promover la adquisición de determinadas competencias y capacidades éticas teóricas y prácticas. Sin aceptar esa existencia y necesidad no tendría sentido este capítulo en un libro que trata cuestiones de ética militar, ni sería coherente plantear y exigir una adecuada formación ética para el profesional de las armas.

La hipótesis que se argumenta es que no solo se deben tratar y analizar cuestiones de ética militar, sino que su conocimiento y la permanente aplicación de conductas morales se considera imprescindible para el ejercicio apropiado de la milicia. La legitimidad de las Fuerzas Armadas reside, en última instancia, en la confianza que la sociedad y sus ciudadanos depositan en ellas, como servidores públicos y como profesionales que acreditan una innegable capacidad técnica, además de estar formados en unos valores y principios, institucionales e individuales, que son muestra de su competencia moral.

Se comenzará, en consecuencia, exponiendo brevemente el concepto que se propugna de *ética militar*. Aunque esta noción es frecuente en el mundo anglosajón, la encontramos bastante menos en la literatura especializada en nuestro país<sup>1</sup>. En nuestro entorno es mucho más habitual analizar la moral militar, glosar las virtudes y valores militares, considerar los elementos que configuran la cultura militar (el *ethos* militar), aspectos todos ellos relevantes, pero no únicos, de la más amplia concepción que es la ética militar.

El siguiente paso consistirá en justificar su necesidad como ética aplicada desde una perspectiva deontológica y profesional, análoga a la de otros sectores como la ética médica, periodística o de la abogacía, por citar alguna. La profesión militar comparte con otras profesiones un específico cuerpo de conocimientos asociado a la misma, así como prácticas sociales particulares como lenguaje común, visión, reglas y regulaciones, valores y hábitos éticos.

Fundamentada esa necesidad, se dedicará la mayor parte del capítulo a proponer metodologías y técnicas pedagógicas de los diversos con-

---

<sup>1</sup> Entre las escasas obras publicadas al respecto en España se considera imprescindible hacer una mención al libro del general Jorge Ortega titulado *La ética en las operaciones del siglo XXI* (Madrid: Atenea, 2015). En él defiende la existencia de una específica ética castrense y aun indica que «Ahora estamos a tiempo de no quedarnos descolgados en temas de ética y moral militar respecto de los grandes ejércitos europeos» (pág. 24).

tenidos, procedimientos y actitudes que se consideran idóneos en la capacitación del soldado<sup>2</sup> en ética militar.

¿Cuál es la peculiaridad de la ética militar? Quien ejerce la profesión de las armas pretende desarrollar sus misiones y cometidos con eficacia y eficiencia, pero además es una persona que necesita la convicción moral, íntima por un lado, social por otro, de que su actuación está plenamente justificada. Convicción habitualmente más difícil de alcanzar, porque surge de la trascendente función de usar la fuerza militar que la sociedad delega en los militares, fuerza que debe ser utilizada con plenas legalidad y legitimidad, y que en su naturaleza lleva implícita la producción de muerte y destrucción.

Por otro lado, las Fuerzas Armadas también actúan en tiempo de paz con el principio de su permanente disponibilidad para colaborar con la sociedad en muy diversas tareas. A la hora de redactar estas líneas esta idea se ejemplifica perfectamente en el despliegue de la Operación Balmis, que los militares han llevado a cabo para atajar la enorme crisis sanitaria provocada por el virus que ha dado lugar a la COVID-19.

La adquisición de competencia ética por parte de los militares es una exigencia personal e institucional que exige una actualización permanente de los contenidos formativos que hacen del profesional de las armas capaz de decidir sobre la utilización de la fuerza letal y la forma adecuada de hacerlo. Además, cuando esta se utiliza, el objetivo final es retornar a la situación de paz, que solo será estable y digna si antes de tomar la decisión y durante el uso de fuerza se apoya en sólidos fundamentos éticos. Por esto es tan importante estar formado y capacitado para llevar a cabo un adecuado análisis y poder aplicar en el desarrollo de las funciones profesionales las orientaciones que aporta la ética militar.

Esta exigencia no debería implicar solo a los miembros de las Fuerzas Armadas. Si se tiene en cuenta la escasez de estudios, análisis y publicaciones sobre ética militar, incluso en los ámbitos especializados, con esta obra, excepción en el panorama habitual, también se hace una llamada y una apelación a los expertos civiles involucrados en saberes humanísticos y sociológicos, en cuestiones de seguridad y relaciones internacionales, en asuntos de estrategia y política de defensa, para que dediquen su tiempo y sus esfuerzos al análisis y desarrollo de la ética militar.

---

<sup>2</sup> Se utiliza el término de *soldado* por razones de brevedad y consistencia y en el más amplio sentido de su significado: mujeres y hombres, tropas y marineros, suboficiales y oficiales de los Ejércitos y la Armada.

## Concepto y sentido de la ética militar

Algunos pudieran pensar que el concepto de *ética militar* es un oxímoron, dos nociones opuestas en la misma estructura y que en el mundo real del conflicto bélico no tiene utilidad, aunque pueda ser objeto de discusiones más o menos interesantes. No creemos que sea así y, al contrario, los dos términos se refuerzan y contribuyen a que, por el contrario, pensemos en la ética militar más bien como en un pleonasma.

Entendemos la ética militar como una ética aplicada y profesional. Mediante ella se reflexiona sobre las justificaciones en la elección de los comportamientos que se consideran buenos, correctos y apropiados y que, en diversas funciones, desempeña el militar en el ejercicio de su profesión, en paz y en guerra. Reúne un conjunto de competencias, conductas y cualidades que dan un carácter propio a la profesión (*ethos* militar) y que junto a otras también son imprescindibles para la defensa de la nación.

En la deliberación y el razonamiento sobre la profesión militar, desde postulados éticos, entran en consideración todos los aspectos de la vida militar, pero de forma especial deben tenerse en cuenta aquellos que constituyen el uso de la fuerza militar, tarea clave para el militar profesional y en donde el lugar principal lo ocupa, lo debe ocupar, la esencial función de combatir que produce destrucción y violencia letal<sup>3</sup>.

Pero, como se ha apuntado, no sería correcto dejar de considerar las importantes tareas que en tiempo de paz llevan a cabo las Fuerzas Armadas en beneficio de la sociedad. Los ejemplos de la Unidad Militar de Emergencias o el reciente despliegue de unidades militares de tierra, mar y aire con todas sus capacidades humanas y materiales, en todo el territorio nacional, para hacer frente a la reciente pandemia en la Operación Balmis son buena muestra de la disposición para asumir, cualesquiera que sean los riesgos, la ejecución de tareas en apoyo de sus conciudadanos.

La existencia de una ética militar permite considerar las razones y justificaciones morales de guerras y conflictos mientras se consolida de

<sup>3</sup> En la obra mencionada del general Ortega se apunta, como muestra, que en el seminario «Ética y Liderazgo» celebrado en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional en 2014, y en el que intervinieron doce civiles y militares, «Pues bien, incluso tratándose de un acto programado alrededor de la ética y el liderazgo, tan solo el general consejero togado, Juan Manuel García Labajo tuvo alguna breve mención a temas relacionados con la ética en combate. El comportamiento del militar como ciudadano ejemplar centró la mayoría de parlamentos» (pág. 174).

forma positiva la aspiración de que el derecho internacional, cuando llegue a su madurez, lo haga de acuerdo con parámetros, reglas y valores éticos de aspiración y alcance universales. Es decir, la ética militar se plantea, desde el concepto jurídico del *ius ad bellum*, el uso legítimo de la fuerza militar (del uso legal se ocupa el derecho internacional), de acuerdo con principios éticos y de humanidad. Incluso cuando la defensa internacional de los derechos humanos y del principio de humanidad no se respetan, lo que produce un grave riesgo de comisión de atrocidades y crímenes contra poblaciones indefensas, existen razones éticas que no se pueden obviar y justifican la intervención por razones humanitarias.

Pero también desde la perspectiva del *ius in bello*, la ética militar entra a considerar una vez que el conflicto, la guerra, ha estallado, el empleo legítimo y justificado de medios y sistemas de armas. Responde al debido respeto a los principios de la dignidad intrínseca del ser humano<sup>4</sup> y la necesidad de conciencia moral en la ejecución de las operaciones militares (de la utilización legal se ocupa el Derecho Internacional Humanitario), de forma que sin menoscabo del cumplimiento de la misión se minimice el sufrimiento causado por el conflicto armado.

Finalmente, la ética militar no puede dejar de prestar especial atención al concepto del *ius post bellum*, el que establece las circunstancias que tiene que incluir una paz justa, dando coherencia, integridad y solidez a las condiciones que debe reunir su durabilidad y permanencia para todos los implicados en el conflicto bélico. Sus principios son corolarios del *ius ad bellum*, en cuanto la teoría que defiende la justicia del recurso a la fuerza debe exigir la legitimidad al establecer los justos términos que ponen fin al mismo, llegándose incluso a exigir en la reconstrucción del país derrotado la implicación activa del vencedor.

A este respecto y en un texto de Javier Hernández-Pacheco, dentro de una reflexión multidisciplinar sobre la sociedad postheroica y el postheroísmo, el autor nos dice:

En fin, el paradigma militar, si por un lado es posheroico en un sentido, a la vez que en otro da ese heroísmo por supuesto, es al mismo tiempo una instancia ideal de acendrada humanidad que, junto a muchos errores, se ha ido validando a lo largo de

<sup>4</sup> Javier Gomá Lanzón, en su libro *Dignidad* (2019), nos dice: «Solo el ser humano posee con pleno derecho, incondicionalmente, la cualidad de incanjeable, no sustituible, fin en sí mismo y nunca solo medio», pág. 29.

la historia. De este modo ese paradigma es un depósito de reflexión antropológica que funciona críticamente desde un punto de vista ético, precisamente como freno a la idea de una guerra absoluta; y sobre todo en el entendimiento de que la última justificación de la guerra no puede ser otro que la paz (HERNÁNDEZ-PACHECO, 2012, pág. 201).

Dado que la ética militar contribuye al avance moral que supone el control y el desarrollo de las guerras y la construcción de la paz, se considera un instrumento imprescindible de reflexión, con consistencia de principios y estructuras metodológicas y con pleno sentido como saber aplicado a la actividad del profesional de las armas, del militar.

No cabe duda de que la ética militar debe mantener una relación estrecha con el derecho. Sin embargo, se considera que los valores que constituyen el sustrato de la ética militar permiten justificar y legitimar el uso de la fuerza en un proceso previo al propio derecho internacional, aunque este debe ser respetado sin ninguna duda y la ética militar continuar avanzando, como ha hecho hasta el momento presente, para que los principios éticos, que iluminan el razonamiento humano, se incluyan lo antes posible en el derecho positivo.

También resulta imprescindible reflejar que la ética militar tiene límites y que no puede ofrecer una solución perfecta para cualquier asunto, quizá porque la ética se plantea cuestiones que no son sencillas y no hay respuestas obvias, además de que ofrece recomendaciones basadas en la moralidad y la justicia, que deben ser aceptadas a nivel grupal y aquí entra en consideración la libertad y variabilidad del ser humano.

En cuanto a la importancia de la ética militar para el profesional de las armas, se consideran como las características principales:

- Ser una ética profesional, aplicada y práctica, ética en acción que apoya al militar proporcionando el soporte racional y emocional necesario para un buen ejercicio de sus funciones, incluyendo la convicción moral de ejercer la fuerza que produce destrucción y violencia letal y asumir la responsabilidad de infligirlas y padecerlas en las fuerzas propias.
- Dotarle de la certidumbre y confianza imprescindible para mantener sus principios, motivaciones y valores morales.
- Facilitar la evaluación ética de su conducta profesional apoyada en unos valores que, sustentados en los de la sociedad a la que pertenece, evolucionan generalmente de forma más lenta que los de esa sociedad, pero también más vigentes y efectivos.

- Dotar de firmeza en las conductas y actitudes imprescindibles para superar las penalidades y sacrificios, en ocasiones el máximo que significa poner en riesgo la propia vida, que, en paz y en guerra, demanda la función militar.
- Proporcionar la capacidad de evaluar y ajustar los requisitos éticos de su profesión, sujetos a cambio acelerado y modificación profunda en muchas de sus facetas.

Esta ética de la virtud y del deber, para el militar, conduce al establecimiento de códigos de conducta que forman parte de su moral profesional y que funcionan proporcionando reglas y normas éticas a las que debe ajustar el soldado su comportamiento. Entre esos códigos morales, habituales en muchos países<sup>5</sup>, en España tenemos uno magnífico: las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas (ROFAS)<sup>6</sup>. Así, en su artículo 1, «Objeto», se recoge:

Las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, que constituyen el código de conducta de los militares, definen los principios éticos las reglas de comportamiento de acuerdo con la Constitución y el resto del ordenamiento jurídico. Deben servir de guía a todos los militares para fomentar y exigir el exacto cumplimiento del deber, inspirado en el amor a España, y en el honor, disciplina y valor.

Del militar espera la sociedad que se muestre como profesional y servidor público, y que se conduzca, en paz y en guerra, de acuerdo con unos acendrados valores, pues en él han depositado los ciudadanos la confianza para usar la fuerza, legal y legítima, cuando las circunstancias lo demanden. En nuestra época, más que nunca, el militar desplegado en operaciones en el exterior es un directo representante de su nación y su conducta, sujeta a valores éticos, la mejor forma de ganar «las mentes y los corazones».

## Por qué es necesaria la ética militar

La guerra, ese fenómeno humano donde se ejerce violencia letal, y que está subordinado a la política en la tradicional caracterización de su naturaleza que nos da Clausewitz, no solo justifica, sino que exige la reflexión ética específica sobre sus elementos y características, sobre la institución en la que las sociedades delegan el uso de la fuerza y sobre los comportamientos de las personas que la integran.

<sup>5</sup> Interesa mencionar en Francia: *L'Exercis du métier des armes, fondaments et principes*; en Alemania: *D'Innere Führung*, y, en Reino Unido: *The Military Covenant*.

<sup>6</sup> Real Decreto 96/2009, de 6 de febrero. Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, BOE, núm. 33.

El conflicto, la guerra, sigue estando presente en la vida de sociedades e individuos. Fuertemente enraizada en la naturaleza humana, se ha integrado en la cultura de los pueblos de diferentes formas. Incluso, como argumenta Simmel, es consustancial a las relaciones sociales y ha desempeñado un papel fundamental en el avance cultural de las sociedades<sup>7</sup>.

Se puede adoptar una postura en la que se considere que la guerra es inevitable e impresa en la condición humana. La otra posición es que su ocurrencia y desarrollo responde a decisiones políticas concretas, de forma que la ética militar, en su avance a través del razonamiento moral, llegue a impregnar la conciencia global de la humanidad para limitar su ocurrencia y desarrollo.

La ética militar es necesaria para el militar como profesional y como ser humano integrado en una determinada sociedad de la que recibe el mandato de usar la violencia. La obligación y una formación exigente y rigurosa en los principios, métodos y contenidos de esa ética adquiere especial relevancia en la permanente atención que el profesional de las Fuerzas Armadas debe prestar a los cambios en los principios y valores sociales y culturales de las sociedades del actual mundo interconectado y globalizado que vivimos en este siglo XXI.

La ética militar también es necesaria para la sociedad. La realidad de los conflictos actuales es cada vez más compleja. Pensemos en las intervenciones en el exterior, intentando colaborar en la consecución de la paz para todos los pueblos. Muy frecuentemente, el soldado se ve implicado en desarrollar operaciones de contraterrorismo, contra insurgencia, estabilización y ayuda humanitaria, pero todo al mismo tiempo. Además, frente a un enemigo sin ningún respeto por los usos de la guerra ni consideración ética en su actuación. La complejidad de su actuación, en esas circunstancias, exige recibir de forma clara e indubitativa el apoyo moral de la sociedad que delega en él esas funciones y cometidos.

Si queremos que nuestras Fuerzas Armadas sigan asumiendo la necesidad de observar los planteamientos de la ética militar, se refuerza la necesidad de una capacitación en la misma. En las guerras del presente y del futuro, incluyendo las operaciones de mantenimiento de la paz, la ética militar nos impulsa a mantener un máximo respeto por valores éticos y morales y por los derechos humanos.

---

<sup>7</sup> SIMMEL, G. (1977). *Sociología. Estudio sobre las formas de socialización*, Vols. I y II, Madrid: Biblioteca de la Revista de Occidente.

Un uso apropiado y proporcionado de la fuerza es la mejor forma de ganar la mente y los corazones del enemigo para que renuncie a la violencia y obtener la paz. El uso de la fuerza no consiste en responder a la barbarie con la barbarie, ni tampoco con actos de crueldad, sino en actos de lucha de forma resoluta que respeten y preserven en todo momento el principio de humanidad. Como dicen Luna y Goldwasser: «Enviamos a soldados a la guerra con armaduras, pero fallamos en equiparles con armadura para su carácter»<sup>8</sup>.

También la ética militar es necesaria para la Institución Militar. El riesgo actual es caer en la banalización de la ética militar, que es tanto como decir de la profesión militar. Las sociedades occidentales aceptan muy difícilmente las bajas en las operaciones militares, más si se las califica de operaciones de mantenimiento de la paz y si no se explica adecuadamente que también en ellas el soldado asume, desde su compromiso inicial, el riesgo de sacrificar su vida si la misión lo exige. Como dice acertadamente el general Alejandro comentando un artículo del comandante Alberto de Blas Pombo<sup>9</sup> y recogiendo una frase del Jefe de Estado Mayor de la Defensa de Francia, general Georgelin:

La amenaza más grave que pesa sobre nuestros ejércitos es la banalización de nuestra condición castrense, entendida esta como el rechazo consciente o inconsciente de la ética militar, un concepto que pasa por la entrega potencial de la vida en cualquier circunstancia, momento o lugar<sup>10</sup>.

Otro aspecto relevante de los conflictos que se observan en este siglo XXI se refiere a los nuevos desarrollos científicos y tecnológicos, algo que afecta directamente a la ética militar y se centra en el papel a desempeñar por máquinas y robots en las Fuerzas Armadas del futuro. Doctrinas, estrategias, planes y operaciones aún están por establecerse y es muy probable que en el desarrollo de esos conceptos las máquinas estén llamadas a desempeñar un papel determinante.

Las tendencias prospectivas adelantan la mudanza de seres humanos a máquinas también en la realidad social de conflictos y guerras. Los avances científicos, algunos impensables hace pocos años, están transformando las Fuerzas Armadas. Ello exige cambios orgánicos y

<sup>8</sup> LUNA, D. y GOLDWASSER, M. «Disciplina en la violencia», en SKERKER, M., WHETHAM, D. y CARRICK, D. *Military Virtues*, Hampshire: Howgate Publishing, 2019, pág. 326.

<sup>9</sup> BLAS POMBO, A. de (2010). «De la banalización de la condición militar ¿Somos los militares realmente distintos?», en *Revista Ejército*, núm. 828, abril.

<sup>10</sup> ALEJANDRE, L. (2010). «Banalización de la ética militar». *Diario La Razón*, 29-04-2010.

doctrinales, impone nuevas misiones, demanda mejores instrumentos y reclama apertura de las mentalidades.

La incorporación de sistemas autónomos, robots e inteligencia artificial a las Fuerzas Armadas cambiará las características de esta institución en aspectos esenciales como el papel a desarrollar por el soldado (humano) en el campo de batalla, la relación entre humanos y máquinas y con los comandantes y la percepción de las poblaciones dentro de las cuales tienen lugar las operaciones militares.

También el liderazgo militar y su propia concepción sufrirán modificaciones. Las características y las aptitudes para liderar seres humanos tendrán que modificarse para ejercerse sobre unidades de hombres y máquinas, y eventualmente solo sobre máquinas.

Desde un punto de vista ético, nuestras sociedades occidentales se han impuesto contención a la hora de implicarse en conflictos bélicos, y las reglas jurídicas se aplican con rigor creciente. Una consecuencia importante es que la utilización de sistemas autónomos y otras máquinas letales no debe producir una disminución del rigor y de la relevancia de los códigos morales con que la civilización occidental, incluyendo su tecnología, ha avanzado.

El que la reflexión ética avance en línea con la investigación, desarrollo, innovación y utilización de los avances científicos es una exigencia para que la persona y su dignidad inviolable se mantengan, con el nivel de desarrollo moral que hemos alcanzado, en todas las relaciones y fenómenos humanos, incluyendo las guerras y los conflictos bélicos desarrollados con las tecnologías emergentes.

Sin duda, esto puede llevar a un cambio en los valores que constituyen el *ethos* militar tradicional de las Fuerzas Armadas, lo que constituye otra muestra tanto de ese cambio en las características de la guerra en esta sociedad postheroica, como de la necesidad de la ética militar.

Finalmente, la ética militar es necesaria para el ser humano como especie. En los comienzos de nuestro siglo, y hasta llegar al ideal de *paz perpetua* kantiano y ausencia del conflicto bélico, la institución militar y sus miembros son una realidad y un instrumento habitual e imprescindible en el desarrollo de las relaciones entre los diversos grupos humanos a nivel internacional.

Avanzar en el desarrollo moral es la única vía para hacer desaparecer guerras y conflictos, y mientras estos perduren solo los principios de la ética militar permitirán mantener, a pesar de todo, la dignidad de ser humano como imperativo categórico esencial.

## La formación del profesional en ética militar

La capacitación y competencia ética del militar, dadas las muy diferentes obligaciones y repercusión de sus decisiones para los diferentes escalones, debe variar en profundidad de acuerdo con los niveles de responsabilidad. Esto no significa que los escalones más bajos no deban adquirir las habilidades necesarias.

Lo que interesa significar es que a medida que se asciende en la institución militar la influencia de las decisiones se hace más trascendente, tanto en su significado para la sociedad a la que se sirve, como para la integridad ética de los que deben ejecutar aquellas decisiones para el cumplimiento de la misión.

Sin embargo, todos los militares, desde el más bajo escalón, deben estar formados en ética militar. Son bien conocidos los hechos acaecidos en recientes conflictos, con comportamientos no solo ilegales, sino profundamente no éticos cometidos por soldados con o sin el conocimiento de sus jefes, y que se han convertido en escándalos internacionales. Recuérdese el caso ocurrido en la guerra de Irak en 2003, en la prisión de Abu Ghraib, que ha tenido consecuencias no solo legales, sino también en las esferas estratégica y política, con deterioro del prestigio moral de unidades, ejércitos e incluso de los países.

En relación con las diferentes especialidades de la profesión militar, se puede considerar que unos tendrán como función principal la de combatientes y otros la de proporcionar el apoyo técnico y especialista, y, por lo tanto, exigir diferente capacitación en ética militar. Sin embargo, dado que todos en algún momento pueden y deben estar preparados para misiones operativas y de combate, y todos tienen la responsabilidad común de coadyuvar al cumplimiento de la misión, a todos se les debe proporcionar, con los matices que sean precisos, la adecuada formación que proporcione esa capacitación<sup>11</sup>.

El aprendizaje de las virtudes y valores<sup>12</sup> militares es imprescindible y el militar debe conocerlos e interiorizarlos para defenderlos y emular-

---

<sup>11</sup> Se recuerda que el artículo 43 (2) del Protocolo Adicional I de Ginebra dice: «Los miembros de las fuerzas armadas de una parte en conflicto (salvo aquellos que forman parte del personal sanitario y religioso a que se refiere el artículo 33 del III Convenio) son combatientes, es decir, tienen derecho a participar directamente en las hostilidades».

<sup>12</sup> Algunos estudiosos militares justifican preferir el término de *virtud* por considerar que «está ligado al espíritu como fuerza interior que orienta hacia el bien», mientras que *valor* está «unido a lo externo como estimación de una realidad que creemos buena y que debe permanecer» (MUÑOZ-GRANDES, A., 2010, pág. 36).

los en su conducta personal y profesional. Son los valores que forman el *ethos* militar y que en España provienen de las ROFAS y de otros documentos doctrinales<sup>13</sup>.

Al considerar la educación que en ética militar reciben actualmente los profesionales de las Fuerzas Armadas españolas en academias y escuelas de formación, vemos que predomina una aproximación apoyada, sobre todo, en la ética de las virtudes y en la ética del deber que vamos a analizar.

En cuanto a la primera, al militar se le inculca, desde el mismo momento de su llegada, un conjunto de principios y valores que debe ir interiorizando y asumiendo día a día. Se le ofrece ejemplo e instrucción para que sus cualidades morales se acrecienten. Se le exige que se rija en todas sus acciones por valores morales que deben guiar su conducta y que debe exhibir y validar permanentemente.

Se trata de forjar un mejor militar, a la vez que mejor ser humano, comprometido con su profesión y con los principios éticos y valores que la inspiran. Valores, por otro lado, no exclusivos de los militares, pues honor, lealtad, compañerismo, disciplina y otros no son específicos de ningún grupo social. En nuestro país, de antigua historia e integración en Occidente, son cualidades y virtudes morales cultural y socialmente aceptadas. Esta educación moral apoyada en virtudes persigue formar militares y personas de plena integridad moral.

Respecto a la ética del deber, que también forma parte del acervo metodológico de la formación de nuestros militares, ya se ha consiguado que tenemos la suerte de disponer de un código de conducta moral de naturaleza deontológica, de larga tradición en las FAS, y que son las Reales Ordenanzas.

Sin embargo, en nuestras Fuerzas Armadas la educación en ética militar que está más generalizada se apoya, sobre todo, en el conocimiento teórico de virtudes y reglas, así como su interiorización en actitudes mediante la práctica y demostración cotidiana de las mismas en la extraordinaria situación de aprendizaje que supone la formación militar recibida en academias y escuelas durante veinticuatro horas al día,

---

<sup>13</sup> Destacamos el documento titulado «Los valores en el Ejército de Tierra», disponible en: <https://ejercito.defensa.gob.es/personal/valores/index.html>, y la Instrucción General del Ejército del Aire «Liderazgo y Valores en el Ejército del Aire. El valor de un equipo», disponible en: <http://www.ejercitodelaire.mde.es/EA/ejercitodelaire/es/galleries/anexos/noticias/liderazgo-valores-ea.pdf>, que recoge: «La formación moral y ética nos permitirá diferenciar lo que es correcto de lo que no lo es. Un comportamiento ético en el EA no es una opción, sino que constituye una obligación ineludible de primer orden para todos sus miembros».

todos los días del año. Tenemos una tradición de prestar demasiada atención al aprendizaje memorístico. «La tendencia general a dejar el estudio de la ética en una pura rutina memorística ha sido, y creo que sigue siendo en exceso, una norma general en nuestro ejército»<sup>14</sup>. Reciben una formación basada en el conocimiento teórico, pero cuando hay que aplicarlo a situaciones moralmente ambiguas, no tienen las habilidades para aplicar dicho conocimiento.

A esto hay que unir algunas otras limitaciones de las ROFAS que consideramos fundadas. Por un lado, la limitada atención prestada a las operaciones y al combate. Siendo este la actividad que define la naturaleza principal y última de la profesión del militar, solo se dedican cinco artículos a las operaciones de combate. Aunque pudiera parecer un código de conductas morales diseñado para la paz, las Reales Ordenanzas deben servir de guía también y, sobre todo, para la guerra y el conflicto, por lo que su apoyo para el correcto comportamiento moral en las acciones de combate está demasiado condensado o, quizá, limitado. Por otro lado, la inclusión de forma también demasiado resumida y concisa de las costumbres y usos de la guerra que constituyen el Derecho Internacional Humanitario firmado por España, sin incluir aspectos éticos procedentes de nuestra propia tradición militar.

En la instrucción y formación en ética militar no basta solo el convencimiento y la interiorización de estar dispuesto a morir y matar por España. Es necesario, y mucho más ahora con la frecuente participación de militares españoles en operaciones de mantenimiento de la paz en el exterior, establecer metodologías que contribuyan a la asimilación individual, a educar conciencias, a formar personal militar y civil especializado en la enseñanza de la ética militar, además de en tácticas, técnicas y procedimientos, a conocer con rigor que no todo es permisible en el cumplimiento de la misión, al estudio práctico de casos y situaciones extremas que desarrollen la capacidad de toma de decisiones morales en la paz y en las situaciones extremas que presenta el combate.

En España creemos que existe la necesidad de evitar que:

En la definición de esta ética y en su docencia, España se está convirtiendo en una isla... Todos los países con un peso importante en el mundo sienten una fuerte preocupación por el problema de la definición y adiestramiento de sus ejércitos en la ética de las nuevas misiones militares<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> ORTEGA, *op. cit.*, pág. 94.

<sup>15</sup> *Ibidem*, pág. 99.

Y algo parecido pensamos que puede estar ocurriendo con la necesaria formación del liderazgo en los militares, aunque se están dando pasos muy positivos en este sentido<sup>16</sup>.

Se constata que esa formación, en España, presenta deficiencias, y así Romero Losada nos dice: «La preparación de la Fuerza incluye un factor moral que se presenta tan importante como cualquier otro, o incluso en mayor medida que el resto, y que tiene la dificultad añadida de no estar contemplado en el programa»<sup>17</sup>.

Nos parece una clara conclusión de las consideraciones precedentes la necesidad de ampliar y revitalizar los estudios de ética militar en España<sup>18</sup> y se llama la atención sobre la necesidad de reforzar la formación de todos los militares, a lo largo de toda su carrera, en su competencia de análisis y desempeño ético. Algo necesario en cualquiera de las funciones y cometidos del profesional de las armas, en paz apoyando a la sociedad a la que sirve, pero imprescindible en el ejercicio esencial del combate como máxima expresión del uso de la fuerza letal.

### *La toma de decisiones éticas en el campo de batalla*

Algunos autores han remarcado que «existe un déficit en la incorporación del componente ético al proceso de toma de decisiones»<sup>19</sup>. Así como se ha generalizado la consulta a los asesores jurídicos y dada la no existencia de asesores éticos, es cada vez más imprescindible que los comandantes tengan la capacidad de mantener la brújula moral en sus procesos de toma de decisiones.

Insiste en esta idea el suboficial mayor Emonet:

Tradicionalmente, las fuerzas armadas proporcionan educación ética en academias de altos estudios dirigida a oficiales y suboficiales de los empleos elevados. Pero el nuevo enfoque del moderno entrenamiento ético consiste en asegurar liderazgo ético

<sup>16</sup> Como la publicación en febrero de 2019 del documento «CONCEPTO DERIVADO-01/19», titulado «Liderazgo 2035 en el ET. Un concepto de liderazgo para el entorno operativo terrestre futuro».

<sup>17</sup> ROMERO LOSADA, A. (2018). «La preparación moral de la Fuerza», *Revista Ejército*, diciembre, pág. 77.

<sup>18</sup> En relación con nuestro país, el general Ortega, en su obra ya citada, lamenta que en España se produzca «falta de preocupación por los temas de la ética de combate en las nuevas misiones de los ejércitos» y justifica esta deficiencia en «la vieja falta de conciencia de defensa del español» (ORTEGA MARTÍN, 2015, pág. 175).

<sup>19</sup> PIERRI, H. «La ética en la toma de decisiones», *Global Strategy*, 02-07-2020. Disponible en: <https://www.globalstrategy.org/la-etica-en-la-toma-de-decisiones>, pág. 6.

y procesos de toma de decisiones a todos los niveles incluyendo los nuevos militares que acceden la profesión<sup>20</sup>.

En consonancia con la idea expuesta y defendida con anterioridad, en sus funciones profesionales las decisiones que deben adoptar los militares en el campo de batalla suelen ser las más trascendentes y también las que tienen un mayor compromiso ético.

Por supuesto, en ejercicios, operaciones de mantenimiento de paz o en apoyo a la población civil, como en la reciente pandemia sufrida a nivel mundial que en España llevó a decretar el estado de alarma, también el militar debe tomar decisiones estando en mayor o menor medida envuelto por esa «niebla de la guerra» que genera ausencia de información, escaso tiempo para deliberar y falta de oportunidad para discutir y debatir el mejor curso de acción.

Todo ello dificulta el proceso de toma de decisiones, que entre sus dimensiones deben obligatoriamente incluir el cumplimiento de la misión, su ajuste a la legalidad nacional e internacional y el respeto a los principios de la ética militar. Por su parte, para el militar la no decisión, como resultado de ese proceso, no se contempla.

Pero centrándonos en las decisiones que adquieren un mayor compromiso ético: las del combate en que se toman vidas humanas y se ponen en riesgo las propias, el militar llamado a tomar esas decisiones debe tener una adecuada competencia ética y, por tanto, una educación, instrucción y adiestramiento que le capacite en ella al lado de la estratégica, táctica, técnica u otras.

La coherencia con el concepto que se ha expuesto de *ética militar* exige que esa formación ética tenga en cuenta las virtudes y valores que constituyen el armazón moral de la institución, las normas y reglas de los códigos de conducta morales establecidos y las consecuencias éticas de las acciones y conductas militares a ejecutar.

Donde la formación es más deficiente y surgen los problemas es en al aspecto procedimental, práctico y aplicado, para lograr una decisión ética equilibrada, en las habituales difíciles circunstancias de las operaciones. Se persigue que el militar sea capaz de tomar decisiones en las esenciales circunstancias del combate, cuando entran en conflicto valores entre sí o estos con ciertas normas o ambos, valores y normas, con las consecuencias de la acción a decidir.

---

<sup>20</sup> EMONET, F. «The importance of Ethics Education in Military Training», *Army University Press. NCO Journal*, Nov. 16, 2018. Disponible en: <https://www.armyupress.army.mil/Journals/NCO-Journal/Archives/2018/November/Ethics/>

Hay autores, como De Graaf, para quien «Parece insuficiente para la organización confiar que cuando un código de conducta es publicado todos los empleados responderán con una conducta moral responsable»<sup>21</sup>.

Se refuerza así la necesidad de que la toma de decisiones éticas adecuadas requiere una capacitación no solo en las virtudes y códigos de la institución, como se ha indicado, sino en la habilidad de analizar los dilemas éticos que se suelen presentar en las complejas y ambiguas situaciones que se dan en las operaciones militares, en paz y en guerra.

### *Áreas de formación en ética militar*

Para poder hacer frente a este desafío, algunas de las áreas en que deberá ampliarse esa formación ética, indicadas de forma no exhaustiva, son:

- Una rigurosa educación, tanto de mandos como de tropa, que proporcione una profunda capacitación de las complejas exigencias morales que presentan las guerras y los conflictos.
- Instrucción y entrenamiento que desarrolle soldados acometedores pero conscientes de la naturaleza violenta de su tarea y que no toleran desvíos éticos.
- Estudio de los efectos en las guerras del alejamiento de los combatientes del campo de batalla.
- Análisis de las crecientes demandas de fuerzas de operaciones especiales, de sus pautas de actuación y los complejos ambientes culturales en que operarán.
- Aproximación con perspectiva ética a la utilización de sistemas de armas apoyados en nuevas tecnologías, como la inteligencia artificial y la robótica, entre otras, en los diferentes entornos operativos, incluyendo los soldados potenciados.
- Capacitación para reducir los efectos del posible desapego entre civiles y militares.
- Cultivo del respeto y sensibilidad por la dignidad y los derechos humanos de todas las personas.

En resumen, se considera necesario que además de las tradicionales competencias científicas y tecnológicas, los militares adquieran una profunda formación humanista desde el primer momento de su adscripción como soldados.

<sup>21</sup> DE GRAAF, M. (2016). «Moral Judgement in War and Peacekeeping Operations», en ELBNER, T. y JANKE, R. (eds.), *Didactics of Military Ethics*, Brill/Nijhoff, Leiden/Boston, 2016, pág. 94.

## ***Métodos y técnicas para la formación en ética militar***

Los contenidos del aprendizaje en pedagogía se clasifican tradicionalmente en conceptos y teorías, que se pueden identificar como conocimientos especulativos; procedimientos, que favorecen la adquisición o mejora de algunas habilidades y destrezas, y actitudes, que hacen referencia a componentes cognitivos, afectivos y conductuales, habitualmente puestos en acción en las relaciones sociales y profesionales. La ética militar que se propugna incluye contenidos de aprendizaje en esas tres áreas, entrando la identificación y comprensión de los valores y virtudes militares en la primera categoría; la práctica de los códigos de conducta, y particularmente de las ROFAS, en la segunda, y la reflexión racional y consiguiente interiorización como actitudes de esos conceptos, en la tercera.

Para que el militar distinga lo correcto de lo incorrecto en el cumplimiento de sus misiones, el «estudio de caso»<sup>22</sup> debe ser una de las metodologías más utilizadas en la enseñanza de la ética militar. Con ella, se practica el método de la ética, que posee como toda ciencia y por medio del cual se adquiere un mejor conocimiento de la conducta humana. Consiste en los siguientes pasos:

- Observación y reflexión: paso propio del método científico, consistente en acercarse al hecho real y percibirlo de forma amplia y clara para que se pueda reflexionar sobre él.
- Reexaminación y evaluación: a partir de la percepción del acto por medio de la observación, se emite un juicio de valor moral, es decir, se cataloga el acto observado dentro de las categorías morales previamente establecidas como pueden ser: reprobable, honesto, obligatorio, bueno, amable, recomendable, etc. Es necesario que existan matices de valoración moral para así poder catalogar con más detalle el acto estudiado.
- Autodescubrimiento o autopercepción axiológica: con este aspecto se trata de descubrir en forma personal los valores que todavía no se ha sido capaz de detectar o percibir en ese acto. Una vez hecho esto, podemos darle un significado de acuerdo con una escala de valores.

<sup>22</sup> Nos recuerda Margarita Mauri en su artículo «La enseñanza universitaria de la ética» (2018) que «El análisis de casos —*Case studies*— es uno de los métodos más utilizados en la ética aplicada y en la ética profesional porque, tal como afirma D. Elliot, permite a los alumnos tener experiencias anticipadas de los problemas morales que pueden encontrarse en su trabajo y, al mismo tiempo, les ofrece la posibilidad de hallar nuevas vías de razonamiento de los problemas morales», pág. 29. Disponible en [https://www.researchgate.net/publication/324876994\\_La\\_enseñanza-universitaria-de-la-etica](https://www.researchgate.net/publication/324876994_La_enseñanza-universitaria-de-la-etica)

Otra metodología aplicable para considerar las implicaciones éticas en las decisiones a adoptar en diferentes situaciones militares, proveniente del mundo empresarial, es el modelo de decisión ética PLUS (*Policies, Legal, Universal, Self*), elaborado por la *Ethics and Compliance Initiative*<sup>23</sup>, cuyo objetivo es tener en cuenta los factores y consecuencias éticas en la toma de decisiones.

Se trata de conocer métodos y técnicas que el militar, implicado en la formación ética propia y de sus subordinados, debe aplicar para conseguir resultados efectivos, especialmente en relación con las conductas morales que se espera de todos ellos. Si como dijo Michael Ignatieff a los cadetes de la Academia Naval de EE. UU. en 2001:

«Vuestra vida es una continua decisión sobre retos éticos»<sup>24</sup>, la capacitación ética de los militares resulta esencial y es una preocupación en muchas Fuerzas Armadas, que han realizado estudios experimentales que demuestran la influencia positiva en la formación del soldado para el combate<sup>25</sup>.

El ámbito moral de la personalidad humana ha sido objeto de estudio y análisis por investigadores y científicos durante mucho tiempo. Dentro del mismo, las explicaciones sobre el comportamiento moral del ser humano han recibido bastante atención, especialmente tras la Segunda Guerra Mundial y las conductas profundamente crueles e inhumanas que se desarrollaron en ese conflicto.

A nuestro trabajo interesa, especialmente, el concepto de *juicio moral*, ese proceso «que da soporte a los individuos para reconocer, evaluar y eventualmente actuar en relación con una situación que supone un desafío moral»<sup>26</sup>. No vamos, sin embargo, a entrar en un análisis psicológico acerca del desarrollo moral cognitivo, inicialmente dominado por el paradigma Piaget-Kolberg y que ha tenido desarrollos más recientes como la «aproximación afectiva» de Gilligan, el «mode-

<sup>23</sup> ETHICS & COMPLIANCE INITIATIVE. *The PLUS Ethical Decision Making Model*. Disponible en <https://www.ethics.org/resources/free-toolkit/decision-making-model>.

<sup>24</sup> Discurso a los Oficiales Cadetes de la Academia Naval USA en Annapolis, el 21 de marzo de 2001. Recogido en WHETHAM, D. «ABCA Coalition Operations in Afghanistan, Iraq and beyond: Two Decades of Military Ethics Challenges and Leadership Responses», en OLSHTOORN, P. (ed.), *Military Ethics and Leadership*, Brill/Nijhoff, Leiden/Boston, 2017, pág. 86.

<sup>25</sup> WARNER, C.H. et al. «Effectiveness of battlefield-ethics training during combat deployment: a programme assesment». *Lancet*, 2011; 378; pág. 915-924. Disponible en <https://www.thelancet.com>.

<sup>26</sup> GRAAF, M., VRIES, P., BILLEVELT, W. y GIEBELS, E. «Ethical Leadership in the military: the gap between Theory and Practice in Ethics Education», en OLSHTOORN, P. (ed.), *Military Ethics and Leadership*, Leiden/Boston: Brill/Nijhoff, 2017, pág. 61.

lo de cuatro componentes» de Rest o el «modelo interactivo persona-situación» de Treviño.

Lo primero a apuntar es que el militar debe estar formado y ser plenamente consciente de la influencia del ejemplo moral, de su esencial contribución a la creación de una identidad social de grupo para que objetos y motivación estén alineados éticamente. Identidad reconocida en unos estándares morales de comportamiento que impulsan al combatiente, identificado con su grupo, a seguirlos por encima de impulsos individuales.

El militar profesional debe llegar a través del conocimiento a la interiorización de conductas y consecuente desarrollo de actitudes que configuren su específico carácter moral. Para ello, se deben promover varios objetivos que se recogen a continuación.

El proporcionar una preparación y entrenamiento de los militares para conseguir un comportamiento moral, propio y de sus subordinados, coherente y articulado en las misiones y operaciones que llevan a cabo, varios son los métodos y técnicas utilizadas<sup>27</sup> y que se desarrollan en los apartados siguientes.

### Reforzamiento de la ética de las virtudes

Se trata de inculcar esas virtudes militares que constituyen el *ethos militar* y son la base de una estructura moral de la personalidad. Aristóteles, en su *Ética a Nicómaco*, nos recuerda que la virtud moral del ser humano no es una facultad, no es algo que existe en nosotros naturalmente. Tiene su origen en la enseñanza, exige experiencia y tiempo para ser adquirida y esto solo se logra con el hábito y la práctica.

En esa formación se desarrolla el carácter y se produce la internalización de los valores éticos que se esperan del soldado, de las unidades y del conjunto de las Fuerzas Armadas. Una de las principales características que definen a nuestros ejércitos como institución y no una mera organización es la integración de sus virtudes y valores éticos en el carácter individual y colectivo de sus miembros, que lo aplican en su comportamiento desarrollando sus funciones y cometidos profesionales.

La formación en esas virtudes militares, por otro lado, debe estar permanentemente abierta a los cambios y modificaciones que en sus contenidos se producen en el seno de las sociedades y que se tienen que trasladar al *ethos* militar.

---

<sup>27</sup> GRAAF *et al.*, *op. cit.*, pág. 56-85.

Veamos algunos ejemplos. Al considerar la obediencia, virtud militar habitualmente ligada a la disciplina y fundada en razones legales, institucionales y éticas, se ha pensado durante mucho tiempo que era más valiosa cuanto más se aproximase a la «obediencia ciega» del soldado. Pero esta concepción, para muchos marcada por las decisiones del tribunal de Núremberg, se ha quedado obsoleta<sup>28</sup> y la obediencia racional exige una instrucción para que no sean perspectivas intuitivas las que guíen la conducta individual, sino las que se apoyan en las dimensiones evaluadas y justificadas por la ética militar promovida por la institución.

Reflexionemos sobre la virtud de la lealtad que, en ocasiones, además de contribuir a generar un «espíritu de cuerpo», puede generar una lealtad apoyada y centrada exclusivamente en las convicciones morales del propio grupo, creando así una especie de venda moral que devalúa la lealtad hacia otros grupos, incluso de sus propias Fuerzas Armadas y, por supuesto, hacia los enemigos, a los que se deshumaniza hasta el extremo de generar comportamientos que influyen en la comisión de atrocidades y agresiones de naturaleza inmoral e ilegal.

En esta breve muestra de ejemplos pensemos en la actuación del moderno piloto de combate. Su exigente y costosa preparación debe incluir, entre otras virtudes militares, la paciencia y la capacidad de refrenarse y ser prudente y capaz de tomar restricciones. Particularmente con las guerras asimétricas, la ética se ha introducido en la cabina del piloto. Lanzar bombas sin la seguridad de que no producirá daños colaterales, dada por sus comandantes y comprobada in situ por el mismo, es una imprescindible cualidad ética en la guerra moderna. Y hay que formarla, pues a veces arrojar una bomba no gana la guerra, pero puede perderla.

### Mejora de la competencia moral / profesionalismo moral

Defendemos, por tanto, que una de las competencias que un jefe debe poseer, para ejercer un mando efectivo, es la ético-moral<sup>29</sup>. Esa

<sup>28</sup> El artículo 48 de las ROFAS, «Límites de la obediencia», dice: «Si las órdenes entrañan la ejecución de actos constitutivos de delito, en particular contra la Constitución y contra las personas y bienes protegidos en caso de conflicto armado, el militar no estará obligado a obedecerlas. En todo caso asumirá la grave responsabilidad de su acción u omisión».

<sup>29</sup> MANDO DE ADIESTRAMIENTO Y DOCTRINA del ET, «Liderazgo 2035 en el ET. Concepto derivado-01/19», febrero 2019, Anexo A, disponible en: <https://webmado2.mdef.es/BibliotecaVirtual/DIDOM/190305%20CODE%20001-19%20LIDERAZGO%202035.PDF>.

capacidad debe estar sustentada en la práctica de los valores morales y la autodisciplina, entusiasmo, afán de superación, etc.

El concepto de *competencia moral* se entiende como la habilidad de llevar a cabo tareas considerando los factores éticos relevantes y exige: capacidad de ser consciente de los aspectos morales de la situación; conocimiento de los propios estándares y valores morales; disposición para evaluar diferentes alternativas y sus consecuencias; aptitud para formar un juicio consistente con los estándares anteriores y actuar en consecuencia, y habilidad para comunicar y explicar la decisión a otros y para asumir la responsabilidad por las propias decisiones y acciones.

Aunque se ha criticado que la ética militar causa confusión e indecisión en el crecimiento del profesionalismo militar, su importancia se acentúa ante la necesaria reflexión del militar, especialmente en los de mayores responsabilidades, sobre su competencia moral y la capacidad de formular objetivos de aprendizaje de conductas éticas en sí mismo y sus subordinados.

Para lograr ese profesionalismo no es suficiente remarcar en programas teóricos, más o menos habituales, la importancia de los valores militares, sino que hay que dar pasos hacia su internalización como elementos básicos del carácter mediante discusiones de grupo y otras técnicas, aprovechando los ejercicios habituales para su práctica e instrucción. Una vez más hay que constatar que virtudes y valores, junto al carácter, son el núcleo esencial del profesionalismo moral militar.

### Evitación de la desafección moral

Es un mecanismo psicológico cognitivo por el que un individuo se autoconviene de que una conducta no ética puede estar justificada, reelaborando sus propias creencias, ideas y actitudes para lograr una coherencia interior que le permita exculpar sus propias acciones.

Ya se ha mencionado el caso de la prisión de Abu Ghraib en Irak, pero son numerosos los ejemplos de atrocidades cometidas por militares en las que se daba la justificación de que se estaban siguiendo las normas tal y como las entendían o como habitual e informalmente se consideraban dentro de la unidad.

Es necesario comprender que el comportamiento no ético, a veces institucionalizado consciente o inconscientemente en la institución militar, puede ser útil en el corto plazo, pero muy destructivo a largo plazo.

## **Estudio de casos y entrenamiento en dilemas éticos militares**

Es conocido que, en ocasiones, la dificultad está en determinar, dadas las diferentes circunstancias y consideraciones para tener en cuenta, si la decisión es buena o mala, o también, cuando todas las decisiones posibles a tomar no se consideran adecuadas, elegir la menos mala, la que se convierte en un mal menor. A esto se le suele llamar *dilema moral*. Otras veces se llega a establecer una decisión, pero, dadas las circunstancias, resulta muy difícil asumirla y/o implementarla. Esto es lo que se denomina *test de integridad*. Es en esos momentos cuando más necesario es tener competencia en el análisis de la situación y todos sus elementos, en el procedimiento para tomar la decisión ética (y legal) adecuada. Para conseguirlo, el estudio de casos (mencionado en el apartado anterior) que presenta dilemas morales suele ser la técnica más ampliamente desarrollada mediante su discusión en pequeños grupos.

Coleman nos dice: «Los test de integridad y los dilemas éticos pueden ser igualmente difíciles de resolver, pero la dificultad en cada una de estas situaciones reside en diferentes áreas. En el caso de un dilema ético, la dificultad está en decidir lo que es correcto. En el caso del test de integridad, la dificultad no está en decidir lo que es correcto hacer, sino en hacerlo realmente»<sup>30</sup>.

El entrenamiento en dilemas éticos, por más que se considere totalmente necesario, presenta problemas. Destacan la dificultad de reconocer los aspectos éticos o dimensiones morales que conllevan, la forma de presentación que si es ambigua o demasiado teórica no se entiende por el participante al considerarla muy alejada de su propia experiencia, la simplificación de la realidad o el problema de compartir experiencias que se perciben como demasiado personales.

Para desarrollar esa capacidad ética, para solucionar las diferentes interpretaciones, es condición un adecuado entrenamiento en dilemas morales. Se necesita una formación práctica mediante la inclusión de escenarios en los que se presentan dilemas éticos basados en experiencias reales, tanto propias como ajenas, en las que se reflejan las ambigüedades morales y se confrontan con las virtudes militares y los códigos establecidos para llegar a concluir, analizando los comportamientos que tuvieron lugar, cuál es la conducta profesional más

---

<sup>30</sup> COLEMAN, S. «Ethical Dilemmas and Tests of Integrity», en BAKER, D.P., (ed.), *Key Concepts in Military Ethics*, UNSW Press Book, Sidney, 2015, pág. 10.

adecuada. Como dice el presidente de EuroISME<sup>31</sup>, Benoit Royal: «La enseñanza ética debe salir de las aulas... e irrigar todos los aspectos de la preparación operacional sobre el terreno. Es esencial, en efecto, que la reflexión ética ocupe su lugar en los ejercicios operacionales»<sup>32</sup>.

Un modelo concreto más elaborado para facilitar este tipo de prácticas lo proporciona Cox<sup>33</sup>, que establece los siguientes pasos:

- Definir el problema.
- Identificar los objetivos.
- Listar las leyes y normas apropiadas.
- Relacionar los valores éticos en cuestión.
- Enumerar todos los interesados y concernidos.
- Recoger información adicional.
- Mostrar todas las soluciones posibles.
- Eliminar las opciones no éticas.
- Ordenar las opciones restantes según se acerquen al objetivo y a la solución del problema.
- Comprometerse a implementar la mejor solución ética.

Una variante de estas dinámicas en grupo es la proyección de alguna película que, estimulando las emociones de los alumnos, presente dilemas morales militares<sup>34</sup> en los que se plantean posibles violaciones éticas, discutiéndolas bajo el liderazgo de un experto e identificando los comportamientos legales y legítimos apropiados.

Para concluir este apartado hay que remarcar la necesidad de que el juicio ético sensato y bien estructurado es una capacidad que tiene que desarrollar el militar del futuro. Ello exigirá no solo un conocimiento apoyado en teoría y discusiones, sino un ejercicio práctico que le permita poner en marcha, mediante la introducción en la instrucción y en los propios ejercicios operativos, la competencia moral que se exige al soldado.

---

<sup>31</sup> EuroISME, siglas de *European International Society for Military Ethics*, es una organización no gubernamental, independiente políticamente y sin ánimo de lucro, que promueve la discusión, el análisis y la investigación sobre ética militar, derecho de los conflictos armados y responsabilidad profesional del militar. Varias de las publicaciones que EuroISME ha impulsado son, por su calidad y variedad de contenidos, muy interesantes para el tema que se analiza.

<sup>32</sup> ROYAL, B. «Discours d'introduction de la 4ème conférence annuelle d'Euro-ISME», en ELBNER, T. y JANKE, R. (ed.), *Didactics of Military Ethics*, Brill/Nijhoff, Leiden/Boston, 2016, pág. xii.

<sup>33</sup> COX, J. «Proposing a new Strategy for Army Ethics», *Military Law Review*, January 2016, Vol 224, Issue 2, pág. 541-589.

<sup>34</sup> A modo de ejemplo se sugieren los filmes *Espías desde el cielo* (*Eye in the sky*, 2005) y *El único superviviente* (*Lone survivor*, 2013).

## **Importancia ética de la diversidad y conciencia cultural (cultural awareness)**

No se puede pasar por alto, dada la importancia que tiene en nuestra época y crecientemente tendrán en el futuro las operaciones llevadas a cabo por coaliciones de países, a veces muy diversos en usos sociales y culturales, la necesidad de desarrollar, ante los retos éticos que se presentarán, doctrinas combinadas y códigos comunes para todos los participantes. Esos procedimientos no pueden obviar las diferencias culturales presentes en los países donde se despliegan fuerzas militares y que pueden llevar a un relativismo ético sobre lo que cada cultura considera correcto e incorrecto, e incluso al cuestionamiento del alcance universal de los derechos humanos básicos<sup>35</sup>.

Algunos de los principales estresores en el combate vienen del reconocimiento de que el enemigo emplea entre sus acciones y tácticas la tortura, la utilización de civiles, incluyendo mujeres y niños como escudos y como actores armados, y el uso de métodos inhumanos que producen la sensación de que hay una competencia entre sistemas morales. A pesar de ello no se puede caer en la deshumanización de ese enemigo, muchas veces favorecida por la distancia cultural, étnica o de sistemas de valores, ya que la idea del valor de la vida humana, de toda vida humana, debe regir la conducta del combatiente, precisamente para no perder la propia humanidad, para no caer en la propia deshumanización.

Como dice Milehan: «La aceptación de una diversidad cultural, mientras se reconozca algún tipo de filosofía global y estándar de lo que está bien, es lo que fundamentalmente es la ética y en particular la ética militar, con todas sus tensiones y contradicciones inherentes»<sup>36</sup>.

Ante esto hay que estar formados adecuadamente, pero creemos que los militares, ante ese relativismo cultural y ético, deben tener presentes varios aspectos que deben ser recogidos en los programas de formación en ética militar e incorporados en los contenidos éticos a interiorizar. Son los siguientes:

<sup>35</sup> Conviene recordar que la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948 no es aceptada totalmente por algunas sociedades. La Organización de la Conferencia Islámica adoptó en 1990 la Declaración de los Derechos Humanos en el Islam, fijando su perspectiva sobre dichos derechos. Disponible en <https://www.refworld.org/cgi-bin/texis/vtx/rwmain/opendocpdf.pdf?reldoc=y&docid=50acbf1c2>.

<sup>36</sup> MILEHAM, P., «Military Integrity: Moral or Ethical?», en OLSHTOORN, P. (ed.), *Military Ethics and Leadership*, Brill/Nijhoff, Leiden/Boston, 2017, pág. 139.

- No se pueden considerar inmutables, desde la reflexión ética, prácticas que son erróneas al eliminar la esencial dignidad humana, por mucho que se considere que son admitidas en ciertas culturas, como la tortura, la ablación genital o la esclavitud.
- El progreso moral humano exige replantear y argumentar en favor de la mejora de determinadas conductas. El militar desplegado tiene que ser respetuoso con los usos morales de un país, pero no dejar pasar por inacción determinadas conductas (*Bacha bazi* de Afganistán<sup>37</sup>).
- El militar occidental, despojado de relativismos culturales, tiene que confiar en los fundamentos éticos propios, ya que tienen un sustrato básico y mínimo de valores éticos aceptados universalmente. El genocidio, la limpieza étnica o las atrocidades bélicas tienen que ser condenadas en todas las culturas.
- El enfoque multicultural es el válidamente ético para afrontar determinadas intervenciones humanitarias, en las que hay que aceptar lo aceptable aunque sea diferente y no aceptar la inaceptable aunque sea idéntico.

## Conclusiones y alguna propuesta

La ética militar es la deliberación y el razonamiento, desde postulados éticos, sobre la profesión militar. En ella entra la consideración de todos los aspectos que constituyen el uso de la fuerza militar, tarea clave para el militar profesional y en donde el lugar principal lo ocupa, lo debe ocupar, la esencial función de combatir que produce destrucción y violencia letal.

Ese razonar ético es lo que da sentido y justificación a la consideración de una ética militar que establece códigos morales a los que debe atenerse el militar, el cual solo se mostrará como profesional y servidor público ante la sociedad, si se conduce de acuerdo con las normas éticas que de él se esperan.

La necesidad de la ética militar, y una formación exigente y rigurosa de sus principios, métodos y contenidos, también se pone de manifiesto en la permanente atención que el profesional de las Fuerzas Armadas

---

<sup>37</sup> Término local que se utiliza comúnmente para la esclavitud sexual y la prostitución infantil y juvenil en la que niños y adolescentes deben someterse a actividades sexuales y de entretenimiento de ricos o poderosos y que se mantiene como un símbolo del estatus. Disponible en <https://www.infobae.com/america/mundo/2017/03/02/el-drama-de-los-bacha-bazi-los-ninos-prostituidos-que-son-usados-por-los-talibanes-como-espias-en-fiestas-militares/>

debe prestar a los cambios en los principios y valores sociales y culturales de las sociedades del actual mundo interconectado y globalizado.

La adquisición de la adecuada capacidad en la toma de decisiones éticas es, sin duda, una responsabilidad individual del militar, pero, sobre todo, una responsabilidad de las Fuerzas Armadas como institución, debiendo ajustar, a todos los niveles, los planes formativos adecuados para proporcionarla.

Uno de los primeros pasos que se considera necesario abordar sería el estudio, académico y riguroso, de la formación que en ética militar se proporciona en las academias y centros de enseñanza militar en España. A modo de ejemplo, en un análisis muy general del currículo de la enseñanza de formación de la Academia General del Aire para el ingreso en el Cuerpo General sin titulación previa, se observa que existe la asignatura Ética y Psicología de las Organizaciones, única que incluye expresamente ese concepto y a la que se asignan 4,5 créditos ECTS.

Dado que el ánimo que nos impulsa no es la crítica, sino la búsqueda de la excelencia profesional, es obligatorio reconocer que la instrucción y aprendizaje de otras materias asociadas a la ética militar se desarrolla a lo largo de los cinco cursos en otros ámbitos formativos, particularmente en el de la Formación Militar. La práctica y demostración cotidiana de las virtudes y valores militares, claves de la profesión, que se enseña y exige en academias y escuelas veinticuatro horas al día, contribuye de forma decisiva a esa interiorización de las virtudes que forman el *ethos* militar, afianzando el carácter y generando actitudes básicas para los militares en su futuro ejercicio profesional. Pero ante las novedosas características que las guerras y los conflictos van adoptando, no parece que sea suficiente. Por ello la necesidad de avanzar y profundizar en la formación sobre ética militar en nuestros militares, y también en los técnicos civiles en ética y filosofía, que deberían colaborar con la institución militar como expertos docentes y directores de programas y materias sobre la misma.

En España no hay en ningún centro civil o militar cursos o estudios de postgrado sobre ética militar, como sí tienen algunos países europeos. Una iniciativa que podría resultar muy útil, para que sirva de estímulo que familiarice y divulgue los contenidos de la ética militar, entre militares y civiles, sería comenzar con la configuración dentro de los Altos Estudios de la Defensa Nacional de un programa formativo de ética militar que, como recoge la normativa en vigor<sup>38</sup>, tenga en

<sup>38</sup> Real Decreto 339/2015, de 30 de abril, por el que se ordenan las enseñanzas de perfeccionamiento y de Altos Estudios de la Defensa Nacional. Artículos 18 y 19. BOE, núm. 104, de 1 de mayo de 2015.

cuenta el nivel de postgrado que los debe iluminar y por tanto dirigido a aquellos llamados a adoptar decisiones de gran influencia en el nivel estratégico. Como bien indica la teniente coronel Behn: «El programa de educación ética debe ampliar y mejorar el proceso de toma de decisiones éticas de los oficiales y prepararlos para aplicar ese proceso al nivel estratégico»<sup>39</sup>.

Previamente a la propuesta anterior, podría plantearse un seminario o jornada monográfica sobre el tema, liderado por el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional u organismo que se considere apropiado, que sirviera de experiencia piloto y ayudara a tomar decisiones al respecto.

Si todo resultara positivo, a continuación, procedería pensar en establecer para todos los escalones militares y en los diversos tipos de enseñanza, aquellos cursos, seminarios o experiencias formativas que desde el principio y a lo largo de toda la carrera militar proporcionen los instrumentos y medios que permitan adquirir, mantener y poner al día la necesaria competencia en ética militar. De forma especial, creemos importante que en el entrenamiento y adiestramiento que se proporciona antes de los despliegues en operaciones internacionales se incluyera, al lado de la información legal, contenidos suficientemente amplios y prácticos sobre asuntos de ética militar.

Por otro lado, nuestra integración en las estructuras militares europeas y occidentales debería tener correspondencia con una abundante participación de militares y civiles españoles en centros e instituciones que se ocupan de la ética militar, como la ya mencionada EuroISME.

Con la formación en ética militar como auténtica ética aplicada, se trata de poner al descubierto las bases morales de la profesión militar y, dada su trascendencia, capacitar para mejorar la toma de decisiones de forma que el cumplimiento de la misión tenga en cuenta al lado de los esenciales aspectos estratégicos, tácticos y operacionales, las consideraciones éticas esenciales al ser humano.

Esperemos que este trabajo contribuya a su difusión, conocimiento y promoción.

<sup>39</sup> BEHN, B.A. «The Stakes are High. Ethics Education at US War Colleges», *Air War College Maxwell Paper* Núm. 73, Enero 2018. Disponible en [https://media.defense.gov/2018/Jun/19/2001933532/-1/-1/0/MP\\_0073\\_BEHN\\_STAKES\\_HIGH.PDF](https://media.defense.gov/2018/Jun/19/2001933532/-1/-1/0/MP_0073_BEHN_STAKES_HIGH.PDF)

## Capítulo segundo

# ¿Qué es el honor militar?

*Federico Aznar Fernández-Montesinos*

«Aquí la más principal / hazaña es obedecer, / y el modo cómo  
ha de ser / es ni pedir ni rehusar. / Aquí, en fin, la cortesía, /  
el buen trato, la verdad, / la firmeza, la lealtad, / el honor, la  
bizarría, / el crédito, la opinión, / la constancia, la paciencia, / la  
humildad y la obediencia, / fama, honor y vida son / caudal de  
pobres soldados; / que en buena o mala fortuna / la milicia no es  
más que una / religión de hombres honrados».

P. CALDERÓN, *Comedia famosa*.

*Para vencer a amor, querer vencerle*, Valencia 1650

### Resumen

La cultura militar, una cultura táctica y heroica, imprime a los miembros de las Fuerzas Armadas en las academias y en sus destinos una serie de valores y actitudes que generan unos comportamientos congruentes, los cuales, además, son compartidos a nivel internacional. El factor de diferenciación respecto de la sociedad se sitúa no tanto en los valores como en las actitudes. Honor y héroe, su representación física, cuentan con un carácter biunívoco y describen con precisión la cultura de la que forman parte.

El honor es una conducta que representa la quintaesencia de la cultura considerada, no es ninguna sublimación intelectual, sino algo práctico y real que contribuye a la resiliencia del individuo ante situaciones tan extremas como la guerra y orienta su proceder de modo que también sirve como mecanismo de control.

### Palabras clave

Honor, cultura militar, héroe, valores, actitudes, comportamientos, antropología, Fuerzas Armadas.

## What is military honor?

### Abstract

*Military culture, a tactical and heroic culture, impresses members of the Armed Forces - in the Academies and in their assignments - with a series of values and attitudes that generate consistent behaviors which, in addition, are shared internationally. The differentiation factor with respect to society is located not in values but in attitudes. Honor and hero, its physical representation, have a biunivocal character and accurately describe the culture. Honor is a behavior that represents the quintessence of the culture considered, it is not an intellectual sublimation but something practical and real that contributes to the resilience of the individual in situations as extreme as war. It guides their behavior so that it also acts as a mechanism for control.*

### Keywords

*Honor, military culture, hero, values, attitudes, behaviors, anthropology, Armed Forces.*

## La cultura militar

La guerra supone una puesta entre paréntesis del sistema de valores vigente, que no prejuzga ni cuestiona su ordenamiento, sencillamente lo difiere, lo pospone y de esta manera obvia el juicio. Una vez derribadas las barreras culturales se genera un estado de anomia<sup>1</sup>.

La erosión del sentido de la identidad moral del combatiente, que sí está moldeada en torno a valores parcialmente autónomos, hace que sus límites morales sean susceptibles de deslizarse progresivamente y disminuir los niveles de exigencia, lo que posibilita actos que antes no se hubieran hecho realidad jamás<sup>2</sup>.

La cultura militar pretende gestionar equilibradamente una situación tan extrema como esta fijando lo más posible los valores del combatiente desde una posición de fortaleza ética, moral y psicológica. Su diseño y lógica obedece a tal fin y ha sido diseñada durante siglos. Se trata de evitar ese deslizamiento moral hacia la anomia que se describe en obras como *El corazón de las tinieblas*<sup>3</sup>, de Joseph Conrad.

Una cultura supone un conjunto de complicidades y entendimientos compartidos; encarna una suma de ideas y signos, norma, expectativas, pautas de conducta y comunicación. A resultas de ello, se genera un conjunto de creencias, ritos y acuerdos implícitos sobre como concebir e interpretar el mundo. Es básicamente el marco interpretativo de todo un complejo simbólico, una atalaya desde la que contemplar la realidad.

Y es que una cultura guía, explica, regula de modo grupal. Al mismo tiempo configura y determina el carácter de la comunidad y verbaliza sus conceptos principales, que, de este modo, se enriquecen y facilitan la cohesión del conjunto. Así se hace más eficaz la comunicación interna y se expresan preferencias por determinadas conductas, metas o estrategias. Esto, a su vez, crea una serie de apriorismos que marcan el comportamiento de sus miembros y que, además, son transparentes en el sentido de que se da por comunes al resto.

Un ejemplo lo tenemos en el *bushido*, que literalmente significa «militar-caballero-camino» o, en términos inteligibles, «el camino

<sup>1</sup> ROJAS MARCOS, LUIS. (1995). *Las semillas de la violencia*. Espasa Calpe, Madrid, pág. 203.

<sup>2</sup> GLOVER Jonathan. (2001). *Humanidad e inhumanidad*. Cátedra, Madrid, pág. 143.

<sup>3</sup> CONRAD, Joseph, *El corazón de las tinieblas*. Cátedra, Madrid, 2005.

(do) del guerrero (*bushī*)». Este supone, entre otras cosas, una ética y una práctica específica de la casta samurái, una ideología estructurada y centrada sobre el comportamiento moral, esto es, sobre el sentido de lo correcto, aunque trasciende ampliamente esta idea, como no puede ser de otra manera, para postularse como un estilo de vida, un camino. No es propiamente un código escrito o una doctrina, sino más bien un conjunto de máximas, dichos y escritos formulados que sirven como principios inspiradores<sup>4</sup>. No se limita solamente a una serie de virtudes o patrones de comportamiento de aplicación lineal, sino que es mucho más que eso. Reclama una aproximación omnicomprensiva y étnica.

El proceso de internalización de los valores militares, y con ellos del honor, es fruto de una práctica. El ejemplo que nuevamente nos ofrece el *do* japonés es palmario. Y es que este es un método, una forma de aprendizaje, ligado a las artes y llamado a ser ejercido para su propia realización, pues se trata de una actividad de propio perfeccionamiento que obliga a su práctica recurrente. Es pensamiento, entrenamiento e interiorización.

El *do* japonés viene a ser la forma en la que el espíritu es utilizado en la propia ejecución del arte<sup>5</sup>. Se trata de internalizar unos principios, a través de mente y cuerpo, al igual que se hace en el régimen militar para combinarlos posteriormente con la realidad y que el producto obtenido salga del interior como una prolongación de sí mismo.

Como apunta el padre Arrupe —Superior General de la Compañía de Jesús y durante mucho tiempo misionero en Japón—, «para un occidental la escritura no tiene más fin que la utilidad; las flores, el adorno; la esgrima, la diversión; la lucha, el ejercicio; el tiro con arco, un entretenimiento; y el té, la tertulia que origina. No vemos en todo ello medios que conducen a nada, sino fines que, por el hecho de ser más bien intrascendentes, nos parece absurdo calificar con el rimbombante nombre de ejercicios y menos aún de ceremonias. Sin embargo, para un japonés, la misma realidad física... adquiere un significado distinto. No da valor ninguno a la materialidad de la obra que está realizando, sino al espíritu con que la hace, que es un camino, un *do* que le conduce a la refinación, hacia el autodomínio, hacia la educación de esos valores

<sup>4</sup> NITÓBE, Inazo (1940, traducción del general Millán Astray), *Bushido. El alma de Japón*, Gráficas Ibarra, pág. 20.

<sup>5</sup> TUCCI, Norberto (2009). «Introducción» en NITÓBE, Inazo. *Bushido. El alma de Japón*. Ediciones librería Argentina, Madrid, pág. 7.

internos, que tiene ya desarrollados y que hacen de Japón uno de los pueblos con mayor autoridad sobre sus pasiones»<sup>6</sup>. El proceso de internalización de los valores que realiza el régimen militar en la Academia primero, y con maniobras y operaciones después, obedece a la misma lógica. La instrucción militar es también una educación del espíritu.

Al mismo tiempo, las Fuerzas Armadas surgen del seno de cada sociedad y no pueden escapar a sus sentimientos, valores y debates por la sencilla razón de que son producto de su cultura misma. La cuestión es que los lazos entre militares son más fuertes que los que existen entre estos y la sociedad civil, con lo que los cambios que esta vive llegan, aunque con un cierto retraso. Este retardo en el permear hace *per se* que las Fuerzas Armadas se comporten a modo de nevera espiritual en la medida en que preservan temporalmente los valores del pasado, dotando a la sociedad de un componente inercial.

A ello se suman los procesos internos de endoculturación en base a los cuales cada generación enseña a la siguiente obligándola a reproducir su comportamiento sobre la base de un sistema de premios y castigos. Es más, en las academias militares se produce todo un proceso de imprimación con el que se dota al colectivo militar de las referencias profesionales básicas para el conjunto de su carrera.

Estas, además, se refuerzan por los procesos de socialización propios de un entorno cultural significativamente homogéneo. Como consecuencia, se reduce el espectro de decisiones posibles y se reafirman unánimes en el grupo las decisiones adoptadas que se atienen al patrón de conducta aprobado por este. A ello también hay que adicionar la gratificación personal obtenida con el éxito en el desempeño de los primeros destinos profesionales y que tiene un carácter reafirmativo<sup>7</sup>.

Lo anterior viene a consolidar el marco de referencia considerado —que es al que se apela en tiempos de dificultad— haciendo recurrente el retorno a las ideas adquiridas al comienzo de la carrera<sup>8</sup>. Y este es un marco, como no puede ser de otra manera, eminentemente táctico, el que corresponde precisamente al momento

<sup>6</sup> ARRUPE, Pedro. (1991). *Este Japón increíble. Memorias del P. Arrupe*. Ediciones Mensajero Erandio, pág. 95.

<sup>7</sup> GERRAS, Stephen J.; WONG, Leonard. *Changing minds in the Army: Why it is so difficult and what to do about it*, United States Army War College Press.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

profesional en que se forjó. Por eso la cultura militar es una cultura táctica, apegada al terreno, a la realidad, presentista e inherentemente práctica.

Todo ello hace que incorpore elementos diferenciadores respecto de la propia sociedad considerada. No obstante, tal diferencia no es grande al mantenerse abiertos los canales con aquella; y más conforme se progresa profesional y humanamente creando una familia y con ello generando nuevos lazos con la sociedad de pertenencia.

Podemos concluir que la subcultura militar —pues forma parte de la cultura nacional, que es su fuente— incorpora su propio sistema de valores. Se trata de un conjunto relativamente estable y significativamente diferente del propio de la sociedad en general; pero, al mismo tiempo, no tan diferente, y más en las sociedades occidentales, en tanto que modelo para el resto.

Es una cultura corporativa, esto es, la filosofía de una organización sobre la llevanza de sus asuntos; pero también ante una forma de vida. Se trata de una profesión, es decir, de un dominio basado en la experiencia, el aprendizaje prolongado, la identidad de grupo e incluye una ética, así como normas de comportamiento<sup>9</sup>.

Pero es algo más que eso. Estamos ante una suerte de religión civil y secular, como la denomina Calderón en los versos que han servido de entrada a este trabajo: «una religión de hombres honrados»; y es que la milicia tiene elementos comunes con la religión, si bien sus metas son señaladas por la comunidad a la que sirven y, en principio, no incorporan la dimensión trascendente específica de la religiosidad. Lo militar es un humanismo.

Los valores que desde esta subcultura se propugnan se relacionan dialécticamente entre sí adquiriendo un significado nuevo que solo se puede interpretar en términos holísticos y kantianos. Es más, un estudio sobre el honor permite su comprensión, pues es un término que los agrupa y pone en práctica por más que se conciba como un valor más. El énfasis en uno solo de los valores trastoca el sentido del conjunto y lo separa de su acervo. Y es que la cultura cuenta con un carácter subterráneo que obliga a descifrarla a partir de su práctica, esto es, de las conductas reales a que da lugar<sup>10</sup>.

Piénsese, por ejemplo, que el lema de las célebres tropas de asalto nazis, las SS (*Schutzstaffel*, «escuadras de protección»), era «mi

<sup>9</sup> JANOWITZ, Morris (1990). *El soldado profesional*. Ministerio de Defensa, pág. 113.

<sup>10</sup> MARTÍNEZ PORRAS, José María (2000). *El factor humano en la empresa*. Ediciones Deusto, Bilbao, pág. 174.

honor se llama lealtad», aspecto este que coincide con la tradición samurái del *Hagakure*, pero que hace declinar la conducta de quien se deja orientar por esta norma a los extremos de un modo que ya no puede asumirse por la cultura fuente. La lealtad entonces se transforma en una excusa para todo.

Se precisa integridad, de una aproximación holística; a eso se refería Calderón al afirmar que «el honor es patrimonio del alma». Valores, actitudes y comportamientos están correlacionados y deben ser congruentes entre sí. Asimismo, las actitudes son mediadoras entre valores y comportamientos. La clave de la cultura militar se sitúa así en valores y actitudes que son los que determinan los comportamientos; son estos los que encarnan el criterio de verdad<sup>11</sup>.

Los valores enuncian los intereses, responsabilidades y metas de la organización; la cultura militar es un conjunto de valores relativamente estable y tienen un fuerte componente motivacional. Pero el meollo de la cuestión no se sitúa, como se ha señalado, en los valores, sino en las actitudes, en la praxis. El carácter militar, su *ethos*, es proactivo e implica una permanente llamada a la acción, como indica el término civil *militancia*: «saber y obrar son la misma cosa»<sup>12</sup>.

Todas estas referencias hacen que nos encontremos ante una cultura muy fuerte como conviene para gestionar un conjunto tan grande, diverso y complejo como lo son las Fuerzas Armadas. La cultura establece el marco de relaciones y complementa lo no expreso, las instrucciones de los superiores jerárquicos. Es la argamasa de un sistema preparado a su vez para la guerra.

Desde el punto de vista organizacional, la existencia de un conjunto de valores compartidos y de una clara visión permite la adopción de decisiones sin que resulten necesarios grandes mecanismos de control. La previsibilidad de las respuestas, fruto de una cultura uniforme, facilita la dirección y permite al líder ahorrar tiempo y enfocarse en otras cuestiones<sup>13</sup>. Es más, la cultura genera automatismos que permiten la adopción de decisiones sin gran menoscabo de la legitimidad. Profundizado en esta lógica, se verá

<sup>11</sup> ROS, María (2001). «Valores, actitudes y comportamiento: una nueva visita a un tema clásico», en ROS y GOUVEIA (coord.), *Psicología social de los valores humanos. Desarrollos teóricos, metodológicos y aplicados*, Biblioteca Nueva, Madrid.

<sup>12</sup> TSUNETOMO, Yamamoto. «Hagakure», en HITOSHI, Oshima (2007), *La vía del samurái*. Ed. La esfera de los libros, pág. 183

<sup>13</sup> ROWE, W. Glenn; HOSSEIN NEJAD, Mehdi. *Strategic leadership: short-term stability and long-term viability*. September/October, 2009, <http://iveybusinessjournal.com/author/mnejad/>.

que la ausencia de conflictos ha reducido el papel de los líderes e incrementado el papel rector de la cultura.

## La cultura militar como cultura heroica

La palabra *héroe* designaba en el mundo antiguo a un semidiós, esto es, a un ser entre dioses y hombres, en no pocas ocasiones, a un cruce entre ambos. Con este término se hacía mención a un personaje eminente que encarna la quinta esencia de los rasgos claves valorados en su cultura de origen. Representa consecuentemente una ejemplificación viviente, por más que el heroísmo sea una respuesta irracional y emocional frente al riesgo y el peligro.

Lo heroico es extremo, pertenece a la tragedia. Así, en un clásico normativo de la literatura samurái, el *Hagakure* —literalmente, «oculto tras las hojas»; esta obra un enfoque emocional de esta cultura de honor y la formula en sus términos extremos—, se establece que «para el *bushido* no vale de común la moderación»<sup>14</sup>. Scott Fitzgerald señalaba al respecto: «Muéstrame un héroe y te escribiré una tragedia».

Por eso, para que aparezca un héroe, el grupo ha de tener el grado de cohesión suficiente como para que existan unos valores reconocidos y comunes. Sin valores no hay héroe; sin valores compartidos, precisando más, no puede existir la ejemplificación heroica. Primero son los valores y después el héroe. Este, pues, nos desvela aquellos.

El héroe es siempre una propuesta, una encarnación física, la expresión plástica de unos ciertos ideales preexistentes. La condición de héroe proviene tanto de sus acciones —del esfuerzo y riesgo que entrañan— como del valor que los demás les otorgan. Por ello la dimensión heroica varía en cada situación histórica y cultural dependiendo de los valores imperantes.

La sociedad, el grupo humano, engendra sus héroes a su imagen y semejanza o, para ser más exactos, conforme a la imagen idealizada que tiene de sí misma en términos de cultura, fortaleza y hasta de edad. Independientemente del grado de presencia real de las virtudes en una sociedad determinada, esta debe tener un ideal, una meta hacia la que dirigirse y que el héroe personifica<sup>15</sup>.

<sup>14</sup> TSUNETOMO, Yamamoto, *Op. cit.*, pág. 216.

<sup>15</sup> AGUIRRE, Joaquín M.<sup>º</sup>. «Héroe y sociedad: El tema del individuo superior en la literatura decimonónica».

<https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero3/heroe.htm>.

Teniendo en cuenta este principio, la existencia del héroe depende de la adhesión social a los valores, esto es, del grado de acuerdo que exista en torno a la virtud, independientemente de lo que se entienda por esta.

Pero lo heroico puede ser incontrolable y encarnar la destrucción. A fin de cuentas, la guerra, contra lo que parece, es racionalidad en la medida en que sirve a un propósito político. No es necesariamente aniquilación ni tampoco una mera exhibición de gallardía. Los griegos, pero sobre todo los romanos, comprendieron esto y superaron la limitación, regulando la violencia por medio de la disciplina. Los guerreros se transformaron así en soldados, y su fuerza se ve controlada y direccionada haciéndose simultáneamente más eficaz y menos violenta. Las guerras que emprenden los soldados son, paradójicamente, menos crueles que las que llevan a cabo gentes sin formación militar.

Ya en la época medieval los valores eran los cristianos y se personificaban en el ideal caballeresco, un ideal que ha impregnado el conjunto de la sociedad<sup>16</sup>. A medida que la nobleza va perdiendo su carácter guerrero (*bellatores*), empieza a elaborar un concepto de *virtud* y de *honor* cercano a las nuevas corrientes humanistas<sup>17</sup>. La tradición medieval de la caballería impregna la función militar en muchos países aun a día de hoy. El ideal de caballero modula al soldado desde la perspectiva de código ético. Pero el caballero como el samurái es guerrero, esto es, la relación con la disciplina es más liviana, dejando sistemáticamente un margen de actuación más amplio a la conciencia moral del combatiente. Hace lo que debe no porque debe, sino porque quiere y porque puede.

Una cultura heroica es una cultura muy marcada en la medida en que se encuentra basada en actitudes, lo que orienta y limita aún más el espectro de decisiones posibles, haciéndolas previsibles y muy coherentes entre sí. Las personas con actitudes expresivas de los valores, que son los que integran la cultura militar, se comportan de forma más coherente que quienes tienen actitudes más utilitarias.

El ejemplo heroico por antonomasia es el que ofrece el guerrero, el caballero. Su honor está intrínsecamente ligado al ejercicio de

<sup>16</sup> HERNÁNDEZ-PACHECO, Javier. «Oficial y caballero. El paradigma militar en una cultura posheroica», Monografía del CESEDEN, núm. 127.

<sup>17</sup> MORAN MARTÍN, Remedios. «De la difusión cultural de la virtud caballerisca a la defensa del honor», Revista *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie III, H. Medieval, t. 13, 2000, pág. 271-290.

la violencia. Su fuerte sentido de independencia personal e integridad está reforzado por sus convicciones y autoestima. La ética militar tiene un efecto similar; una vez internalizada, sirve para el autocontrol y la motivación, esto es, proporciona un suelo moral a partir del que conducir la actividad, así como una guía para el desarrollo de las acciones militares<sup>18</sup>.

Con todo, hoy, el caballero —en tanto que escoge lo correcto teniendo capacidad para tomar otra opción— sigue siendo un ideal, y como tal, vuelve a modular al soldado desde la perspectiva de sus ideales generándose por ello un código ético. El militar no solo lucha, sino que sirve a su comunidad política. Por eso es una profesión a la que se accede por juramento. Es, pues, un oficio, y quienes lo llevan a cabo, consecuentemente, oficiales<sup>19</sup>, entendiendo tal término no en su dimensión de categoría o clase, sino en la lógica de la profesionalización, esto es, referido al conjunto de los miembros de las Fuerzas Armadas, como más adelante veremos hace el fundamental artículo 14 de las Reales Ordenanzas.

Es más, la idea de *servicio público* que prestan las Fuerzas Armadas resulta una concepción capital. El «acto de servicio» se convierte en la justificación de cualquier acción y hasta de la propia pérdida de la vida. En este sentido, no puede resultar extraño que la palabra *samurái* derive del verbo *saburau*, que viene a significar «servir como ayudante»<sup>20</sup>.

El objeto del acto queda fuera de quien lo lleva a cabo, no se encuentra completamente alineado con sus intereses, es extrínseco y tiene su recompensa emocional, si no la gloria, sí «la satisfacción del deber cumplido». Su inutilidad para quien lo lleva a cabo le dota de un plus de belleza al tiempo que ennoblece a su agente y legitima al grupo de pertenencia.

El paradigma castrense de nuestra época es, por tanto, resultado de la convergencia de las ideas militares de «oficialidad», esto es, el servicio de las armas como servicio público, y de «caballerosidad», como un desinteresado servicio a lo justamente asumible

<sup>18</sup> JENNINGS, Peter L.; HANNAH, Sean T. «The Moralities of Obligation and Aspiration: Towards a Concept of Exemplary Military Ethics and Leadership», *Military Psychology*, 23, pág. 550-571, 2011.

<sup>19</sup> HERNÁNDEZ-PACHECO, Javier «Oficial y caballero. El paradigma militar en una cultura posheroica», en VV.AA., *En una sociedad posheroica: la transformación del paradigma militar*. Monografía del CESEDEN núm. 127.

<sup>20</sup> *Op. cit.*.

por la comunidad política desde un presupuesto de universalidad, esto es, a los «intereses generales», frente al provecho individual<sup>21</sup>.

La síntesis sería tanto una «profesionalidad» con la que se reconoce la responsabilidad y la convergencia de distintos enfoques como el carácter técnicamente competente del ejercicio de las armas, que, dicho sea de paso, también ennoblece a estos profesionales; el carácter público y disciplinado de la oficialidad romana, el sentido caballeresco, gentil y de servicio del ideal de la nobleza medieval y la tecno-eficiencia profesional moderna se suman en las Fuerzas Armadas<sup>22</sup>.

Pero el heroísmo no forma parte de la educación posmoderna, que por antropocéntrica lo ve incomprensible, cuando no la base de una suerte de dictadura, pues la ejemplaridad conmina a quien no quiere ser amonestado, generando incomodidad; y, sin embargo, se requiere de él en las Fuerzas Armadas de hoy. La cultura militar es una cultura heroica. La cuestión es que el heroísmo es táctico.

Un ejemplo civil de ello, con sus matizaciones, podemos encontrarlo en el juramento hipocrático o, mejor aún, en el estajanovismo, un movimiento de emulación construido sobre la base del incremento de la productividad, que se servía de un minero del Donest (Ucrania), Stajanov, y que, en la línea de su proyecto de nuevo hombre soviético fue instrumentado por las autoridades como forma de incrementar la productividad.

Ese modelo debía tener un objetivo en el grupo. De hecho, el grupo debía ser su objetivo. Y un objetivo así solo puede materializarse a través de símbolos (así se creó, por ejemplo, la medalla a los trabajadores estajanovistas). Un símbolo es la representación perceptible de una idea. Es un signo sin semejanza ni contigüidad con el que se evoca valores y sentimientos, representando alegóricamente ideas abstractas. En el caso que nos ocupa el símbolo es el uniforme.

Un uniforme en sí mismo no significa nada. Lo puede llevar un militar o una banda *amateur* de música en una procesión de Semana Santa. Puede ser estética o ética. Depende de si lleva incorporado consigo algo más; ese *algo* son los valores.

Y es que los símbolos no pueden quedar en palabras vacías de contenido y uso, por las que se transita sin que vengan a significar

---

<sup>21</sup> *Ibidem.*

<sup>22</sup> *Ibidem.*

gran cosa. Establecerlos es dotarlos de una dimensión de convención socialmente aceptada. Recuperarlos es volver a poner en valor al grupo. Poniendo en valor al grupo, conforme a los principios del liderazgo transformacional, se restituye simultáneamente al individuo, eje real de actuación.

El ejemplo, que es una medida de la implicación en el proyecto que auspicia, y con ello de su credibilidad, nos saca del ensimismamiento y nos demuestra que otra opción es posible. El símbolo ligado al ejemplo, a la entrega y a la virtud se incorpora a la narración para culminarla efectivamente. Por eso recuperar los símbolos, realzarlos, es recuperar o fortalecer el grupo como espacio de relación y como unidad de futuro.

De este modo el uniforme implica un compromiso público con una serie de valores; esto, a su vez, señala una actitud pública que los refuerza y materializa. El solo hecho de llevar uniforme compromete públicamente, liga a un ideal, obliga a una conducta, muestra un sincero compromiso con un credo. El uniforme es la convergencia entre principios, pensamiento y actuación. Llevar uniforme es una responsabilidad. Es solo un símbolo, pero pretende ser una actitud; no es una mera estética, sino una propuesta ética.

## La cultura militar como cultura de honor

Los valores de las Fuerzas Armadas son, como se ha visto, los propios de una cultura heroica: claros, profundos y muy marcados. Con todo, y contra la sencillez afirmativa que el heroísmo proclama, la complejidad de una cultura hace que no solo dependa de quiénes son sus portadores simbólicos y representantes electos, sino también de conceptos, valores y actitudes, así como de otros aspectos como rituales, gustos, etiqueta... Todos ellos derivan comportamientos que sirven a su valoración efectiva<sup>23</sup>.

Mención aparte merece un concepto con una formulación muy específica como es el honor que impregna todos los elementos considerados. El honor, las más de las veces expresado dentro de la nomenclatura de los «valores» —como se hace en el poema de Calderón citado—, no es tanto un valor como un comportamiento, una forma real y efectiva de aproximarse a la realidad, una forma completa de vivir. Estamos ante un modo «honorable» en lo for-

<sup>23</sup> IKEGAMI, Eiko (2012). *La domesticación del Samurái*. Ed. Anthropos, Madrid, pág. 39.

mal, y, por ende, conductual y de ejemplaridad pública, que además de ser concurrente con los valores propiciados por la cultura, también atiende a la dimensión finalista. Es un concepto holístico con un cierto carácter inconcreto y acorde a una cultura.

Este concepto, además, resulta de un importante valor antropológico, en tanto que expresa la clave de bóveda de la cultura a la que pertenece. El trabajo de Ruth Benedict *El crisantemo y la espada*, referido a la cultura del Japón en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, fue pionero en este sentido. El honor es un concepto antropológico por excelencia.

*Héroe* y *honor* vienen a ser un ejercicio de recapitulación de la cultura considerada. El héroe es el portador del honor y representante electo del grupo considerado. El honor, con su carácter inconcreto y en el espacio referido, sería la síntesis, la culminación y el núcleo expresivo de la cultura. El héroe sería a su vez la materialización de unos valores, su concreción práctica, un ejemplo viviente de honor. *Héroe* y *honor* forman, de este modo, un binomio resumen de la cultura.

Como ejemplo, y según se ha visto, el *bushido* no es un código canónico de aplicación lineal, sino que se ha formado sobre la base del proceder y dichos de héroes del pasado, cuya conducta se proclama acorde al canon y es considerada por ello digna de reconocimiento. De hecho, la cultura samurái es una cultura elitista —en tanto que propia de un grupo social exclusivo de hacendados— asentada sobre el honor. No estamos ante una categoría vacía, sino ante toda una etnomentalidad propia de una comunidad específica en la que se inserta un individuo y ante la que responde de su proceder, al menos, en el terreno de los imaginarios.

Y es que el honor tiene una dimensión exterior, pues las personas que cuentan con tal reconocimiento son a su vez miembros de un grupo de estatus y privilegio expresamente reconocido por la sociedad; y una dimensión interior referida a las personas concretas y con carácter demandante. Es un atributo de un individuo, pero lo es también, al mismo tiempo, de un colectivo que promueve esa forma concreta de actuación.

El honor de clase surge porque la idea de honor se encuentra íntimamente ligada al poder; este es, en última instancia, el que lo confiere o reconoce al disponer de la capacidad y legitimidad para imponer los criterios honoríficos. De hecho, el honor presupone la existencia de una comunidad de referencia, que es la que, además, confiere honor a ciertos individuos del grupo. De

este modo, contribuye al establecimiento de un sistema de estratificación social en el sentido de que prescribe el comportamiento apropiado según el rango de los individuos considerados y su posición en el grupo.

El honor es la intersección estratégica de la cultura y la estratificación social en tanto que resume una subcultura. En el caso que nos ocupa vendría dado por el reconocimiento social de las Fuerzas Armadas. Y dentro de estas tendría un componente transversal común al conjunto; y otro específico en función de categorías y responsabilidades de los individuos considerados.

En la dimensión interior, el honor personal es la imagen de uno mismo en el espejo del grupo de pertenencia; esa imagen afecta a la autoestima y el comportamiento. Media entre las aspiraciones individuales y el juicio de la sociedad, solventando así, y en parte, la tensión individuo-comunidad<sup>24</sup>.

En cualquier caso, el honor afianza la conducta de los individuos, la hace más fiable y refuerza la acción del grupo por encontrarse orientada. Es más, el honor, de igual manera que la propia cultura, se convierte en una forma de modulación toda vez que prescribe la pauta a seguir y sanciona, automáticamente y sin la pérdida de legitimidad derivada, el apartarse de ella, las respuestas no concordes con el grupo / subgrupo social y su código no verbalizado. Es, por tanto, un factor de previsibilidad y cohesión; y, con ello, también de control.

Si para Pitt-Rivers el «honor es el valor de una persona a sus propios ojos, pero también a ojos de su sociedad», el deshonor sería resultado de una refracción en la imagen de sí emitida por una persona. La deshonra, de esta forma, atañe a las dos dimensiones del honor, ya que se genera al no corresponder el honor reconocido por el grupo con el que el individuo juzga ser acreedor, al mismo tiempo que también de una distorsión entre el honor sentido y el reflejado<sup>25</sup>.

Pero *honor* y *vergüenza* (deshonor) se encuentran asociados como un todo, dado que, hasta cierto punto, se conjuga simultáneamente. La vergüenza es el anverso del honor, su concepción negativa o falta. Una marca permanente a evitar, un estigma que, por lo

<sup>24</sup> *Ibidem*, pág. 145.

<sup>25</sup> MAIZA OZCOIDI, Carlos. «La definición del concepto del honor. Su entidad como objeto de investigación histórica.» *Revista Espacio, Tiempo y Forma, Serie IV, I-i Moderna*, t. 8, 1995, pág. 191-209.

demás, se encuentra presente en todas las culturas. Esta tendencia es particularmente significativa en las culturas asiáticas; en ellas, y singularmente en la japonesa, se da una suerte de «cultura de la vergüenza» orientada hacia el exterior y diferente de la «cultura de la culpa», orientada hacia el interior y propia del mundo occidental. En esta lógica, los samuráis eran llamados «hombres con sentido de la vergüenza». La protección del nombre, el salvar la cara, se convierten en factores explicativos de su conducta. Es más, el término *honor* no ha sido de uso frecuente en estas culturas hasta tiempos recientes.

Esta acepción negativa muestra una vez más que estamos ante un concepto complejo y multidimensional, cargado de elementos simbólicos y que supone un requerimiento personal supuestamente sujeto al control de una comunidad toda vez que el honor tiene una dimensión pública.

En tanto que este resulta una síntesis de todos los valores preconizados por la referida cultura, la conculcación de alguno de ellos viene a provocar una sustracción del honor, lo que va a suponer una demanda de reparación o expiación por la puesta en duda de la integridad del individuo que la padece. A esa lógica obedece en el mundo samurái, por ejemplo, la institución del *kataki-uchi*, la obligación de venganza, con la que se restituía la armonía tras ofensas graves.

En este sentido, el honor es una carga en la medida en que por inconcreto lo que lo define es su carencia. Esto genera una demanda, una suerte de bucle melancólico, que no puede satisfacerse con el peligro de generar una espiral esquizoide. Así, por ejemplo, la naturaleza totalitaria e integral preconizada por el *bushido* y el nivel de compromiso que demanda dotan necesariamente a la muerte de un papel central en su concepción del honor: «servir al señor es estar muerto para uno mismo».

Pero, siendo una carga, también y como contrapeso, es una suerte de parapeto en el que refugiarse en tiempos de adversidad, un área de confort espiritual. Y permite de paso armar moralmente al militar para que pueda afrontar situaciones extremas y desgraciadas. Además, el honor garantiza la congruencia y continuidad de los actos por surgir de la misma fuente. Y supone una llamada a la proactividad que resulta característica del militar. Prevé y condena expresamente los riesgos fáciles: la omisión, la inacción, la elusión en tanto que manifestación de un compromiso holístico.

La existencia de la dicotomía —*honor personal* frente a *honor de clase o grupo*— es expresión de una fuerte preocupación por la

reputación y dignidad del individuo en relación con un conjunto específico, con una comunidad de honor ante la que responde, aunque solo sea en términos imaginarios. No en vano, su reputación es la del grupo. Llevar uniforme iguala; una falta pública de alguien que luce uniforme es una falta a cuantos lo lucen. El uniforme como símbolo y ejemplificación hace más demandante los requerimientos a observar para una conducta apropiada, esto es, acorde al canon grupal y con ello obliga al control reputacional por parte de este. Esto, naturalmente, genera tensiones individuo-comunidad al permitir la significación y autonomía de aquel respecto de esta.

A todo esto se suma el que los militares son gestores del poder extremo, de la violencia. Estamos en un ámbito que puede derivar hacia lo dionisiaco, cuando no se encuentra ya instalado en él. Y es que la naturaleza singular y crítica de algunas de las situaciones hacen que, no pocas veces y en última instancia, su concepción íntima y personal de su deber le va a permitir en la práctica poder escapar a cualquier norma y excusar sus actos. Como Hannah Arendt apuntaba, «la violencia alberga dentro de sí un elemento adicional de arbitrariedad»<sup>26</sup>.

Se precisa, por tanto, asegurar que quien atiende a tales cuestiones obra rectamente, dándole a la violencia un sentido honorable y modulándola para procurar que esta tenga el carácter más limitado posible, esto es, compatible con los objetivos que pretenden alcanzarse con su uso. La disciplina del soldado, su profesionalidad, limita, así como hemos dicho, la violencia.

El honor no viene concedido de fuera, sino que, una vez asumidos los valores de la cultura, surge de dentro, de la propia identidad, y tiene en ella su principal juez. La evaluación externa del honor queda de este modo subordinada a su evaluación interna. Es, al final, una «postura interna»<sup>27</sup>.

El ideal del soldado es el guerrero; y queda en su conciencia resolver la contradicción entre las órdenes recibidas y esta. Y se le exigirán responsabilidades legales por ello, como no puede ser de otra manera. Tal responsabilidad es —anverso y reverso— su privilegio y su honor. Como reza el artículo 48 de las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas<sup>28</sup>, referido a los límites de la obediencia : «Si

<sup>26</sup> ARENDT, Hannah (2005). *Sobre la violencia*. Alianza Editorial, Madrid, pág. 11.

<sup>27</sup> IKEGAMI, Eiko (2012). *Op. cit.*, pág. 379.

<sup>28</sup> Real Decreto 96/2009, de 6 de febrero, por el que se aprueban las Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/act.php?id=BOE-A-2009-2074>.

las órdenes entrañan la ejecución de actos constitutivos de delito, en particular contra la Constitución y contra las personas y bienes protegidos en caso de conflicto armado, el militar no estará obligado a obedecerlas. En todo caso asumirá la grave responsabilidad de su acción u omisión».

La virtud de su proceder es la preeminente fuente de honor y orgullo del individuo considerado; y con su reputación contribuye a la del grupo. Estamos, por lo hasta ahora visto, ante una suerte de «individualismo honorífico» en la medida que permite la reafirmación, e incluso la superación del grupo del que se forma parte, en nombre de la columna que lo sustenta y sobre la que pivota. De este modo, el honor, que viene a constituirse en guía última de sus actos, es lo que le va a permitir escapar del comportamiento pautado que le resulta prescrito para su mantenimiento, actuando como elemento de contradicción y factor último de individualización. Los militares se convierten así en guerreros, pues, en nombre del honor militar, pueden hacer caso omiso de la disciplina —el exacto cumplimiento de normas y órdenes—, que es, precisamente, lo que les diferencia de aquellos.

La disciplina como fuente de honor; el honor frente a la disciplina. Nos adentramos en el ámbito de lo intrínsecamente humano: el reino de lo inconcreto.

## El honor militar

Con lo expuesto hasta ahora, se considera se ha acreditado la existencia de un modo propio de honor que es, a su vez, manifestación de la cultura de un grupo social específico. Conviene entrar en su concreción práctica. Y es que el honor militar no es especulativo o retórico, sino que, y por más que pertenezca al capítulo de los imaginarios, resulta algo de aplicación real y es visible porque es una conducta.

Marca hasta el estilo de vida, toda vez que una moral internalizada demanda autenticidad; y esta, una cierta congruencia entre la vida personal y la profesional. No hay una moral hacia dentro y otra para fuera. La vida de un hombre honorable es un alegato de sus convicciones, eso sí, con las incongruencias propias de cada ser humano. Por eso es especialmente necesaria la ejemplaridad en los aspectos privados, aunque solo sea porque estos tienen un componente actitudinal y, por tanto, públicos. Las faltas contrarias a la cultura del grupo encuentran sanción pública sin importar su carácter privado o no. No hay distancia entre estos ámbitos. El honor militar es honor a secas.

Es, pues, una conducta, en sus muy distintas variantes, de carácter integral. Puede ser valorada por la comunidad militar, incluso a nivel supranacional y global, toda vez que las conductas de los militares de distintos países comparten ideales, medios y formas, guardando similitudes culturales entre ellas —de hecho, tienden a adoptar los modos del más poderoso hasta en el uniforme; esto es, la tendencia ya observada por Ibn Jaldun en el siglo XIV y ratificada por un desarrollo de Clausewitz sobre el isomorfismo de las estrategias militares, la tendencia de las partes a parecerse progresivamente entre sí— hasta el extremo mismo de poder convertirse, por su transversalidad, en un puente entre sus respectivas sociedades. De este modo, existe una referencia efectiva de valoración.

El honor genera expectativas. Estamos ante una actitud, un *ethos*, una forma concebida a lo largo de la historia para aproximarse a situaciones extremas que sirve como referencia, más que ante un mero valor sociológico de carácter enunciativo. Supone también la expresión de un armazón intelectual *rugerizado* para resistir el combate, un acto que es una suerte de revancha sobre la racionalidad y que requiere de una particular resiliencia. Ello convierte al honor en todo un factor de anclaje.

Como fruto, existe una demanda de honor común al conjunto de los militares, y que es la base del sistema y garantiza su funcionamiento. En este sentido, es interesante constatar cómo el artículo 14 de las Reales Ordenanzas en vigor<sup>29</sup> es una reproducción del artículo 72 de las anteriores<sup>30</sup> y este es, a su vez, copia literal de las elaboradas por Carlos III<sup>31</sup>. Estas se encontraban referidas específica y exclusivamente al oficial cuyo espíritu e ideal se traslada ahora al conjunto de las Fuerzas Armadas. Con ello se incrementaba la capacidad de decisión de los niveles más bajos, incluido el soldado, al quedar referida expresamente al «militar» en vez de solo al «oficial».

Estamos ante un texto de un gran valor histórico simbólico; su mutación es por ello significativamente remarcable y concordante con

<sup>29</sup> Real Decreto 96/2009, *Ibidem*.

<sup>30</sup> Ley 85/1978, de 28 de diciembre, de Reales Ordenanzas de las Fuerzas Armadas. Disponible en: <https://www.boe.es/buscar/doc.php?id=BOE-A-1979-868>.

<sup>31</sup> Ordenanzas de S.M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos, Tratado Segundo, Título XVIII, Ordenes Generales para Oficiales, artículo 12, Madrid, 1768. Disponible en: [http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVM-Defensa/i18n/catalogo\\_imagenes/grupo.cmd?path=72508](http://bibliotecavirtualdefensa.es/BVM-Defensa/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=72508).

un cambio de modelo: «El militar cuyo propio honor y espíritu no le estimulen a obrar siempre bien, vale muy poco para el servicio; el llegar tarde a su obligación, aunque sea de minutos; el excusarse con males imaginarios o supuestos de las fatigas que le corresponden; el contentarse regularmente con hacer lo preciso de su deber, sin que su propia voluntad adelante cosa alguna, y el hablar pocas veces de la profesión militar, son pruebas de gran desidia e ineptitud para la carrera de las armas»<sup>32</sup>.

El honor es una demanda de responsabilidad que se traslada ahora a todas las clases militares a las que antes este no estaba referido y cuyo estatus queda elevado en paralelo al situarse al mismo nivel que el propio del oficial. Así se hace un reconocimiento expreso de su profesionalidad e hidalguía; se iguala y comparte la responsabilidad asociada al honor, y, finalmente, se fortalece el carácter de equipo con que cuentan las Fuerzas Armadas. Tal cambio supone, al mismo tiempo también, una demanda de responsabilidad mayor toda vez que antes esta no se encontraba explicitada.

Aún es más, el referido artículo 14 encaja plenamente con otros códigos militares tradicionales y culturalmente alejados como el *bushido*. Como apunta Tsunetomo, «no se trata de mostrar lo que se encuentra en el interior de uno, porque ese interior se muestra con las acciones cotidianas»<sup>33</sup>. El mérito no está en los grandes actos que se asumen, sino en la constancia en el cumplimiento con las pequeñas obligaciones; y es que si no se está en lo pequeño difícilmente se estará en lo grande. Como ya apuntaba Aristóteles: «Somos lo que hacemos día a día. De modo que la excelencia no es un acto, sino un hábito».

Esta es la idea que recoge el *Hagakure* cuando afirma: «Cosas así suceden exclusivamente debido a que no se tiene la determinación desde la cotidianeidad y se vive el día a día descuidadamente, sin la mínima conciencia de lo que ha de ser un *bushi*»<sup>34</sup>. Hace falta estar preparado, lo que requiere dedicación: «Ahora mismo es el momento crucial y ese momento crucial es ahora mismo»<sup>35</sup>.

<sup>32</sup> Así, la Ley Orgánica 9/2011, de 27 de julio, de derechos y deberes de los miembros de las Fuerzas Armadas, establece con igual lógica en su artículo 6.1. «Decimosexta. En el ejercicio de sus funciones, impulsado por el sentimiento del honor inspirado en las reglas definidas en este artículo, cumplirá con exactitud sus deberes y obligaciones». Disponible en:

<https://www.boe.es/buscar/pdf/2011/BOE-A-2011-12961-consolidado.pdf>

<sup>33</sup> TSUNETOMO, Yamamoto. *Op. cit.*, pág. 226.

<sup>34</sup> *Ibidem*, pág. 266.

<sup>35</sup> *Ibidem*, pág. 264.

El honor militar está en relación con la decisión, en ajustar esta a la realidad rectamente interpretada; se fundamenta en un juicio íntegro. La decisión es uno de los atributos más significativos del militar. De hecho, esta es la capacidad que define al mando y una medida de su realización. Así, el general George Patton sostenía que «la cualidad más importante de un buen líder es estar dispuesto a tomar decisiones»<sup>36</sup>, apuntando a que «cuando tienes que tomar una decisión, tómala. No hay un momento totalmente correcto para nada».

En esta línea, el artículo 9 de las RR.OO. de las FAS, vale la pena repetirlo, establece para estas que «la autoridad implica el derecho y el deber de tomar decisiones, dar órdenes y hacerlas cumplir, fortalecer la moral, motivar a los subordinados, mantener la disciplina y administrar los medios asignados», mientras que en el artículo 62 se fija que «en el ejercicio de su autoridad será prudente en la toma de decisiones..., sin que la insuficiencia de información, ni ninguna otra razón, pueda disculparle de permanecer inactivo en situaciones que requieran su intervención».

Como consecuencia de todo ello, puede haber hasta una tendencia cultural a sobredecidir<sup>37</sup> como fórmula para evitar la parálisis y las diferentes actitudes elusivas derivadas de la permanente carencia de datos, de la «niebla de la guerra» de la que hablara Clausewitz. La sobredecisión es, a nivel táctico, mejor que la indecisión en la medida en que, además, está ligada a la iniciativa, a la proactividad y a la ejemplaridad. Además, corrige la natural tendencia a la inacción, que es la respuesta natural al adentrarse en lo desconocido por más que contraria a tal hecho.

Lo militar es así una cultura de la decisión. Es más, el propio liderazgo también lo es hasta el punto de poder hablarse del binomio decisión-liderazgo; el militar por ello debe ser líder. El honor es simultáneamente una llamada a cumplir las normas, estar preparado, aceptar sin reservas las órdenes del mando expresando en su momento cualquier salvaguardia, comprender rectamente la situación, tomar una decisión, implementarla y afrontar sus consecuencias. Todo junto y conexas.

<sup>36</sup> ALCAÑIZ COMAS, Miguel. *Reflexiones sobre liderazgo y Fuerzas Armadas*. Documento de Investigación del Instituto Español de Estudios Estratégicos Documento de Investigación, número 54, 30 de mayo de 2016.

<sup>37</sup> Por ejemplo, en las Fuerzas Armadas Canadienses «*failure to act at all is more serious than trying and making an honest mistake. Stewards therefore encourage initiative and bold, thoughtful, decisive action*». (VV.AA. *Leadership in the Canadian Forces. Leading the Institution* [www.cda.cfi-ilfc@forces.gc.ca](http://www.cda.cfi-ilfc@forces.gc.ca)).

El honor se asienta así en obrar conforme a lo que en el momento de hacerlo se percibe como correcto. Supone un acto de entrega ante una situación particular. Este se encuentra en el servicio que se presta, en su ejemplaridad, virtud y en la concordancia de los medios utilizados con el marco cultural. Y en el exacto cumplimiento de las órdenes recibidas obrando de modo acorde al propósito del mando. El honor es integridad, y el honor militar también.

Como hemos ido desgranando hasta ahora, estamos ante una forma de actuación cuya finalidad extrínseca merece ser subrayada. La idea de beneficio personal perturba el «acto de servicio», que es nuclear porque sirve a la legitimación del actuante y genera una perturbación que debe ser resuelta por el nivel superior. El soldado está llamado a través suya al sacrificio desinteresado, a la perseverancia estoica y a la consistencia responsable.

El desiderátum de Calderón con el que abríamos este trabajo sintetiza los valores inmemoriales de la milicia. De la misma manera, los términos *chuugi, gi, yu, jin, rei, makoto* sintetizan los valores preconizados por el *bushido*; van a ser clave para su definición del *honor*. Estamos hablando, con los matices propios a toda traducción, de honor, lealtad, rectitud, valor, benevolencia, cortesía y honestidad. Estos a su vez generan unas actitudes que también lo son: imperturbabilidad, laconismo, inmediatez, previsión, paciencia... por más que en el *bushido* se vaya más allá y se llegue a la obsesión. Si bien, en los comportamientos como el referido a la muerte son sensiblemente diferentes por cuestiones de signo religioso y cultural que median en su aplicación, y no por una problemática de valores.

Así, los valores y actitudes representados por el *bushido* se encuentran verbalizados en el texto de Calderón porque, unos y otros, obedecen a un tipo ideal que, para mayor abundamiento y en tanto que tal, resulta transponible como aspiración a la sociedad general y en el momento actual. Es el «viejo código», un código que no solo no es viejo, sino que, en realidad, nunca ha existido. Se trata de un ideal por definición inalcanzable y sobre el cual existe un consenso en la comunidad. Y en ello se converge con la sociedad civil. La diferencia está en las actitudes, como se ha visto, en la proactividad que encarna cualquier llamada a la acción. El honor militar está en hacer lo correcto, un comportamiento de raíz proactiva y ligado a los valores.

La lealtad es un concepto central y que estabiliza el sistema. Es la fuente principal del honor y garantiza el equilibrio del conjunto.

Se asienta sobre la bilateralidad contractual entre los elementos parte. Y esta solo es posible desde la verdad; la falsedad es inexcusable e imperdonable en un sistema basado en la confianza y que con ella se ve irreparablemente quebrado. Por ello, la falsedad es, entre otras muchas cosas, prueba a la vez de incompetencia y de falta de profesionalidad.

La rectitud se encuentra innegablemente ligada al honor, en tanto que supone una demanda acción y proscribte la fácil omisión. Desde la perspectiva noble, *rectitud* y *valor* van de la mano, mientras el honor sirve como culminación efectista del conjunto. Así, Nitobe recuerda en su obra que Confucio definió el valor, un elemento imprescindible en el militar, poniéndolo en relación con la justicia: «saber lo que es justo y no hacerlo demuestra ausencia de valor», por eso llega a la conclusión de que «el valor es hacer lo que es justo»<sup>38</sup>.

Lo militar siempre incorpora, recordémoslo, una dimensión de lo real, física y tangible. Por eso las virtudes heroicas suponen la asunción de riesgos y sufrimientos personales en su concreción. Lo espiritual se traslada al ámbito de lo real de la mano del valor; tal cosa requiere osadía para afrontar los riesgos no solo físicos que tal transformación precisa. Mientras, la benevolencia humaniza el conjunto y lo perfecciona limitando la violencia.

La cortesía está igualmente asociada al honor, pues este requiere de ciertas formas y ritos de reconocimiento entre las partes. La disciplina espiritual de la etiqueta y la ceremonia no son más que simples vestimentas exteriores; el rito y el protocolo ayudan a la interacción y son expresión de poder. El honor es interior, mientras que la honra, el honor de posición, es exterior, precedencia, prerrogativa.

El honor del soldado está ante todo en el servicio que se presta en beneficio de la comunidad, en su ejemplaridad y virtud, y no tanto en el eventual éxito de una concreta acción de la que puede no ser responsable. Pero el honor del general, que se sitúa fuera del campo de batalla, es distinto. El honor está estratificado y es diferente por más que tenga un tronco común.

Lo que se le exige a un soldado y a un general es disímil. A los grandes generales se les conoce las más de las veces por lo que hacen, por sus resultados, y no tanto por cómo lo hacen. Es decir,

<sup>38</sup> NITOBÉ, Inazo (1940, traducción del general Millán Astray). *Bushido. El alma de Japón*. Gráficas Ibarra, pág. 49.

no se les exige tanto una perfección moral como resultados prácticos; su honor va en ellos.

Un ideal ético es una hipótesis de perfección moral. Desde Maquiavelo se ha producido una escisión entre la ética de los individuos y la ética de los líderes. La ética de los individuos podría estar orientada por ciertos ideales de cualquier tipo. Pero la ética de los líderes, y los generales lo son, no puede estar orientada por unos principios *a priori* asentado sobre la bondad de las buenas acciones, sino en el efecto de sus decisiones sobre la comunidad.

La finalidad del proceder del general está en la política, y esta se encuentra dotada de lógica propia. Y es que la lógica política es una lógica específica paradójica y de transformación que pone en evidencia la mutación del marco ético-operativo que se produce al pasar de lo particular/individual a lo general y de grupo. La paradoja está en el cambio de los niveles y referencias desde las que se deben interpretar los sucesos. Así, relata en su *Príncipe* como «César Borgia pasaba por cruel, y su crueldad, sin embargo, había reparado los males de la Romaña, extinguido sus divisiones, restablecido en ella la paz y la lealtad. Si profundizamos bien su conducta, veremos que él fue mucho más clemente que lo fue el pueblo florentino, cuando para evitar la reputación de crueldad dejó destruir Pistoya»<sup>39</sup>.

La ética, así vista, debe ser realista. Es decir, se separa lúcidamente entre un ejercicio ético que busca el bien propio y la moral personal de otro que busca el bien común. Pues según el realismo político para el que la moral es un idealismo: «El ámbito apropiado de lo ético es privado. En el público no tiene nada que hacer. Lo moral y lo político son incompatibles y, por tanto, a quien ha de actuar en política le es forzoso prescindir de la moral»<sup>40</sup>.

Estamos ante un sentido del honor marcadamente diferente por más que comparta, como hemos visto, la raíz troncal de lo militar, sus modos y códigos legales y culturales, en tanto que su ética no es solo instrumental, sino finalista. Este debate tan dialéctico, extremo y cargado de contradicciones no se encuentra resuelto.

En cualquier caso, el honor del general debe ser capaz de conciliar simultáneamente y de modo integral —en cada acto y en la suma no aritmética de todos ellos— ambos honores: el honor como líder y el honor como soldado. Ambos incorporan paradojas y con ello

<sup>39</sup> MAQUIAVELO, *El Príncipe*. Espasa-Calpe, pág. 36.

<sup>40</sup> LÓPEZ-ARANGUREN, José Luis (1968). *Ética y Política*. Ediciones Guadarrama, Madrid.

un amplio marco interpretativo que, con todo, tiene un eje central y un área prohibida, a saber: el «acto de servicio» y el beneficio personal (la obligada *ejemplaridad pública*) lo que, por otra parte, tampoco queda libre de contradicciones.

## Conclusiones

La cultura militar imprime a los miembros de las Fuerzas Armadas en las academias y en sus destinos una serie de valores y actitudes que generan unos comportamientos congruentes que además son compartidos a nivel internacional. La clave de la cultura militar no se sitúa en tanto en los valores, sino más bien en las actitudes. Y es que el militar es, ante todo, un hombre de acción, asertivo, orientado a lo práctico, acostumbrado a decidir y, a la vez, con una importante dimensión espiritual, útil en un escenario tan complejo y demandante como es la guerra.

El honor es una conducta que representa la quintaesencia de la cultura considerada. La existencia de un honor específicamente militar delata por sí sola la existencia de una subcultura militar de la que este sería expresión. Es más, y como se ha visto, la cultura militar es una cultura basada en el honor, que hace de la comunidad militar una comunidad de honor, esto es, de patrones de conducta honorable. Una comunidad de honor está, a su vez, estrechamente vinculada a la estructura de poder de la sociedad en la medida en que esta posee los poderes concretos para imponer los criterios honoríficos. De hecho, el honor presupone la existencia de una comunidad de referencia que confiere honor a ciertos individuos o grupos.

El honor es un comportamiento real, no una mera sublimación ideológica y caballeresca. Un patrón que obedece a una lógica moral, pero también un sentimiento y una aspiración que comparten todas las personas que pertenecen a una misma cultura y grupo; un hecho de reputación. En este sentido, sirve a su escalafonamiento —su distribución según estratos— y representa, pues, un privilegio formulado simbólicamente. Es también un conjunto de conceptos relacionados mutuamente y aplicado de modo distinto por los diferentes grupos de estatus. Su máxima expresión y factor de legitimación es el acto de servicio en la medida en que el agente se distancia de cualquier beneficio personal.

Existen distintos tipos de honor solo válidos para los distintos grupos de referencia dotados de diferente reconocimiento público y

diferente requerimiento. Es, por tanto, de aplicación asimétrica y se realiza conforme el grupo considerado, por más que exista una amplia base común.

*Honor y héroe*, su representación física, cuentan con un carácter biunívoco y describen con precisión la cultura de la que forman parte. El honor es una forma de comportamiento y que sirve a la resiliencia del individuo. También es un mecanismo de control en la medida en que prescribe un cierto tipo de respuestas ante una situación dada y asegura la lealtad de los agentes.

El honor militar marca una forma integral de vida en la que resulta muy difícil separar lo privado de lo público toda vez que su conducta obedece a unos códigos internalizados y lo uno es prolongación de lo otro. Los debates éticos siguen existiendo a este nivel.



## Capítulo tercero

# ¡Viva la muerte! Los límites de la existencia en la ética militar en el centenario de la Legión Española

*Javier Hernández-Pacheco*

### Ética militar: heroica o postheroica

Cuando allá por los años setenta yo absolví los cursos de formación para la escala de complemento, los aspirantes a oficiales subalternos teníamos que estudiar tres libros: armamento, táctica y moral militar. Habiendo empezado yo mis estudios de filosofía, me llamó la atención que el libro de moral tenía poco que ver con lo que nosotros llamábamos *ética*, sino más bien con los usos y costumbres, especialmente con servicios, reglamentos y ordenanzas, que regulaban la vida militar, incluso en su más estricto y no especialmente excelso sentido cuartelero. Aprendíamos cómo mandar una guardia y a desempeñar, con solvencia siempre escasa, el servicio así llamado de «semana». Muy por encima pasábamos por lo que se llamaba *espíritu militar*, magnitud casi indefinible, esa sí indudablemente moral, pero que nadie sabía en realidad en qué consistía más allá de un buen timbre y actitud marcial al proferir las voces de mando en la instrucción de orden cerrado. La cosa tenía su importancia porque ese «espíritu militar» se calificaba por el oficial instructor, con un efecto multiplicador que resultaba decisivo para el escalafonado final del curso. Pero en, último término, no se entendía que ese «espíritu», y con él las virtudes propias de un oficial, pudiesen ser transmitidos por algún tipo de estudio<sup>1</sup>. Se absorbían, por así decir, por la piel, en la convivencia y en el ejercicio castrense, al modo de una tradición milenaria en la que se entendía sin necesidad de mayor explicación que, como rezan las ordenanzas militares desde Carlos III a nuestros días: «el oficial que recibiera la orden de mantener una posición a toda costa, lo hará». Así, sin más. Eso, en esa tradición castrense, se llama *laconismo*, que

<sup>1</sup> «Las Fuerzas Armadas darán primacía a los valores morales que, enraizados en nuestra secular tradición, responden a una profunda exigencia de la que sus miembros harán norma de vida» (Artículo 15 de las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas).

es el modo espartano de transmitir información y, sobre todo, actitudes de servicio militar. El valor para ello necesario —porque ese «a toda costa» remite a un horizonte de peligro de muerte— era algo que, si no estaba ya acreditado, a cualquier soldado, y especialmente a un oficial, «se le supone»<sup>2</sup>.

De entonces para acá las cosas han cambiado. Mucho. Y es posible que un militar profesional reciba hoy en día más lecciones de ética que de misilística. La bibliografía sobre ética militar se ha hecho inmensa e inabarcable<sup>3</sup>. Y, en el peor sentido del antiguo «jesuitismo», la ética castrense se ha desarrollado como una compleja casuística, que define las así llamadas ROEs (*rules of engagement*), en las que, sobre todo en misiones internacionales, soldados, y especialmente quien los manda, reciben una amplia cartilla en la que consta lo que debe, pero, sobre todo, lo que en ningún caso «puede» hacer. Desde un horizonte definido por los así llamados *derechos humanos*, difícilmente compatibles en abstracto con una situación de guerra, el antiguo «espíritu militar» se ve constreñido por exigencias contrarias que sustancialmente limitan la acción militar, en concreto a aquello que puede resultar aceptable a una opinión pública definida por un paradigma postheroico. Así, en línea con lo políticamente correcto y con lo intelectualmente correcto, aparece ahora lo «militarmente correcto», como reglas que se imponen a la acción armada desde fuera de su ámbito propio.

Ello no tendría especiales problemas —desde tiempos homéricos los conflictos siempre estuvieron sometidos a un *ius in bello*— si no fuese porque este modelo puede ser radicalmente contrario a la tradición del espíritu militar. Ya no se trata de que el soldado haga la guerra sometido a exigencias morales; sino de que el soldado ideal, el éticamente definido, ha dejado de ser aquel que combate y pasa a ser «el que cuida». Vale si acaso su intervención como «gendarme», pero idealmente las exigencias se ajustan más a la exaltación del «bombero». Así es como en España la UME o Unidad Militar de Emergencias, con su uniforme negro y amarillo y sus vehículos rojos, ha llegado a convertirse en arquetipo de virtud militar.

<sup>2</sup> Era la expresión que constaba en la cartilla de licencia «con honor», cuando no había una más explícita constancia de participación en hechos de armas.

<sup>3</sup> Una aproximación y recensión del inmenso panorama bibliográfico disponible sobre la materia lo recoge la reciente obra de Juan A. Moliner. CF. *¿Qué es la ética militar?* Documento marco del Instituto Español de Estudios Estratégicos, 16/2018. Todavía inédito es su trabajo titulado *La ética militar y su importancia para el militar profesional*, presentado como tesis doctoral en el año 2020 en el Instituto Gutiérrez Mellado de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

No se trata de si las FAS pasan a ser en un momento de crisis social una reserva de acción gubernativa frente a catástrofes naturales, epidemias sanitarias o alarmas de cualquier tipo. Eso, desde las legiones romanas, lo han sido siempre. Tampoco se trata de cuestionar el carácter castrense de las virtudes necesarias para esa acción de protección civil, que no pocas veces requiere asumir el riesgo de la propia vida. La cuestión es más bien en qué medida ese nuevo paradigma no pone en cuestión la milenaria tradición castrense y, sobre todo, los valores morales específicos de esa tradición, que remiten a situaciones extremas del combate a vida o muerte. Se trata de si unos nuevos valores postheroicos vienen solo a completar, y no más bien a sustituir, la moral heroica que caracterizaba de antiguo al espíritu militar.

Escribo estas páginas en el centenario de la fundación de la Legión Española, y como su título indica, no renuncio en ellas a una clara intención de homenaje. Por eso me planteo si una ética militar hecha, por así decir, a la medida del nuevo paradigma de la UME no se desarrolla en detrimento de los valores que inspiraron en 1920 la fundación del Tercio de Extranjeros y que han animado desde entonces su espíritu de cuerpo, en cierta forma, ejemplar para todas las FAS. Para cualquier militar es evidente que ambos modelos—UME y Legión— se complementan. Y es mi intención aquí, frente a reservas que pueden proceder de mi gremio académico, dejar claro que los dos polos, postheroico uno y heroico el otro, se malinterpretarían a sí mismos si se entendiesen como contrapuestos.

## El incidente de Salamanca

Sin embargo, es recurrente desde determinados ámbitos intelectuales, más o menos conformes con la cultura dominante, la negativa valoración de la Legión, hasta el punto de que en los años ochenta llegó a verse amenazada de disolución<sup>4</sup>. Su espíritu de cuerpo, muy consolidado en tradiciones propias, no respondía a las exigencias de los tiempos. Pero es cierto que el error de esa apreciación y el valor de semejante unidad de élite se han visto, muy al contrario, revalidados en las múltiples misiones internacionales en las que de entonces para acá ha participado, y que ha desempeñado con una eficacia militar y humanitaria que ya no se le supone, sino que se ha visto acreditada de múltiples formas, en diversos paisajes y a veces en circunstancias extremas.

<sup>4</sup> <https://www.defensa.com/enabierto/legionoperacioneseternoretorno>.

Pero una y otra vez, sin embargo, vuelven las reticencias. Recientemente se han dirigido estas contra su fundador, Millán Astray, al que se presenta como un energuménico ejemplar del militarismo, frente el amable modelo de honesta intelectualidad que encarna en la memoria nacional D. Miguel de Unamuno<sup>5</sup>. Volvemos así a la malhadada trifulca del acto en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca el 12 de octubre de 1936; acto de confusa memoria<sup>6</sup>, en el que parece que D. Miguel, oponiendo la razón a la fuerza, dijo más o menos aquello de «venceréis, pero no convenceréis». A lo que D. José, al parecer con característica y militar vehemencia, echando mano del credo legionario, respondió con lo de «¡Viva la muerte, abajo la inteligencia!».

No voy a entrar aquí a la hermenéutica del acto, enmarcado en unas circunstancias históricas que no propiciaban precisamente la serena discusión. Tampoco voy a defender a Millán Astray del probable error de confundir la retórica de un acto académico con la propia de una arenga en el Gurugú. Pero las escasas palabras que podemos considerar históricamente pronunciadas, lejos de ser achacables, como fácilmente se sugiere, a un cuasi analfabeto cuartelero, revelan un trasfondo intelectual, incluso filosófico, que definía el ambiente intelectual de la época en el que Millán Astray se desenvolvía con comodidad. Ese «¡viva la muerte!», como presupuesto de una vida auténtica capaz de escapar a la banalidad de lo cotidiano, es un lema que dicho en alemán (*Entschlossenheit zum Tode*) podría suscribir cualquier lector de *Ser y tiempo* de Martin Heidegger. Y en esa contraposición, «muera la inteligencia» sería igualmente reflejo del intuicionismo voluntarista de un Henri Bergson para el que los conceptos encierran el *elan vital* en una malla lógica que impide su, como él la llama, evolución creadora. Millán Astray muestra así que estaba «a la moda», y no de Larache o Tetuán, sino de París y Friburgo. Para lo bueno, y también para lo malo de esa moda, que ciertamente en aquellos años treinta resultó letal para Occidente, pero que no venía de los cuarteles, ni siquiera de las cervecerías de Múnich, sino de las más reputadas cátedras de filosofía.

Y es que Millán Astray era probablemente uno de los militares mejor formados de la Europa de entreguerras. No era ciertamente

<sup>5</sup> Me refiero, por ejemplo, a la reciente película de A. Amenabar *Mientras dure la guerra*.

<sup>6</sup> Cfr. la más reciente investigación de Severiano Delgado, *Arqueología de un mito. El acto del 12 de octubre de 1936 en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca*, Madrid: Silex, 2019.

un intelectual. Era un héroe de guerra, y un hombre de acción con una clara vocación organizativa, y con la habilidad política y publicista para materializar y llevar a cabo un complejo y novedoso proyecto esencialmente militar. Pero las raíces de las que se nutrió fueron hondamente intelectuales. Empezando por la curiosidad intercultural, inédita por entonces, de profundizar en las fuentes del *bushido* o código de honor de la cultura samurái japonesa, con la que había tomado contacto en su estancia de servicio en Filipinas y de cuya difusión en España se responsabiliza con la traducción de dichas fuentes<sup>7</sup>. Lee inglés y habla francés no solo para acceder a la literatura técnica militar, sino para desenvolverse con soltura en su estancia de estudios de la organización de la *Légion Étrangère*. Y para lo que aquí interesa, convierte la fundación del Tercio de Extranjeros no solo en una tarea política y organizativa, adaptando al horizonte norteafricano las doctrinas tácticas de infantería ligera más avanzadas del momento; hace de ella también desarrollo de un proyecto antropológico y cultural muy matizado y complejo. El resultado de ese esfuerzo no es simplemente una unidad militar eficazmente operativa, sino el desarrollo de un paradigma de humanidad, incluso si se quiere la materialización de un arquetipo filosófico. Se trata de un modelo sintético, que recoge como hemos dicho influencias orientales; pero que las transforma fusionándolas con la tradición caballeresca de Occidente, integrándolas en un proyecto nacional español e incluso trascendiéndolas en un sentido redentor cristiano. Cómo el espíritu samurái podía convenir con una antropología artúrica de evidentes rasgos hispanos y quijotescos, que a los cinco años de su fundación redescubre su esencia a los pies del Cristo de la Buena Muerte de Mena, eso fue en su día una hazaña cultural cuya atribución a un exaltado chusquero desprestigia solo a quien pretende semejante desfigura. Y lo que es más, que ese paradigma haya sido capaz de superar la circunstancialidad histórica de su fundación, dejando atrás, primero el marco de un guerra colonial, después de una muy difícil guerra civil, para adaptarse en nuestros días a las exigencias de una democracia especialmente comprometida con los derechos humanos; que se haya mostrado como instrumento de acción militar de enorme eficacia en la acción internacional para salvaguarda de la paz y la protección humanitaria, todo ello da fe de la flexibilidad

<sup>7</sup> Era un apasionado de la cultura japonesa. Millán Astray fue el responsable, con la colaboración de Luis Álvarez del Espejo, de la traducción del inglés de una obra sobre el código samurái del *bushido* (*Bushido: the Soul of Japan*, 1905), publicada en España en 1941 con el título de *Bushido. El alma de Japón*.

del modelo fundacional y muy especialmente de la hondura de su raíz antropológica.

Sacar a la luz la relevancia filosófica de esos fundamentos es el objeto de estas páginas, especialmente con vistas al desarrollo de una ética militar que no se imponga desde fuera a la milenaria tradición castrense, sino que resulte del desarrollo interno de sus principios. Quizás, al menos en parte importante, no se trate en este caso de enseñar moralidad a los militares, sino de aprender de ellos a ser buenos.

### ¡Viva la muerte!

En 1920 se funda el Tercio de Extranjeros, que en 1921 tiene su primer caído en combate. Honrado y a la vez utilizado por la habilidad propagandista del fundador, ese chico se convirtió en origen de una leyenda que, a partir de un cuplé en un teatro de variedades de Málaga, luego de Melilla, el Tercio convirtió —hace falta imaginación creativa— en el místico mito del «novio de la muerte», en la definitiva forma de una emotiva y cantada liturgia castrense. Así es como el lema «¡viva la muerte!» se hace expresión del credo legionario<sup>8</sup>.

Pues bien, pocos saben, y si lo saben no lo relacionan, que esta «tanatofilia», la misma «metafísica» de la mortalidad, se expresa poco después, en 1927, en otro contexto y otras latitudes, pero con no menos fuerza, en *Ser y tiempo* de Martin Heidegger. Para él la existencia pierde su sentido y mismidad en su ordinario afán en medio del bullir ordinario —consumista, diríamos hoy— en el que parece que solo tienen importancia las cosas y lo que entre ellas inmediatamente se ofrece como mercancía. Esa mismidad perdida, transformada en proyecto existencial que trasciende lo cotidiano, el hombre la recupera solo anticipando su finitud, el final de esa existencia, que no es otro que la muerte. Por eso «ser para la muerte», la decisión anticipada de morir, la asunción como definitiva de la propia finitud, se hace para Heidegger condición de la existencia auténtica, del proyecto humano de ser sí mismo.

Podríamos explorar otras expresiones de ese romance filosófico con la muerte, por ejemplo, en el mismo Unamuno, hasta llegar también al suicidalismo de Emil Cioran. Igualmente podemos per-

---

<sup>8</sup> «El novio de la muerte, el himno de la Legión española que nació en un cabaret». *ABC, Historia militar*. Publicado el 19 de marzo de 2014.

cibir esa mística de límites en las aventuras alpinistas de los años treinta en la pared norte del Eiger. Y en la literatura nos encontramos con la exaltación de la aventura en un St. Exupery, o incluso de la idealidad legionaria (francesa, en este caso) desde una perspectiva victoriana en el *Beau geste* de P. C. Wren; sin olvidar, por supuesto, las *Tempestades de acero* de Ernst Jünger.

Se trata, en definitiva, de una corriente antropológica muy viva en la postguerra europea, que tiene que ver con la terrible vivencia de las trincheras y que se convierte en algo así como un tópico intelectual, en moda antropológica del momento: la muerte, más, el amor a la muerte, estaba en el ambiente, literario, intelectual y filosófico de la época; y ese impulso es el que Millán Astray utiliza con enorme habilidad propagandista para su tarea fundadora.

Por lo demás, esa corriente se remonta más de un siglo atrás, a los orígenes del romanticismo a principios del siglo XIX. G. W. F. Hegel es, probablemente, el primero que establece que la afirmación de la muerte es paso esencial para la constitución de una autoconciencia que no sea falsa conciencia o el engaño de sí misma. En la *Fenomenología del espíritu*, en la sección que se conoce como «dialéctica del señor y del siervo», el filósofo alemán desarrolla una metafísica de la mortalidad asumida como fundamento de la conciencia de sí. Surge esta autoconciencia, sostiene Hegel, en un marco polémico en el que toda subjetividad pretende emerger como absoluto frente al desafío de toda otra autoconciencia, cuya mera posición frente a ella amenaza con relativizar esa pretensión de absolutez. En el corral hay sitio solo para un gallo, en el barrio solo para un jefe de pandilla, en todo el oeste solo para un revolver, en el Mare Nostrum, fallidos todos los triunviratos, solo sitio para un emperador.

En fin, en toda la Mancha cabe un único D. Quijote, frente al que cualquier otro caballero supone una amenaza mortal. No se trata de modelos que se repitan casualmente, sin conexión entre ellos. Antes bien surgen, piensa Hegel, de una necesidad de la misma vida del espíritu, por la que la conciencia de sí emerge en el marco de lo que el suabo llama «la lucha de las autoconciencias».

Lucha que, repito, es a muerte. Sin embargo, sería un error pensar que la muerte es aquello que nos viene de fuera, por la amenaza del otro. La muerte es para Hegel la contradicción interna de la conciencia; la negación que la conciencia lleva originalmente dentro de sí como reflejo de la esencial negación que supone para el hombre su finitud. Somos, dicho en terminología mitológica, como Aquiles,

como Sigfrido, mortales hijos de los dioses; sujetos infinitos que viven en el tiempo y llevan por eso la muerte dentro. Y por eso es necesario explicitar esa contradicción, enfrentarse a ella. De esta forma, la lucha a que nos referíamos no es tanto contra otro cuanto contra nosotros mismos. Y vence no el que aniquila al enemigo, sino el que triunfa sobre sí mismo, asumiendo su propio fin. «Hoy es un buen día para morir», dicen que dijo Caballo Loco antes de empezar la batalla de Little Big Horn. Hegel, Heidegger, Millán Astray, radicalizan esa experiencia. Vivimos muriendo, y entonces cualquier día es bueno para morir. La muerte es nuestra leal compañera.

Pero entonces ocurre el milagro: solo así, asumiéndola como propia, la dejamos atrás. Ocurre con la hipocondría, por ejemplo. Al que no afirma como definitiva su mortalidad, la muerte le persigue cada día. Cada vez que se sube a un avión, en todas las epidemias; vive en todo momento al acecho del cáncer; y todo resfriado se le hace terminal. La consecuencia para quien de este modo quiere vivir a toda costa, dice ahora Hegel, es la total falsificación de la existencia. Y esa absoluta preferencia de la vida por la mera continuidad de sí misma resulta entonces en la servidumbre. Por el contrario, el que se enfrenta a la muerte y la asume, precisamente se libera de ella, y su premio es la libertad. Y así, el que para huir de la muerte no está dispuesto a pagar el precio de la dignidad, es el que conquista su verdadera autoconciencia. Ese es el señor. La muerte, mejor, la opción radical por la muerte, es para él el camino de la gloria.

Toda la épica romántica del siglo XIX se monta sobre este esquema. Mas no se trata solo de un episodio de la historia cultural de Occidente. Lo que Hegel nos muestra es que esta dinámica responde a la misma constitución del espíritu, en una peculiar integración de finitud e infinitud, de muerte e inmortalidad; que la encontramos lo mismo en la *Fenomenología del espíritu*, en *Ser y tiempo*, en los mitos de los guerreros *sioux*; y, por supuesto, en la antropología samurái y en la quizás más elemental pero igualmente eficaz mística legionaria.

## **Más allá de los límites de la existencia: el sentido del honor**

Hoy no queremos entender estas cosas. Y entonces no entendemos absolutamente nada de la moral militar. Esto les pasa incluso a compañeros que no se cansan de citar a los filósofos que precisa-

mente contribuyeron a conformarla. Kant, por ejemplo, tiene fama de filósofo ilustrado y de muy estricto padre de la epistemología moderna; al tiempo que representa también una radical ética de la libertad. Menos conocida es alguna anécdota. Por ejemplo, que cuando algún joven oficial llegaba al regimiento de guarnición en Königsberg, su coronel le aconsejaba: «hágase invitar a casa del profesor Kant, disfrutará del mejor conversador de la ciudad, que tiene además la mejor bodega». Y más desconocida es la enorme influencia que tiene la moral kantiana en el desarrollo de una cultura del honor, tan característica del siglo XIX, y que indirectamente impregna la antropología del espíritu militar hasta nuestros días; y desde la que igualmente se recupera el ideal medieval de la caballería; del honor, que no es un simple reflejo de la posición social y del reconocimiento fáctico, empíricamente concedido por otros. Antes bien es el honor reflejo de la autodeterminación moral, de la capacidad de la voluntad de determinarse a sí misma *a priori* con independencia de las condiciones de espacio y tiempo. O lo que es lo mismo, de determinarse a sí misma más allá de sus tendencias naturales —del miedo, por ejemplo— y de sus intereses condicionados —de penalidades y fatigas. Ahí se hace el honor reflejo del sentido del deber, y se pone de manifiesto especialmente allí donde la voluntad asume la determinación imperativa de sí misma que puede ser válida en absoluto, más allá de la circunstancialidad, para todo sujeto posible.

Con esto enlazamos con lo que anteriormente hemos dicho sobre la asunción de la propia mortalidad. Ese sentido del honor tiene que ver con la capacidad de la voluntad de determinarse a sí misma por encima de sus necesidades empíricas y más allá de sus propios límites. Es el reflejo en la conciencia de la autosuperación, más allá del esfuerzo, de la negatividad asumida, de la libre disciplina y obediencia, hasta la muerte. Pero precisamente —ya lo hemos visto en la lucha de las autoconciencias en la que se origina el señorío, según Hegel— al asumir la negatividad, el sujeto trasciende los límites que esta le impone. Y así es el honor la conciencia de sí de los señores, ahora más allá de la muerte. Ante Dios y ante la historia, según rezaba la antigua retórica; en cualquier caso, en un horizonte de eternidad. Solo entonces «*le jour de gloire est arrivé*», canta la Marsellesa recogiendo toda esta retórica romántica de finales del XVIII.

Ese mundo de la conciencia señorial que en el sentido del deber trasciende los límites finitos de su existencia, lo llama Kant «el reino de los fines»; porque es el ámbito en el que los sujetos libres, ase-

gurada como auténtica su autoconciencia, ya no luchan, sino que se reconocen unos a otros como fines absolutos, no como adversarios, sino como compañeros, y nunca como medio para la satisfacción de las propias necesidades naturales. La tradición eclesiástica lo llama también «comunidad de los santos». Se trata asimismo del Camelot artúrico, de la Corte de los hombres libres que rinden honores unos a otros, llamados a sentarse entre iguales en el espacio razonable, de deliberación, de la Mesa Redonda.

Por supuesto, este compañerismo de los hombres libres tiene un sentido militar; porque al asumir la posibilidad de la muerte en una tarea común, los sujetos se hacen uno más allá de su particularidad material, más allá de las diferencias y particularidades que imponen espacio y tiempo. Se trata del «todos para uno, uno para todos» de los mosqueteros del rey; del herido que nunca se abandona al enemigo en las unidades de élite; y, por supuesto, del «a mí la legión» del Tercio.

Y de ahí la genial intuición legionaria: «nada importa la vida anterior», la asunción de la muerte en esa tarea común más allá del sufrimiento, de la disciplina y de la muerte, convierte a los «cualesquiera» de un mundo doliente y no pocas veces miserable en «caballeros legionarios». Millán Astray no prometía poco, pero exigía como precio a pagar la disposición a morir.

## ¿Legio Patria nostra?

Hemos de preguntar ahora: ¿cuál es esa tarea en que el soldado se integra, en la que asume esta última posibilidad de morir, y en la que se convierte en señor y hombre libre? ¿Hacia dónde conduce el camino de la gloria militar?

Tenemos que mirar ahora dos mil años más atrás, hacia Aristóteles. Porque solo él nos hará entender que ese noviazgo con la muerte no es un siniestro baile con la nada en busca de adrenalina, cual chiquillos toreando a la luz de la luna. Y que mucho menos se trata, a partir de esa a veces macabra danza, de un camino de agresión que pretenda afianzar su señorío esclavizando supuestos enemigos. Hemos de dilucidar en qué se distingue el espíritu militar de la exaltación de la barbarie nihilista; en qué se diferencia entonces un soldado de *bullies* de colegio, narcobarones, matones de barrio, piratas del Caribe o pistoleros del *wild west*.

Y es que, tal y como describe Hegel, la lucha de las autoconciencias y la afirmación en ella de la propia muerte no está nada claro

que conduzca a un lugar especialmente honorable, allí donde el señorío que en ella busca consolidarse bien puede ser autoproclamado y estar lejos del sentido del honor que hemos visto en Kant. Se trata también de una figura romántica. La encontramos en *Los bandidos* de Schiller, en el Heathcliff de *Wuthering Heights*. O en *La canción del pirata* (¿Qué es mi vida? / Por perdida ya la di / cuando el yugo del esclavo / como un bravo sacudí.) La afirmación de la muerte, más que un paso a la eternidad, consiste entonces, dice Heidegger, en sostenerse sobre la nada en una especie de autorescate igualmente nihilista. La autenticidad de la existencia supone en este caso afirmarse sacrílegamente en la negación de toda trascendencia. Más que asunción de la muerte, consiste el truco en desafiarla, en un desesperado acto de autoredención. Así se abre, afirma Nietzsche, la vía al Superhombre; o el camino hacia la más atractiva imagen hispana de D. Juan Tenorio, que concluye el relato de sus «hazañas» con aquello de «por todas partes dejé, memoria amarga de mí». Son los tipos que Pérez Reverte retrata en sus oscuras novelas. Su encarnación histórica, aparte del imaginario Alatríste, fue Lasalle, legendario líder de la caballería ligera de Napoleón jugador, pendenciero, mujeriego, vividor y temerario; que cuajó el lema de que el húsar que seguía vivo después de los treinta era una desgracia. Él consiguió por fin su «gloria» definitiva en Wagram, a los treinta y cuatro.

¿No es entonces la figura del legionario, el pecho cubierto de tatuajes y héroe de whiskerías, la fanfarrona encarnación del soldado ideal? ¿Y no es su «a mí la Legión», camuflada en el añadido de «con razón o sin ella» del credo legionario, el escudo protector de sus fechorías? Estamos en el filo de la navaja. Y, en efecto, algo muy sutil diferencia al tipo del forajido, de la heroica y a la vez honrosa figura de Leónidas, en cuya tumba de las Termópilas rezan aquellos versos: «viajero si vas a Esparta, diles que aquí caímos obedeciendo sus leyes».

Dice Aristóteles que la valentía es la virtud que nos lleva a vencer el temor a la muerte. Pero es un término medio entre la *cobardía* y la *temeridad*. Por ello no se trata de desafiar a la muerte, sino, dice, de enfrentarse a ella con vistas a lo más noble<sup>9</sup>. «El valiente —insiste— sufre y actúa de acuerdo con los méritos de las cosas y como la razón lo ordena». Y así «es la valentía algo noble..., y es por esta nobleza que el valiente soporta y realiza acciones de acuerdo con su virtud»<sup>10</sup>. Y entonces concluye el de Estagira: «uno no debe

<sup>9</sup> *Ética a Nicómaco*, III, 115 a 15 ss.

<sup>10</sup> *Ibidem*, 115 b 20 ss.

ser valiente por necesidad, sino porque es hermoso»<sup>11</sup>. Hermoso, *kalós kai agathós* en griego —es lo más parecido a la «gentileza» occidental—, lo traduce Kant por *sublime*. Y eso no se le aplica al bandido, por generoso que sea. Ni siquiera al aventurero, al *ranger* u hombre de frontera. Más bien a aquel cuya muerte, o la disposición a asumirla, se hace ejemplar para todo sujeto posible, porque todo miembro de la comunidad puede asumir como algo propio lo que condujo hacia ella.

Nos las habemos aquí en el contexto de la *paideia* griega con el hoplita, el que porta el escudo, que es el militar ciudadano. Así contrapone Aristóteles el militar (de *milicia*) al soldado profesional y mercenario: «los soldados (que cobran por luchar) se vuelven cobardes cuando el peligro es excesivo o son inferiores en número o en armamento, pues son los primeros en huir, mientras los ciudadanos mueren en sus puestos (...), porque para ellos huir es vergonzoso y la muerte es preferible a semejante salvación. Los mercenarios (...) temen la muerte más que la vergüenza, pero el valiente no es de tal índole»<sup>12</sup>.

Vergüenza ante la comunidad a la que pertenecen y de la que a cambio se recibe el honor que no se debe defraudar, hasta la muerte en defensa de sus leyes: eso es lo que constituye el horizonte en el que tiene sentido la gloria de los caídos. Los romanos llamaron a eso *la Patria*. La Patria es la tierra de los padres. Pero hay que señalar que hablamos de los antepasados en general, que precisamente se caracterizan por estar ya muertos y situarse en el más allá como jueces de nuestra vergüenza. La gloria militar es el juicio de los antepasados, desde el que los caídos se hacen ejemplo de las generaciones futuras. En ese espacio transtemporal es en el que se constituye la verdadera autoconciencia, en el que el ciudadano tiene un nombre, y es libre y señor porque está dispuesto a morir por defender las leyes que hicieron posible esa vida en libertad. De ahí la conclusión de Horacio: *dulce et decorum est pro patria mori*.

Es cierto, y la literatura polemológica lo ha puesto recientemente de relieve desde múltiples perspectivas, que en un primer momento esa comunidad la proporciona la misma «unidad militar» y tiene que ver con lo que se llama «espíritu de cuerpo». La vergüenza que lleva al soldado al heroísmo y la muerte —«torera» la llamamos en el contexto de la tauromaquia— no pocas veces es la que hace impensable defraudar a los propios compañeros. Hablamos entonces de «el honor del regimiento». Y ciertamente esa inmediata co-

<sup>11</sup> *Ibidem*, 1116 b 1 ss.

<sup>12</sup> *Ibidem*, 1116 b 15 ss.

munidad militar es, por así decir, el soporte empírico del «espíritu militar». Pero por más que algunas tradiciones, muy en especial la británica, efectivamente empirista, haya insistido en esa mística regimental, las instituciones no son eternas. Millán Astray —una vez más, con sorprendente intuición— se da cuenta de que la Legión, si se absolutiza «a la francesa» —*Legio patria nostra*—, no puede ser sino una falsa patria, solo válida como refugio de extranjeros, cuando no de mercenarios, y en el peor de los casos de paranoides devotos del dios de la guerra. Y se da cuenta de que en ese horizonte de la cerrada camaradería no caben los ideales caballerescos que él pretende salvaguardar. De ahí la necesidad de recuperar el patriotismo romano; para que el Tercio pueda ser un ámbito abierto que completa su sentido en el más allá de una comunidad que trasciende el miserable horizonte colonial y sitúa al soldado bajo la mirada del público milenario que conformó la ley patria a la que sirve. Por eso, no es la bravura sin igual lo que redime la muerte en la guerra, sino la bandera nacional, el símbolo de la patria, bajo cuyo sudario el caído se presenta en la eternidad.

## La buena muerte

Por eso el «viva la muerte» legionario requiere de muy cuidadosos matices; como en general la muerte de todos los que caen en servicio de la *res publica*. Requiere, en primer lugar, de una memoria colectiva en la que el postrer servicio sea recordado y mantenido a salvo de la caducidad del tiempo. La retórica de los himnos militares es muy explícita en este sentido: «Y la Patria, a quien su vida le entrego, / en la frente dolorida / le devuelve agradecida / el beso que recibió». Pero no se trata de una mera supervivencia en la fama. Kant insiste —es el segundo postulado de la razón práctica— en que una pura acción moral, y muy especialmente aquella en la que voluntariamente se pone en riesgo la propia vida, requiere para su racionalidad que se afirme intelectualmente, dice, la inmortalidad del alma<sup>13</sup>. Y justo por esa misma razón los griegos, que eso de la

<sup>13</sup> Lo que Kant llama «postulados de la razón práctica», que incluyen la inmortalidad del alma y la existencia de un Dios que hace justicia, no son meros sentimientos (Cfr. *Kritik der praktischen Vernunft*, *Kants Suhrkamp Werkausgabe*, VII, pág. 252 y ss.). Son postulados por cuanto no se pueden demostrar a partir de la experiencia y no proporcionan por tanto un conocimiento objetivo del más allá al que nos remiten. Pero sí pertenecen al orden de la razón, pues el sujeto tiene que afirmarlos para poder asumir deberes transempíricos que dan sentido a su vida más allá de su determinación espaciotemporal. Son pues fuente de «convicciones» racionales que tienen su fundamento en la conciencia moral.

supervivencia lo tenían tan poco claro que la remitían al oscuro reino del Hades, guardan por el contrario para la muerte de los caídos un mito de luminosa pervivencia: los Campos Elíseos, donde «en la presencia de los dioses los que guardaron sus juramentos disfrutaban de una vida sin lamento (...) en la que las brisas del océano soplan sobre las islas de los afortunados, donde en la tierra brotan flores de oro de esplendidos árboles, mientras que otras se alimentan de las aguas»<sup>14</sup>. En fin, lo que viene a ser un paraíso.

El «viva la muerte» del que aquí hablamos no es pues el intento de rescatar a la propia vida de su finitud afirmando como definitiva su caducidad; no es en este sentido un autorescate nihilista que fuese a salvarnos de la inautenticidad, de la banalidad cotidiana o del aburrimiento. La muerte tiene aquí un sentido redentor; es siempre la muerte a favor de otros; es morir para que otros vivan. Del mismo modo como la vida pasada de los «padres» es desde sus tumbas simiente que continúa en la progenie, en el sucederse de las generaciones. Y entonces el sacrificio militar es redentor. En primer lugar, como entrega a los demás. Pero también, a partir de la disposición a dar la propia vida por otros, como sacrificio originalmente aceptado en el juramento de servicio, esa disposición a morir redime la vida de quien lo profiere. Es así como la Legión en sus tiempos fundacionales ofrecía a lo más turbio de la sociedad de su tiempo la promesa de convertirlos en «caballeros legionarios».

El ámbito en el que el legionario de este modo se regenera y es regenerado por los ideales a los que sirve no solo sitúa su autoconciencia en el kantiano reino de los fines, que de otra forma llamamos *honor* y en el que su existencia adquiere una dimensión moral de eternidad, sino que, quiéralo o no el sujeto, asume igualmente un sentido de sacralidad.

Es aquí donde la tradición oriental se queda corta. Ni la devoción confuciana a la autoridad, al emperador en este caso, con sagrada en el *Shinto* japonés, ni el puro orgullo propio de una casta guerrera, sirven para sustentar el sentido de la trascendencia que en último término requiere el paradigma militar. Al final el *bushido* resbala hacia el nihilismo budista, y se queda en una antropología de la disciplina y el esfuerzo, cuyo acto culmen es el suicidio ritual, que ennoblece allí donde la existencia encuentra su último límite, en el fracaso que cabe esperar de su finitud y que la muerte definitivamente consagra.

---

<sup>14</sup> PÍNDARO, *Odas*, 2, 5975.

Por eso, por mucho que sirviera de inspiración para su fundación, el paradigma legionario no se queda ahí y recupera un sentido de la trascendencia que es diferencialmente propio de la tradición occidental. Funciona, por ejemplo, como ya hemos dicho, a través de la noción clásica de *Patria*, que por así decir da sentido familiar, de ascendencia y descendencia, al sacrificio. También a través del espíritu medieval caballeresco. Y aquí conecta con la tradición provenzal en la que, quien arriesga su vida, la pone a salvo, más allá del límite de su finitud, en el amor de su dama. Es la mujer, como promesa de fecundidad, la que nos permite trascender el límite de la muerte, negando su carácter definitivo. La muerte es solo camino «por ir a tu lado a verte, mi más leal compañera».

Esa muerte quiere ser así la «buena muerte»; y entonces también redención y promesa de inmortalidad. Al final nos encontramos con que las instituciones, castrenses en este caso, se enmarcan en tradiciones específicas que les dan sentido. La inspiración oriental está clara en Millán Astray, pero el ideal legionario no se queda en ese, al final amargo, pesimismo samurái. Tampoco en el laicismo decimonónico de la *Légion Étrangère*. La terminología no engaña, y al final la verdadera interpretación del espíritu legionario nos remite a la tradición cristiana de los Tercios castellanos; a los mismos que erigieron como su protectora a la Virgen Inmaculada. Y es en esta misma tradición en la que tiene sentido la conexión del Tercio con el Cristo doliente de Málaga, patrón de la buena muerte; conexión que nada tiene que ver con el nacionalcatolicismo de los años cuarenta, sino que se remonta a 1921 y 1928, con la Legión recién fundada<sup>15</sup>.

Luego, los legionarios, no nos engañemos, seguirán con aquello de «a la Legión le gusta mucho el vino, a la Legión le gusta mucho el ron...». Modelos de piedad cristiana raramente lo serán en el día a día, pero si lo escrito en estas páginas tiene sentido, esa conexión de eternidad —en el descrito sentido kantiano— responde a la lógica interna del paradigma, legionario en particular pero castrense en general, y a la interpretación que desde dicho paradigma se hace de lo que aquí venimos llamando «los límites de la existencia»; no como aquello que la clausura en su finitud, sino como lo que la abre a la trascendencia. Y entonces la muerte es, en efecto, el camino a la gloria; pero no a la meramente retórica del militarismo romántico, sino a aquella que en la Buena Nueva cristiana se

<sup>15</sup> <https://web.archive.org/web/20110907040145/http://esunmomento.es/contenido.php?recordID=175>.

hace promesa de resurrección. Y entonces, en efecto, la muerte no es el final, sino como en el mito clásico de los Campos Elíseos, afirmación de la vida más allá de la finitud del tiempo, como aquello que cobra su sentido en el horizonte infinito de la luz.

Son estos valores morales, ética asentada a lo largo de milenios, que el que suscribe estas páginas no pretende enseñar a los soldados, sino que más bien está dispuesto a aprender de esta tradición militar, con el agradecimiento y la honra que merece.

## Capítulo cuarto

# Los pilares de la guerra se desvanecen

*Andrés González Martín*

### Resumen

Desde que Clausewitz elaborara la idea, los pensadores y analistas han entendido que la naturaleza de la guerra es inmutable. Cada época o cada cultura puede dar un carácter o una forma a su teoría de la guerra, pero su esencia permanece. Sin embargo, en estos momentos el conocido axioma está empezando a ser cuestionado.

El replanteamiento de un dogma tan interiorizado se fundamenta en los cambios tecnológicos que impondrá en la guerra la cuarta revolución industrial. En paralelo, y relacionado también con los avances técnicos, se ha producido un cambio social profundo que ha dado la vuelta a la forma de percibir, interpretar, estructurar y analizar la realidad.

El pensamiento vigente constituye sociedades líquidas y transparentes donde se impone un individualismo autorreferencial que disuelve los vínculos personales y colectivos. Nadie es otro porque el otro es nadie. Una continua avalancha de datos e información no concede tiempo a la reflexión, la contemplación y la memoria.

Enemiga de cualquier narrativa, la posmodernidad pretende destruir todos los ritos menos uno, el del intercambio de bienes, servicios y activos. Consumo luego existo. La disolución de los ritos y los mitos y la imposición del presente como único tiempo social convierten a los mejores ángeles de nuestra naturaleza en ridículos fantasmas. El postheroísmo se ha impuesto poniendo en cuestión la ética militar.

### Palabras clave

Cuarta revolución industrial, sociedad líquida, naturaleza de la guerra, ritos, desacralización, muerte.

## The Pillars of War Fade

### Abstract

*Ever since Clausewitz developed the idea, thinkers and analysts have understood that the nature of war is immutable. Each era or each culture can give a character or a form to its theory of war but its essence remains. However, at this time the well-known axiom is beginning to be questioned.*

*The rethinking of such an internalized dogma is based on the technological changes that the fourth industrial revolution will impose on the war. In parallel and also related to technical advances, a profound social change has taken place that has turned around the way of perceiving, interpreting, structuring and analyzing reality.*

*Current thinking constitutes liquid and transparent societies, where a self-referential individualism prevails that dissolves personal and collective ties. Nobody is another because the other is nobody. A continuous avalanche of data and information does not allow time for reflection, contemplation and memory.*

*Enemy of any narrative, postmodernity seeks to destroy all rites except one, that of the exchange of goods, services and assets. Consumption therefore I exist. The dissolution of rites and myths and the imposition of the present as the only social time turn the best angels of our nature into ridiculous ghosts. Post-heroism has been imposed by questioning military ethics.*

### Keywords

Fourth industrial revolution, liquid society, nature of war, rites, desacralization, death.

## Introducción

Si aceptamos la cultura como mecanismo de adaptación que permite al hombre descubrir el sentido de su propia existencia, de sus relaciones con sus semejantes y con el mundo; si creemos que la cultura forja una red de significados que nos permite interpretar y valorar quiénes somos y lo que hacemos, lo que son los demás y lo que hacen los demás, lo que es el mundo y hacia dónde se mueve, entonces tendremos que dar por hecho que lo verdaderamente importante se percibe a través de nuestros códigos culturales.

Uno de los elementos más desatacadados de una estructura cultural es la relación del hombre con su identidad incompleta, con su vulnerabilidad, con su fragilidad, con el peligro y con el riesgo. La cultura es un producto de lo que nos falta, de lo que se nos escapa. Su dinamismo reside precisamente en ese vacío oscuro que nunca termina de llenarse pero que no parece cansarse de reclamar inspiración y luz. El vértigo del vacío provoca un tipo de asombro que inquieta y acumula consolación en vasijas de barro, que pueden romperse.

El sentido de la existencia depende de esta manera de nuestra propia historia, de nuestra propia percepción del tiempo, del mundo, del riesgo, del hombre, del misterio y de nuestras propias decisiones. Es nuestra experiencia, son nuestros hábitos, es lo que hemos aprendido, la clave que interpreta el presente y que proyecta el futuro. De esta manera, por ser el hombre el único ser vivo que se interpreta a sí mismo y se cuestiona cómo debe ordenar su relación con todo lo que le rodea, es el hombre el único ser vivo que más allá de lo que recibe por su herencia biológica decide en función de su óptica cultural, el grado de libertad que esta le otorga y el uso que de esta libertad ha hecho.

«Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo». Ortega establece con su propuesta un vínculo entre el yo y su contexto. Un vínculo del que no debería escaparse y que no permitiría ser neutral. Un vínculo abierto a diferentes futuros posibles, que son más o menos deseables, y que serán lo que tengan que ser en función de lo que hagamos. La posición de cada uno frente al compromiso de salvar sus circunstancias es un elemento constitutivo de su identidad. Somos lo que recordamos, somos lo que practicamos y también somos lo que deseamos. Salvar el horizonte de humanidad que señala mi propia cultura, mis propias circunstancias, es así un elemento imprescindible de mi propio ser yo. Sin embargo,

el posmodernismo rompe esta relación, las circunstancias no cuentan, solo cuenta un yo que elige sin ataduras. Rechaza cualquier narrativa y cualquier proyecto porque el único tiempo social y personal que existe es el presente.

Compartiendo la misma naturaleza humana, las diferencias culturales construyen distintas interpretaciones de los mismos fenómenos, realidades o acontecimientos, entre ellos la guerra y la violencia. La guerra puede interpretarse como una virtuosa compañera o como un desgraciado castigo. La violencia y la guerra pueden entenderse como un elemento constitutivo del derecho o como una oposición al derecho y la justicia. La guerra puede aceptarse como un continuo acompañado de treguas o como un paréntesis que altera el orden de la paz. Realmente la guerra no es incompatible con la paradoja y puede ser una cosa y la otra, es un acontecimiento de luces y sombras, donde se impone una lógica contradictoria. La paradoja no es un accidente en la guerra, sino que es el fundamento del desenvolvimiento del acontecimiento bélico.

Las guerras pueden ser justas o injustas y durante siglos la preocupación por descubrir este carácter preocupó a muchos pensadores. En nuestros días esta dualidad mayoritariamente se cuestiona. La novedad no es el fenómeno en sí, sino nuestra percepción de él. En relación con la guerra, para la mayoría de los europeos, es un fenómeno extraño e impropio, un mal recuerdo del pasado, que nos será ajeno porque como continente hemos sido vacunados contra él para siempre. El no a la guerra de Europa es una negación de su posibilidad de ser justa o de estar justificada o de ser legítima. Dando así por hecho que no existe un estado de paz que no puede ser intolerable.

El origen de esta interpretación es el avance de un proceso de secularización que ha llegado tan lejos como para desarrollar un pensamiento dominante convencido de la posibilidad de constituir un modelo de convivencia sin contenidos de verdad y moral compartidos. La nueva corriente cultural que se impone en Occidente es el resultado de la centralidad del individuo y su libre albedrío. Consecuentemente, la visión de lo humano se proyecta en una aspiración que pretende liberar al individuo de cualquier atadura y de cualquier límite. La expansión de las opciones a la hora de elegir es siempre positiva sin prejuzgar los contenidos de las nuevas posibilidades ni sus consecuencias.

El hombre posmoderno no reconoce la existencia de la culpa y, consecuentemente, del mal. La tradición cultural occidental diría

que el hombre posmoderno rechaza su condición pecadora y el pecado como realidad. De tal manera que la persona humana puede liberarse del bien, y, por lo tanto, de la trascendencia, sin pagar ningún precio, sin sufrir ningún castigo. El «seréis como Dios», adquirido con la desobediencia, otorga al hombre el privilegio de negar la posibilidad de actuar mal y el regalo de reconocerse solo como virtud indomable porque elige sin restricciones. La aptitud descrita, aceptada por gran parte de nuestros contemporáneos, no es nueva. Chesterton la identifica en el comienzo de su obra *Ortodoxia* cuando manifiesta su asombro por el hecho de que algunos teólogos discutiesen sobre el dogma del Pecado Original. Desde el punto de vista del autor es una cuestión tan evidente su existencia que presentarlo como dogma lo hace extraordinariamente original, por ser el único que puede demostrarse solo con mirar la realidad del mundo y del hombre. «Algunos discípulos del Reverendo R. J. Campbell admiten la inocencia divina, que no pueden vislumbrar ni en sueños, pero niegan, especialmente, la culpa humana que pueden verse hasta en la calle»<sup>1</sup>.

La nueva rebeldía solo permite reconocer una culpa. La única culpa es la de quienes mantienen el propósito de obedecer. Este dibujo de fractura entre los sabios del mundo y los pobres de Yavhé la proyecta Chesterton en una frase ingeniosa: «¿Por qué todos los tontos del mundo se imaginan que el alma solo es libre cuando desobedece?» Esta pregunta puede tener muchas respuestas.

Las palabras de Chesterton nos permiten descubrir que desde hace tiempo y cada vez más, vivimos atrapados por un relato omnipresente, fundado en la autoindulgencia. Un relato peligroso que niega la culpa y el pecado para permitir subsistir en una cultura desquiciada de sentimentalismo y victimismo. Hace tiempo que dejó de interesar distinguir el bien y el mal porque lo exige la autodeterminación del individuo. Ahora, a este lujo solo propio de emperadores y sátrapas, se unen nuevas licencias. El estado de la cuestión se complica con otros muchos factores. Especialmente peligroso en este ambiente es el desarrollo tecnológico y la trampa de las redes sociales, que dificultan diferenciar lo virtual de lo real. El ámbito virtual nos otorga mucha holgura, nos permite cometer errores que no exigen un precio a pagar, al menos inmediatamente. No obstante, lo real juega con márgenes más estrechos, porque, aunque Dios perdona siempre, el hombre solo lo hace a veces, y la naturaleza no perdona nunca.

---

<sup>1</sup> CHESTERTON, G.K. (1998). *Ortodoxia*. Editorial Porrúa, Méjico.

La violencia y la guerra no son consecuencia de un insuficiente desarrollo de mecanismos, procesos e instituciones vacíos de contenido pero capaces de construir acuerdos. La violencia y la guerra son consecuencia de la existencia del mal, del pecado personal y colectivo. Es decir, la guerra es fruto de la imperfección de lo humano y de la insuficiencia del libre albedrío para construir un orden supremo de libertad vinculado al bien y la justicia. Ahora bien, la guerra tiene muchas formas e incluso pudiera tener diferentes naturalezas.

### **Cada tiempo tiene su propia teoría de la guerra**

Clausewitz, en su tratado de la guerra, descubría que cada tiempo tiene su propia teoría de la guerra, que no puede entenderse «sin dirigir una mirada atenta a los rasgos principales de cada determinada época»<sup>2</sup>. La visión eurocéntrica de Clausewitz le impidió distinguir tiempo cronológico y época. En nuestro mundo globalizado conviven en el mismo tiempo cronológico varias épocas diferenciadas por sus niveles de desarrollo tecnológico y cultural, cada una de ellas con su propia doctrina de guerra. La historia de Europa dejó hace tiempo de ser la historia del mundo.

La diferente percepción del mundo, utilizando la tecnología como línea de fractura, la enunciaron al final de la década de los setenta Alvin y Heide Toffler<sup>3</sup>. Posteriormente, los Toffler utilizaron esta estructura para hacer presente que nuestra forma de hacer la guerra es producto de nuestra forma de hacer negocios y de nuestra forma de producir. El enfoque tiene una visión centrada en el factor técnico y en los mecanismos de intercambio económico<sup>4</sup>. Evidentemente, la tecnología, la ciencia y la economía son un producto cultural de cada una de las tres olas de civilización que identificaban. La primera ola, la de la agricultura, la segunda, la de la industria, la tercera, la de la información, cada una tiene sus propias formas de guerra, su propia ética guerrera. La combinación de formas de guerra dispares hace posible una disparidad de códigos bélicos, que pueden ser un factor de asimetría tan importante como el de los medios y sistemas de armas.

La interesante propuesta de Clausewitz, en la que se relaciona las distintas épocas con su particular teoría de la guerra y la necesidad

<sup>2</sup> VON CLAUSEWITZ, Carl (1999). *De la guerra*. Ministerio de defensa, Madrid.

<sup>3</sup> TOFFLER, Alvin y Heidi (1984). *The third Wave*. Bantam Books, Nueva York.

<sup>4</sup> TOFFLER, Alvin y Heidi (1994). *War and antiwar*. Warner books, Nueva York.

de explorar el tiempo cultural vivido para poder entender todo lo relacionado con la guerra, impone una aproximación integral al contexto y al ambiente de una realidad social concreta para comprender su forma de entender y hacer la guerra. La ética militar en nuestro entorno de hoy solo puede entenderse analizando nuestro mundo de ideas, pensamientos y creencias y cómo estas afectan al concepto de *guerra* que se impone mayoritariamente. Por esto es imprescindible, para entender la guerra, dedicar tiempo a analizar el desarrollo y evolución actual de nuestra civilización, que, a pesar de perder peso en el mundo, sigue siendo foco de referencia, bien para identificarse con ella o bien para desligarse de ella.

Clausewitz pudo experimentar esta necesidad de evaluación del contexto porque vivió un momento de cambio de era. Nació y se educó en la modernidad para madurar en la época contemporánea. Como soldado contemplo con asombro y admiración la transformación de los ejércitos reales en ejércitos nacionales, fruto de un profundo replanteamiento del papel de los agentes políticos y de los mecanismos e instituciones encargadas de estructurar su relación. La forma de hacer la guerra de Napoleón le deslumbró, aunque sintió un profundo rechazo por su ambición de conquista.

A diferencia de Clausewitz, nosotros no estamos viviendo a caballo de dos eras en nuestra civilización. Nosotros nos enfrentamos a un cambio más profundo provocado por un avance sin antecedentes de la tecnología y de la capacidad humana de transformar la realidad con su intervención. Prometeo paso a paso nos lleva de la mano a un momento histórico donde la civilización occidental está puesta en cuestión por el propio Occidente. El choque de Occidente contra Occidente nos puede conducir a un desmoronamiento de nuestra civilización para dar paso a un antiOccidente que emerge de las ruinas de lo que fue pero se desvanece.

Por supuesto, el colapso de una civilización arrastra no solo a una doctrina de guerra, no solo a una forma de hacer la guerra. En nuestro caso el mismo concepto de guerra puede desdibujarse tanto como para emerger como un concepto imposible, utópico, en el sentido etimológico del término. Un concepto, la guerra, sin lugar, sin espacio, en el mundo posmoderno. En este escenario hablar de ética militar puede ser para muchos un absurdo sin sentido. La posmodernidad ha llegado a la conclusión de que la guerra ha muerto o que los cambios son tan profundos como para llegar a una nueva situación, donde la naturaleza de la guerra es distinta.

Poner en cuestión la forma de hacer la guerra ha sido siempre oportuno cuando aparecen cambios sociales, políticos, técnicos, económicos, geopolíticos, etc. El cambio de forma es algo aceptado como dogma por el pensamiento académico y por los militares. Clausewitz comparaba la guerra con un camaleón, que sin cambiar su ADN sí cambia su color para enmascararse con el entorno. La posmodernidad está llevándonos mucho más allá, obligando a plantearnos un verdadero cambio de la naturaleza de la guerra, asociado a la disolución de la ética militar, de los ritos, mitos, liturgia, valores, principios e identidad de lo militar.

### **La naturaleza de la guerra es inmutable**

A finales de 2004, en una entrevista, el teniente general de la Infantería de Marina de los Estados Unidos, Van Riper, director del Marine Corps Heritage Foundation, señalaba que la naturaleza de la guerra es inmutable. «*In reality, the fundamental nature of war hasn't changed, won't change, and, in fact, can't change*»<sup>5</sup>. En un tiempo, entonces, en el que Estados Unidos estaba comprometido en dos guerras, una en Irak y otra en Afganistán, Van Riper señalaba que el error militar norteamericano más destacado, en cada uno de estos escenarios, fue su incapacidad para adaptarse a otra cultura. El general aceptaba que los militares estadounidenses, pero no solo, eran arrogantes de muchas maneras y despreciaban a otras culturas, por lo que no utilizaban el tiempo necesario en conocerlas y en apreciarlas.

Esta crítica en 2004 fue compartida por otros muchos, tanto como para poner en circulación el concepto de «*cultural awareness*», en español «conciencia cultural». El compromiso con la población, a la que se debía apoyar para restituir el orden interno en los países ocupados, obligó a los ejércitos norteamericanos a tomar conciencia de la importancia de la cultura del país donde actúan para el cumplimiento de su misión. Sorprendentemente, algo aprendido en la guerra de Vietnam, tuvo que volverse a identificar como asunto de interés y retomar su aplicación.

El problema, según el general Van Riper, estuvo en el exceso de confianza en la superioridad tecnológica. Los cambios tecnológicos generan nuevos términos que se ponen de moda, como *transformación, revolución de los asuntos militares, dominio de*

---

<sup>5</sup> «En realidad, la naturaleza fundamental de la guerra no ha cambiado, no cambiará y, de hecho, no puede cambiar».

la información, guerra centrada en red, enfoque logístico<sup>6</sup>. Todos estos términos nuevos para el general Van Riper son eslóganes vacíos de contenido que anuncian cambios revolucionarios pero que realmente no suponen una alteración de lo sustancial, son cambios posiblemente relacionados con el carácter o forma de la guerra, pero no con su naturaleza<sup>7</sup>.

La apuesta por la tecnología como factor determinante en cualquier conflicto era solo una práctica propia de vendedores de humo, que no aportan ideas, sino solo consignas. La tecnología tiene la virtud de revestir a la guerra de un traje más presentable, pero puede deslumbrar en exceso y hacer pensar a algunos que con ella se pueden empezar campañas limpias, sin errores, quirúrgicas, con pocas bajas, rápidas y poco costosas<sup>8</sup>.

Con mucho acierto, el general Van Riper señalaba que la tecnología no era el fin, sino un medio. Entenderlo de otra manera sería un terrible error. Los militares dejarían de guiarse por ideas para desarrollar nuevas tecnologías, para dejarse guiar por tecnologías que les permitieran eludir el desarrollo de nuevas ideas. La reflexión nos pueda ahora parecer oportuna, pero entonces era muy provocadora, porque precisamente la complacencia tecnológica y la absoluta confianza en su superioridad se había impuesto, aplanando el mundo militar, que dejó de sentir la necesidad de reflexionar en los más altos niveles.

La idea de que la naturaleza de la guerra es inmutable no es nueva ni exclusiva de la Infantería de Marina norteamericana. Fue Clausewitz quien la enunció hace casi dos siglos. Para los militares formados en las escuelas de estado mayor en Occidente es un axioma. En 2002, el teniente general del Ejército de tierra James M. Dubik, miembro del Institute for Study of War, escribió un artículo titulado «*Has Warfare Changed? Sorting Apples from Oranges*»<sup>9</sup>. El general llegaba a la conclusión de que la esencia de la naturaleza de la guerra no ha cambiado, no está cambiando y no cambiará nunca.

<sup>6</sup> We hear many terms, whether it's *transformation, military technical revolution, revolution of military affairs, information dominance, network-centric warfare, focused logistics*.

<sup>7</sup> <https://www.pbs.org/wgbh/nova/article/immutable-nature-war/>.

<sup>8</sup> «*What I see are slogans masquerading as ideas. In a sense, they make war more antiseptic. They make it more like a machine. They don't understand it's a terrible, uncertain, chaotic, bloody business. So they can lead us the wrong way. They can cause people not to understand this terrible, terrible phenomenon.*»

<sup>9</sup> <https://www.ausa.org/sites/default/files/LPE-02-3-Has-Warfare-Changed-Sorting-Apples-From-Oranges.pdf>.

El almirante Cebrowski, de la misma manera, señala que la naturaleza de la guerra es fundamentalmente inamovible<sup>10</sup>. En febrero de 2017 el general de cuatro estrellas y secretario de defensa James Mattis afirmaba que la naturaleza de la guerra es casi como la del agua, no cambia<sup>11</sup>. Desde luego podríamos seguir, pero parece ser suficiente por ahora.

Aceptar que la naturaleza de la guerra es inmutable supone reconocer un marco propio y permanente que no puede alterarlo ningún tipo de contexto cultural o tecnológico. La guerra sería un concepto válido en sus fundamentos para cualquier lugar y cualquier tiempo, al poner en juego elementos naturales siempre presentes y con un significado único para todos. En la guerra aparece siempre un choque de voluntades colectivas que se resuelve con el derramamiento de sangre. Existen, por lo tanto, siempre dos comunidades diferentes, con distintas aspiraciones incompatibles, que deciden luchar para convencer al enemigo, con la muerte y el dolor de por medio, que debe renunciar a su propósito. Identidades, voluntades, muerte, dolor y renuncia son elementos permanentes de la inmutable naturaleza de la guerra. Factores que por estar siempre presentes condicionan a sus protagonistas y su comportamiento lo suficiente como para tener un soporte real sobre el que construir un enfoque ético adaptado a cada cultura.

Si la naturaleza es permanente, aunque no su carácter o forma, existe un componente constante, una base fija, que necesariamente incidiría sobre las articulaciones éticas de cada cultura, sin que esto suponga un único pronunciamiento ético, donde parte de los principios sean compartidos.

## **Cada guerra es única y pondrá a prueba la ética militar**

Hemos comenzado diciendo que la novedad no es el fenómeno en sí, sino nuestra percepción de él, y podríamos continuar señalando que lo permanente no es el fenómeno en sí, sino nuestra percepción de él. Al no ser lo permanente de la guerra lo relevante, sino nuestra valoración, reconocemos que es el propio acontecimiento bélico singular quien por sus características modula la aplicación concreta de los compromisos morales. Es el hombre y su cultura la

<sup>10</sup> <https://www.vifindia.org/article/2019/january/18/is-artificial-intelligence-changing-the-nature-of-war>.

<sup>11</sup> «*The fundamental nature of war is almost like H2O, ok? You know what it is.*»

medida de todas las cosas, también es la medida ética de todas las cosas, pero la relevancia única de cada guerra supone una reconsideración de la densidad de los fundamentos de la ética militar vigente, que se verá puesta a prueba.

Al afirmar que cada guerra es única, producto de un tiempo y un espacio, donde se produce un encuentro dialéctico de dos identidades políticas concretas, estamos negando a la guerra su condición de fenómeno y por supuesto de institución. La guerra, de esta manera, no podría contar con su naturaleza para estructurarla. A la inversa, su naturaleza tiende a superar todos los límites. Clausewitz sostenía que «el núcleo de la idea misma de guerra es destruir al enemigo»<sup>12</sup>. Consecuentemente, una idea siempre presente en su orden mental es la inevitable tendencia de la guerra al ascenso a los extremos de la violencia, resultado de su propia esencia. La inclinación a la guerra absoluta está siempre presente como simple desarrollo de la naturaleza misma de la guerra. La tendencia a la escalada es una ley inapelable. Una ley inapelable pero abstracta, porque el mismo Clausewitz reconoce que la realidad impone siempre limitaciones al impulso natural de la guerra a ser total. Las limitaciones las formulan las condiciones particulares, en cada guerra, de los elementos de su concepción trinitaria. El pueblo y su pasión, las Fuerzas Armadas y sus capacidades y la dirección política y su entendimiento son elementos moderadores de un impulso irrefrenable de destrucción completa, hasta el final del enemigo, aun a costa de asumir el coste de poder ser destruido completamente.

La ética militar es una función histórica continua de un soplo vital humano, que se fundamenta en una relación ordenada del binomio *Eros-Pathos*, de la bipolaridad que enlaza el amor y el sufrimiento y de la relación *Eros-Thanatos*, la bipolaridad *amor* y *muerte*. Es hija de un amor obediencial sufriente. Por lo tanto, la ética militar sería un impulso civilizador destinado a integrar tensiones y contrarios que siempre estarán presentes. Por supuesto que tiene una dimensión cultural, pero no solo, porque en todas hay un aliento de superación de contradicciones indómitas que se aceptan mirando más allá, para ennoblecer lo más vil. El resultado obliga a renunciar, pagando el alto precio que exige la fatalidad de lo que pueda quedar de humano dispuesto a rehusar convertirse en bestia.

La ética militar incorporada a las capacidades de las Fuerzas Armadas busca restringir el ascenso a la violencia total. La ética militar,

---

<sup>12</sup> CLAUSEWITZ, C., *De la Guerra*.

como elemento restrictivo, tiene la función de contener a la guerra, que tiende por su propia esencia a ser violencia desmedida hasta lo absoluto. El camino de ascenso de la guerra, por su tendencia abstracta a la violencia absoluta, hacia la condición de total, va dejando en la cuneta, por el mal que progresivamente libera, girones del alma, la mente, el corazón y el cuerpo de los contendientes hasta que uno de ellos lo pierde todo. El problema no es el precio que paga el enemigo, que también, el mayor problema es el precio de los girones que nosotros nos dejamos mientras subimos camino arriba en la escalada de muerte y destrucción. La contención ética puede, por las exigencias de la presión trinitaria propia de cada guerra, verse superada, y en algunas ocasiones tanto como para terminar destruyendo por dentro una nación, un Estado o unas Fuerzas Armadas, al margen de que el resultado final sea la victoria, la derrota o la destrucción mutua. La presión sobre el muro ético es original en cada uno de los desafíos a los que somete cada guerra a las partes enfrentadas. Al final siempre será necesario recomponer las abolladuras de la armadura y, en el peor de los casos, tirar la oxidada para hacer una nueva.

La guerra al no ser fenómeno se convierte en acontecimiento, donde la variabilidad de lo humano determina tanto su condición como para hacer de cada una de ellas un hecho singular, donde las cortapisas para evitar la promoción continua de la violencia son también producto de la combinación trinitaria singular de los contendientes y su relación en el combate. La ética militar, como todas y cada una de las demás cortapisas, incluso la de la razón, será puesta en cuestión, sufrirá presión.

La capacidad de la ética militar de disciplinar la violencia no depende solo de su valor y de su asimilación por parte de los ejércitos, depende también de la relación entre los componentes de la trinidad de Clausewitz. La pasión del pueblo o la razón política afectan a los requerimientos de las Fuerzas Armadas, pudiendo imponer más restricciones de las propias de su ética militar o, al revés, sobrepasando sus restricciones éticas.

Estas consideraciones no pretenden sostener una propuesta relativista, que entiendan la ética militar como un desarrollo propio de una superestructura o como un subproducto de la relación entre los componentes de la trinidad de Clausewitz. Es solo una afirmación de la singularidad del acontecimiento histórico, en este caso la guerra. Cada guerra tiene su nombre y sus apellidos. Cada guerra es única y, por lo tanto, en cada una está en juego el carácter de las Fuerzas Armadas, que podrá consolidarse o degradarse por

el propio desarrollo del conflicto. Cada guerra pondrá a prueba los principios éticos militares y en esta tensión se tendrá que elegir en muchas ocasiones no el bien posible, sino el mal menor aceptable. El peligro sería entender que el mal menor, por ser menor, deja de ser mal.

Curiosamente, lo que hasta ahora nadie cuestionaba parece que está replanteándose. El general James Mattis, solo un año después de sus anteriores declaraciones, en febrero de 2018, decía que estaba reflexionando sobre un axioma que nunca había puesto en duda. Había estado convencido siempre de que la naturaleza de la guerra nunca cambiaría, pero a la vista de lo que está por venir tenía dudas de que en el futuro las cosas siguieran siendo como hasta ahora. Mostró abiertamente que todavía no tenía respuesta para determinar si la guerra seguiría siendo inmutable en su naturaleza<sup>13</sup>. El general Dubik, renunciando a su criterio de 2002, ahora sostiene que los avances tecnológicos que se están implementando están verdaderamente cambiando la propia naturaleza de la guerra. Dubik destaca que actualmente, cuando la cuarta revolución industrial está asentando su desarrollo en un mundo globalizado, con sociedades fragmentadas y polarizadas, la cohesión nacional puede destruirse desde fuera antes del comienzo de las hostilidades. Existen medios para influir en la opinión pública nacional desde el exterior con tanta fuerza como para convertir la tensión externa con un enemigo en una palanca de fractura interna. Las campañas de desinformación y descrédito a las que se suman la acción selectiva a través de las redes sociales pueden incendiar el país con asuntos relacionados con el propio conflicto internacional o con otros que pueden haber estado latentes durante tiempo.

En los propios Estados Unidos las revueltas, manifestaciones, protestas y violencia desatadas por la muerte de George Floyd en Minedápolis, en el momento de su detención por la policía, han puesto en evidencia la vulnerabilidad interna de una gran potencia. Podríamos decir que en China las cosas son muy diferentes, pero es posible que no del todo. Las revueltas y violencia en Hong Kong el pasado 2019 son un factor de desequilibrio. No puede descartarse del todo una repetición de un segundo Tiananmen. Los continuos

---

<sup>13</sup> «I'm certainly questioning my original premise that the fundamental nature of war will not change. You've got to question that now. I just don't have the answers yet.» <https://www.c4isrnet.com/intel-geoint/2018/02/17/ai-makes-mattis-question-fundamental-beliefs-about-war/>.

esfuerzos de las autoridades del Partido Comunista Chino por controlar a la población, por medio de cámaras que actúan como detectores, para trasladar información a sistemas de mando y control inteligentes que permitan una vigilancia permanente de cada uno de los ciudadanos chinos son una prueba de su percepción de la amenaza.

El choque de voluntades cada vez parece más factible resolverlo sin necesidad de derramamiento de sangre. Las operaciones multidominio pueden favorecer ataques cibernéticos, desde el espacio, desde el espectro electromagnético, capaces de paralizar a toda una gran potencia sin dejar una huella evidente y sin disparar un solo misil. El poder como capacidad de hacer daño ha aumentado sus ámbitos de actuación y el pulso puede ser cada vez menos una cuestión militar que se resuelve con operaciones militares. Por supuesto, este tipo de cambio y la profundidad de sus efectos remodelan incluso el propio concepto de lo militar. Los avances técnicos que están por venir podrían convertir al soldado en un operario sujeto a datos y procedimientos estrictos que anularan su capacidad de intervenir y decidir. El soldado sería un engranaje más de un complejo sistema, que incluso podría ser sustituido por un robot controlado por mecanismos de soporte de inteligencia artificial. En un entorno operativo sin espacio para lo humano la ética militar dejaría de tener sentido.

## La desaparición de los rituales

En el pasado, adaptarse a la violencia y la guerra para una sociedad que aspirase a sobrevivirla requería el diseño de mecanismos especiales de asimilación del peligro y de movilización coordinada contra él. Las diferentes culturas encontraron fórmulas propias para ritualizar la guerra y la violencia. «Guerra ritualizada, que, precisamente por serlo, ha perdido parte de la crudeza del combate, pero que conserva aún, bajo una complicada forma de simbolismo y rito, el espíritu de la guerra»<sup>14</sup>. Ritualizar la guerra supone una transformación de la guerra, que deja de ser un impulso biológico para convertirse en un acto social y político que puede ser, de alguna manera, disciplinado y ordenado por un entramado institucional.

Para Occidente el militarismo es una perversión con la que en ocasiones hemos convivido. Es una tentación que algunos asocian a un

---

<sup>14</sup> D'ORS, Álvaro (1954). *De la guerra y de la paz*. Editorial Rialp, Madrid.

pasado que nunca volverá. De esta manera lo correcto es entender la derrota del enemigo en la guerra como un medio al servicio de la política, que «se ordena en última instancia a recuperar las condiciones en las que la acción política pacífica puede poseer validez y eficacia»<sup>15</sup>. La diferenciación entre el ciudadano y el soldado, entre lo civil y lo militar, entre la lógica política y la gramática militar, ha sido siempre una idea de referencia en la forma de pensar la guerra para nuestra cultura. Desde la antigüedad los soldados no podían entrar en la ciudad sino para recibir el triunfo. La república hacía esperar a sus legiones fuera de Roma, en el campo de Marte, varios días antes de que el senado aprobara su victoria como honrosa y digna de ser consagrada con los rituales de la ceremonia del triunfo.

Los ritos de declaración de guerra y de victoria no responden a un derecho reconocido al enemigo, sino, fundamentalmente, a una exigencia interna del propio espíritu de las leyes y la conciencia política de los pueblos y de sus combatientes. La dimensión religiosa en todo lo relacionado con la guerra en los pueblos de la antigüedad era evidente. Ignorar los ritos exigidos convertía las acciones bélicas en actos impíos, y, por lo tanto, la victoria no merecía ser reconocido como meritoria. El carácter teológico de la guerra y la victoria ha sido y puede seguir siendo para algunos el fundamento más fuerte de su legitimidad. En cualquier caso, el rito, religiosos o cívico, es requisito necesario para la completa legitimidad de la guerra. El rito es imprescindible para vincular el uso de la fuerza con los mitos de cada cultura y, por lo tanto, con una dimensión trascendente que atiende al porqué de la guerra, al para qué de la guerra y a sus consecuencias.

Hasta ahora la declaración de guerra y la firma de la paz eran uno de los ritos más sagrados e imprescindibles en una guerra. El primer ministro británico, Winston Churchill, el 8 de mayo de 1941 remitió un ceremonioso telegrama al embajador de Japón en Londres, en el que le informaba del estado de guerra entre los dos imperios, como consecuencia del ataque japonés a la costa de Malasia, el bombardeo de Hong Kong y Singapur. Churchill se despedía del embajador diciendo: «Con la mayor consideración, tengo el honor de suscribirme, señor embajador, su más obediente servidor»<sup>16</sup>. Algunos criticaron el estilo excesivamente ceremonioso del primer

<sup>15</sup> WALZER, Michael (1977). *Just and Unjust wars*. Basic Books, Nueva York.

<sup>16</sup> CHURCHILL, Winston (1989). *Memorias de Churchill, la Segunda Guerra Mundial, la guerra llega a América*. Ediciones Orbis, Barcelona.

ministro, a lo que él contesto diciendo: «Después de todo, cuando uno tiene que matar alguien, no cuesta nada ser cortés».

La cortesía no era una impostura. Era parte de un ritual. Desde 1942 ni el Reino Unido ni los Estados Unidos han declarado la guerra, a pesar de las múltiples intervenciones en el exterior de las Fuerzas Armadas de los dos países. A estas alturas de curso las guerras no se declaran, simplemente empiezan. Tampoco terminan, siguen prolongándose en el tiempo sin un resultado decisivo. Los ritos de inicio y de fin de la guerra han desaparecido.

Otro rito fundamental de la guerra fue la batalla, pero también ha dejado de serlo. Es muy conocida la anécdota protagonizada por el coronel de los Estados Unidos Harry Summers, jefe de la delegación norteamericana en las negociaciones para la firma del armisticio que pondría fin a la presencia de las Fuerzas Armadas norteamericanas en Vietnam<sup>17</sup>. Pues bien, el coronel Summer se dirigió al coronel norvietnamita Van Thieu, su contraparte en las negociaciones, y le comentó que los norvietnamitas nunca les habían derrotado en el campo de batalla. Tras una breve reflexión, el coronel Van Thieu contestó: «Puede que sea cierto, pero es del todo irrelevante»<sup>18</sup>.

Los militares siempre han dado importancia al rito del combate y la batalla. Resulta difícil de aceptar que sin perder un solo enfrentamiento relevante en el campo táctico sea posible perder una guerra. El teniente general Douglas Lute, consejero militar de la Casa Blanca para Afganistán e Irak, decía en una entrevista que los norteamericanos nunca habían sido vencidos tácticamente en un intercambio de fuego en Afganistán. Los talibanes podrían haber respondido: «puede ser cierto, pero también irrelevante»<sup>19</sup>. El enfoque excesivamente operacional o táctico impide a los mandos militares descubrir la relevancia de lo que se mueve fuera del teatro de operaciones y muchas veces dentro. Pero más allá de la miopía del que está sobre el terreno, lo destacable es el desvanecimiento general de los ritos, mitos, liturgia, simbolismo y soporte material de lo sagrado para el militar.

La ética militar, sus virtudes, sus ritos y mitos, su solidaridad con los caídos, su espíritu de cuerpo y unidad son solo elementos folclóri-

<sup>17</sup> Un armisticio no es un tratado de paz, es solo parte de una negociación que se deja abierta.

<sup>18</sup> <http://www.seguridadinternacional.es/?q=es/tags/teor%C3%ADa-de-la-insurgencia>.

<sup>19</sup> <https://www.newsweek.com/could-afghanistan-be-obamas-vietnam-77749>.

cos propios del estudio de los antropólogos, arqueólogos y sociólogos. El mundo militar se convierte en un mundo indómito, pero sin interés, que se observa desde la pantalla del televisor como un espectáculo que puede a lo sumo invitar a un *like* o un *dislike*. Un mundo de reportaje que acompaña en el sillón la sobremesa del espectador antes de empezar a dormir.

Para la sociedad posmoderna el militar es o un Quijote o un Sancho. En cualquier caso, un personaje extemporáneo, digno pero desadaptado, con frecuencia, simplemente un personaje grotesco, ridículo, sin juicio, histriónico y molesto. El militar es simplemente un personaje de fantasía que vive en una novela clásica, histórica o de humor. Martin Van Creveld, uno de los más influyentes historiadores y analistas de la guerra, anunció hace tiempo con su crítica a los ejércitos regulares que para él eran en el presente tan relevantes como Don Quijote frente a los molinos de viento. «Las fuerzas armadas de nuestros días son dinosaurios a punto de desaparecer. En términos cuantitativos, y comparadas con el tamaño que tuvieron en 1945, la mayoría han desaparecido ya»<sup>20</sup>. Para Creveld la violencia seguirá teniendo un papel, pero fuera del rigor, la disciplina, el método y la ética propios de los ejércitos como institución.

### **La consagración de la guerra y la victoria, deber, honor y patria**

El general McArthur en su momento se atrevió a pensar que en la guerra no había sustituto para la victoria. La guerra que le tocó dirigir en Corea no era una guerra que se pudiera resolver donde debía, en el campo de batalla. Desde que aparece la bomba atómica, no se lucha para ganar, sino para evitar ser derrotado. Este nuevo enfoque diluye muchos ritos, mitos, símbolos, liturgia y soporte sagrado de la lucha. El presidente Truman tuvo que destituir al general McArthur por no entender que su lucha en Corea no era para vencer, sino para evitar una escalada a la tercera guerra mundial.

El general McArthur, en su famoso discurso en West Point en 1962, cuando recogía el premio que se le otorgaba como reconocimiento por su brillante carrera militar, destacaba, delante de las promociones de cadetes, tres palabras: deber, honor y patria. «Estas tres palabras sagradas dictan con reverencia lo que debes ser, lo que puede ser, lo que serás». El discurso fue verdaderamente emo-

<sup>20</sup> VAN CREVELD, Martin (2000). *The art of war: War and military Thought*. Cassek, Wellington House, Londres.

cionante y muchos todavía lo recuerdan. La película dedicada al personaje comienza precisamente con este momento de su vida. En ese momento especial, la amargura también tuvo sitio para el viejo general, que veía como su orden de valores y conducta se derrumbaba. «Deber honor y patria; los incrédulos dirán que no son más que palabras, no son más que un eslogan, no son más que una frase extravagante. Cada pedante, cada demagogo, cada cínico, cada hipócrita, cada alborotador y, lamento decirlo, otros con una condición completamente distinta, tratarán de despreciar estas palabras, incluso hasta burlarse de ellas y ridiculizarlas»<sup>21</sup>.

Todavía no había comenzado la crisis interna en Estados Unidos que vendría más adelante con el progresivo deterioro de la situación en Vietnam, pero McArthur ya sabía que sus palabras eran solo referencia para uno pocos, para una pequeña banda de hermanos. No para todos los norteamericanos.

El código deber, honor y patria, «el código de estas palabras abraza eternamente la más alta ley moral y persistirá ante cualquier prueba ética o filosófica que promueva el ascenso de lo humano. Sus requisitos son para hacer el bien y sus restricciones son para evitar el mal. Al soldado, más que a cualquier otro hombre, se le requiere la práctica del mayor acto de formación religiosa: el sacrificio. En la batalla y enfrentando el peligro y la muerte, él dispone de los atributos divinos que Dios le dio cuando creó al hombre a su propia imagen y semejanza. Ningún valor físico o instinto natural puede reemplazar a la ayuda divina, solo ella puede sostenerle»<sup>22</sup>. Las palabras del general McArthur reflejan una relación singular, presente más o menos explícitamente siempre, entre el soldado y Dios, entre el soldado y lo más sagrado. Lo sagrado ha estado siempre en el centro de todos los ritos militares a lo largo de la historia.

El núcleo de cualquier civilización y sus desarrollos culturales es el sentido de lo sagrado. Los pilares de una civilización se encuentran en sus vínculos con la transcendencia. La fortaleza de estas ataduras es el último ligamento de una identidad cultural, que se pone

---

<sup>21</sup> Traducción del autor: «*The unbelievers will say they are but words, but a slogan, but a flamboyant phrase. Every pedant, every demagogue, every cynic, every hypocrite, every troublemaker, and, I am sorry to say, some others of an entirely different character, will try to downgrade them even to the extent of mockery and ridicule*».

<sup>22</sup> <http://www.macarthurmilwaukeeforum.com/resources/macarthurs-speech-to-west-point-cadets-may-1962/>.

a prueba en los momentos de especial tribulación y angustia. La cultura es un producto del peligro, de la precariedad, de la insuficiencia y de la necesidad de asumírselos para afrontarlos y responder a su presión. La relación entre lo immanente y lo trascendente, sea su naturaleza profana, religiosa o una mezcla de ambas, es la medida de la resiliencia de una forma de entender y vivir en el mundo. La voluntad de vencer o de rechazar la agresión depende de la vitalidad y de la fuerza de esta relación. Si frente a la ofensiva y la ofensa del que ataca el ofendido decide renunciar a su voluntad de rechazar no habrá guerra.

La guerra es cosa de dos. La rendición preventiva es una fórmula, a veces puede ser costosa, de eludir temporalmente el combate. Mantener la voluntad de resistir es necesario para aceptar la guerra, que supone entrar en la comarca del peligro, del sacrificio, del azar y de la incertidumbre. La tolerancia frente a la agresión no es un mérito, pero puede resultar razonable cuando no se tienen convicciones o cuando no se valora la agresión como lo que es. El imperativo narrativo de una cultura que proclama el ocaso del deber y defiende una ética indolora, indefectiblemente, está vinculado con un imperativo lógico, desadaptado al álgebra que impone el combate. Las estructuras, las fórmulas, los símbolos y las soluciones del álgebra de la guerra se construyen alrededor de las nociones previas de *muerte* y de *sacrificio*. Estas nociones previas reivindican un racionalismo innato acostumbrado a convivir con el misterio, que el pensamiento dominante hoy en Occidente ignora, cuando no rechaza. *Deber*, *honor* y *patria* son palabras sin contenido en la neolengua posmoderna, que provocan rechazo por no tener valor positivo. Representan un contravalor para la nueva fórmula de dar sentido al orden social y la convivencia. Asistimos a una desacralización de la guerra en paralelo a una desacralización del lenguaje.

### **Consumo luego existo, cuando el cálculo sustituye al pensamiento**

El pensamiento vigente considera que el hechizo de la creencia y de la razón quedó anclado a un pasado superado, siendo sustituido por un desenvolvimiento completo de la libertad individual. Las nuevas referencias son los datos y la nueva ley pretende solo gestionar las preferencias. El frío cálculo de los deseos del público permite una conveniente deconstrucción y construcción continua, ordenada al sostenimiento de una coexistencia sin vínculos sólidos.

El orden social es un vacío globalizado, que se estructura por la intervención del mercado, encargado de satisfacer el deseo continuo de consumo. Es un mundo sin nosotros, porque solo existe el yo, que se autodetermina en sus elecciones de gasto. Consumo luego existo.

La historia nos enseña que en el pasado la religión fue la clave de todas las culturas y civilizaciones conocidas. La creencia sostuvo el *ethos* que les dio vida y sentido. Europa, siendo original por su condición de civilización de ideas, las configuró por la inspiración del cristianismo. Sin embargo, el nuevo experimento europeo es una experiencia insólita, que pretende no solo prescindir de la religión, sino hacer de su rechazo fuente esencial de identidad como nueva civilización. No se trata de negar o cuestionar la existencia de Dios. Se trata de expulsarle de lo social, de volverle completamente la espalda porque no importa, no cuenta, no está presente, no interpela, no genera tensión y no impone un camino de búsqueda.

Negar la existencia de Dios coloca al hombre solo frente al misterio, frente a lo oculto, frente a lo desconocido. Crea una dinámica que lo arrastra al nihilismo o a los datos crudos. Es decir, al final todo se reduce a nada, nihilismo, o todo se reduce al dato, a lo que puede medirse. La realidad entonces es solo apariencia o es solo una acumulación de datos e información, que no precisa reflexión y esfuerzo. En cualquier caso, nada tiene verdadero sentido porque todo es negación o todo es afirmación<sup>23</sup>. No hay posibilidad de interpelar al misterio divino sobre la dualidad, el contraste, la paradoja o lo que no tiene respuesta.

El nihilismo no es rentable para el mercado, por eso la mecánica afirmativa de una sociedad transparente se impone. Todo fluye sin dificultad, sin obstáculos, con urgencia, sin diferencias, sin problemas. Solo atendemos a los datos que nos colocan delante en una representación desmedida, desbordada de información, que no deja de cambiar. La información y el dato son el único objeto y el sujeto solo observa, sin tiempo para reflexionar, porque solo existe el presente. No hay tiempo para la idea. Solo hay tiempo para una

---

<sup>23</sup> Nietzsche consideran que existe un nihilismo negativo, que supone una inclinación a la negligencia o la autodestrucción, y un nihilismo positivo, que, rechazando también todo principio ético y todo dogma, reconoce la existencia de un yo que puede autorealizarse en el ejercicio de una libertad absoluta, que se autodefine en la apertura a la elección entre opciones infinitas no determinadas. La centralidad del dato y la información sería una forma de nihilismo positivo.  
[http://www.filosofia.net/materiales/sofiafilia/hf/soff\\_u11\\_1.html](http://www.filosofia.net/materiales/sofiafilia/hf/soff_u11_1.html).

breve emoción, que busca satisfacción en el *me gusta* o en el *me lo compro*<sup>24</sup>.

Por supuesto, la disposición de colocarse de espaldas a lo trascendente tiene sus consecuencias. La civilización occidental, como civilización de ideas, es una civilización que invita, mejor, que exige la reflexión, porque reconoce que desconoce y al mismo tiempo asume la posibilidad de descubrir o al menos entrever. Occidente como civilización de ideas reconoce la contradicción y la tensión entre opuestos. El crepúsculo del pensamiento y la reflexión es el anuncio del fin de nuestra cultura.

Occidente es una civilización donde el dualismo coexiste, pero no de forma neutra. Carl Schmitt en su obra *El concepto de lo político*<sup>25</sup> reconoce la esencia de lo político en la contraposición de las categorías *amigo* y *enemigo*. La contraposición es un efecto natural de la existencia de distintas soberanías que nacen de diferentes *demos*, que reclaman la potestad de gobernarse según un orden propio. Lo político, de esta manera, se define como una decisión constitutiva y polémica. Constitutiva porque fija la identidad de un pueblo frente a los demás y polémica porque reconoce la existencia de un *nosotros* enfrentado a los demás.

La función de lo político es agrupar a un pueblo a un *demos* alrededor de un contenido fundamental y defenderlo frente a los que no comparten esa identidad. El pensamiento posmoderno y el cosmopolitismo globalista niega el *demos*, al imponer un individualismo autorreferencial que ignora al otro, al que no se reconoce como sujeto, y, por lo tanto, como igual con quien comprometerse.

Cuando es lo mismo el amigo que el enemigo la rendición preventiva es inevitable. Todo el contenido del contrato social es reversible, porque lo relevante no es lo que reconoce, sino el hecho de ser aceptado. Resultaría, de esta manera, una provocación inaceptable decir que «la constitución es la expresión del orden social, de la existencia misma de la sociedad, de los ciudadanos y del Estado». Y consecuentemente valorarla como elemento esencial que requiere, cuando la constitución es atacada, resistir, admitiendo que «la lucha se decide fuera de la Constitución y del derecho, y, por consiguiente, por la fuerza de las armas»<sup>26</sup>.

<sup>24</sup> HAN, Byung-Chul (2013). *La sociedad de la transparencia*. Herder Editorial, Barcelona.

<sup>25</sup> SCHMITT, Carl (1984). *El concepto de lo político*. Folios Ediciones, Buenos Aires.

<sup>26</sup> *Ibidem*.

El «No a la guerra» no es solo un eslogan, no es solo una posición frente a un acontecimiento político concreto. Por supuesto, existe esa dimensión política. La política es la piel de todas las cosas, pero el «No a la guerra» no se queda solo ahí. Es una negación de la guerra como posibilidad. Es fruto de una cultura política que no admite cuestionamiento y que confía absolutamente en que sus mecanismos de diálogo, negociación, acuerdo, mutua asistencia y respeto son aplicables en todos los sitios y en cualquier momento.

El «No a la guerra» es una negación de la alteridad y un rechazo a la alteridad como opción. Nadie es otro porque el otro es nadie. Cualquier propuesta es aceptable y asumible mientras sea posible la pluralidad. Cuando no existe el otro deja de existir el nosotros. Este orden de ideas imposibilita la condición legítima de cualquier confrontación armada, dando por hecho que el derecho internacional positivo dispone de los suficientes recursos para buscar una solución.

Han pasado setenta y cinco años desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y más de cuarenta desde la caída del muro de Berlín. La historia nos enseña que seguimos siendo vulnerables y que incluso los más dignos hacen muchas veces lo que no quieren hacer. La lógica del poder no se ha adaptado a la del derecho. No cabe esperar que las cosas cambien mientras no exista un orden de gobernanza suficientemente institucionalizado que disponer de mecanismos de control global sobre los actores internacionales, sean estados o no. No obstante, la realidad resulta incomprensible e inaceptable para las sociedades posmodernas, que sin renunciar a nada creen posible que la libertad pueda alcanzarlo todo solo con enunciar esa posibilidad. Todo es tolerable si se renuncia a cualquier principio y se acepta el orden interno de la globalización, que vacía a cada uno y a todos de identidad y cultura. La nueva propuesta aspira a convertir al dinero en el motor universal de una paz donde cada uno puede alcanzar su plena libertad consumiendo según sus preferencias en un mercado mundial que lo ofrece todo.

Enemiga de cualquier narrativa, la posmodernidad pretende destruir todos los ritos menos uno, el del intercambio de bienes, servicios y activos. El único rito que se preserva es el que relaciona al consumidor con el vendedor. El no a la guerra es consecuencia de un no a todo dualismo, menos al del mercado. Por supuesto, la tecnología es el soporte necesario para la implantación de una sociedad cosmopolita especulativa, sin raíces y referencias culturales. El hipercapitalismo consigue que el dinero nos iguale, pero el precio nos hace a todos desiguales y esclavos. El dinero nos roba la identidad y la conciencia.

El «No a la guerra» es un *no* a la comunidad política, es un *no* a la identidad compartida, es un *no* a un principio constituyente y a la posibilidad de resultar polémico. La nación desaparece porque lo político se desvanece y el ciudadano es sustituido por el consumidor. La sociedad se fragmenta y solo encuentra en el dinero un vínculo sólido de relación, pero incapaz de crear confianza, solidaridad y sentido de pertenencia.

El ser de Occidente está amenazado por la parálisis que impone el triunfo de la tecnología como destino. La tecnología tiene su propia dinámica, en la que ni el hombre ni la historia cuentan, ni desde luego el sentido ético de su empleo. La cultura ha estado desde hace más de cincuenta años en Europa presidida por la idea de destrucción y acabamiento: destrucción y acabamiento del arte, de la narración, de la metafísica, del lenguaje y de la historia que habría llegado a su plenitud y a su parálisis.

La obra de Byung-Chul Han, el filósofo más leído actualmente en el mundo, de origen surcoreano pero afincado en Alemania, es una continua reflexión sobre la pérdida de pulso del pensamiento en Europa, de su parálisis como civilización de reflexión y búsqueda. La constitución en Occidente de una sociedad ordenada por la hipertecnificación y que aspira a alcanzar la ensoñación de la completa transparencia y estabilidad, según Han, es una negación de la posibilidad de reflexión, al negar la tensión propia del dualismo.

La sociedad posmoderna de la transparencia todo lo tiene presente, todo está al alcance de su vista. Todo, por lo tanto, se allana, se presenta accesible, sin obstáculos. Todo fluye aceleradamente sin presión, sin problemas y sin diferencias, porque todo se ve tal cual es, a través de una realidad aditiva, una realidad que solo suma y donde todo suma, que es capaz de procesar todos los datos, de integrarlos diluyendo su contraste.

La mirada compleja exige tiempo, requiere demorarse en la propia mirada para poder ser contemplativa, para sacudir a lo que inquieta y apasiona, para movilizar el pensamiento, el compromiso y la acción. La contemplación y sus efectos son incompatibles con una hiperrealidad que bombardea continuamente de información, que es puro espectáculo, que solo moviliza un *me gusta*. La diferencia no es solo de cantidad, también de cualidad, de profundidad y de transcendencia. Llegamos a un infierno de lo igual, donde todo vale y todo vale lo mismo. La Biblia y el Corán valen lo mismo, la única diferencia es el precio que marca la librería que lo vende.

## El crepúsculo del deber: la ética indolora de los nuevos tiempos

Las relaciones personales no se relacionan con el dolor, con el conflicto, con la tensión, sino con el placer y el disfrute. Los vínculos personales y sociales no tienen en el deber una referencia. Este asunto es tratado por Gilles Lipovetsky en un libro titulado *El crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. El título es suficientemente revelador. Han también entiende que la sociedad disciplinaria de Michel Foucault es el pasado. El culto al yo es la nueva religión, que sustituye el *yo debo* por el *yo puedo*. El autocontrol genera autosatisfacción en el ejercicio de la autoridad sobre uno mismo, convirtiéndose cada uno en su propio amo. El experimento, sin embargo, es demoledor, porque ha permitido descubrir, según Han en su libro *La sociedad del cansancio*, que el peor amo posible es el propio yo. El culto al yo es demasiado exigente porque termina imponiendo una dictadura del logro personal autoimpuesta. Emerge un narcisista absoluto que elige el espejo como amo sin descubrir que su elección le convierte en esclavo del más cruel de los dueños<sup>27</sup>.

No pocos de los rasgos identificados ahora estaban esbozados a principio de los años cincuenta por Davis Riesman en su libro *La muchedumbre solitaria*. Con una percepción y perspectiva anticipada, Riesman descubre cómo el hombre viejo, hasta entonces guiado desde dentro por su conciencia, deja paso a un nuevo carácter humano, guiado por los ecos que llegan desde fuera. El cambio supone la sustitución de un giróscopo interior, que guía el comportamiento de la persona desde dentro, por un radar, que capta los ecos de otros con los que sintoniza el emisor y por los que se deja llevar desde fuera.

El giróscopo sigue una ley metafísica gravada en sus mecanismos por una civilización, mientras que el radar emite no conforme a una pauta fija, sino conforme a la elección del individuo, que decide dónde orientar su vigilancia y a quién seguir. El hombre dirigido por los otros puede permitirse el lujo del desenganche de su grupo de seguimiento inmediatamente y sin coste excesivo, para reprogramar un nuevo modelo de acompañamiento y vincularse con otros ecos nuevos<sup>28</sup>. Nada hay irreversible y todo es sustituible. El

<sup>27</sup> HAN, Byung-Chul (2012). *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial, Barcelona.

<sup>28</sup> RIESMAN, David; DENNEY, Reuel y GLAZER, Nathan (1950). *The Lonely Crowd: A Study of Changing American Character*. New Haven, Yale University Press. Editado en España con el título *La muchedumbre solitaria* en 1981 por editorial Paidós, Barcelona.

hombre nuevo no tiene hogar, no vive al amparo de un armazón cultural común donde descubrir una sólida identidad. Su identidad es un juego de construcción y deconstrucción permanente que impone un adanismo propio de niños perdidos, que viven despreocupados del mañana porque al parecer una fácil opulencia está garantizada. La única identidad de los niños perdidos es el juego y el goce del espectáculo lúdico en un mundo donde no hay ningún precio que pagar para mañana seguir jugando.

Ser hoy moderno es no ser capaz de detenerse, y menos de quedarse quieto. La insatisfacción va unida a esta nueva modernidad, que no encuentra nunca suficientemente gratificado el esfuerzo y el riesgo que demanda conquistar avances colectivos. «El individuo es el enemigo número uno del ciudadano. El ciudadano es una persona inclinada a procurar su propio bienestar a través del bienestar de la ciudad, mientras que el individuo tiende a la pasividad, el escepticismo y la desconfianza en la causa justa, el bien común, la sociedad justa. Para el individuo reunirse es perder libertad»<sup>29</sup>.

## Los mejores ángeles de nuestra naturaleza

En el quehacer cotidiano puede no manifestarse expresamente el sentido de lo sagrado, pero cuando el peligro acecha es cuando los desafíos deben afrontarse desde esa perspectiva. El presidente de los Estados Unidos de América Abraham Lincoln dirigió a la nación su discurso de investidura en 1861. En aquellos críticos momentos, cuando se cernía el peligro inminente de guerra civil entre el Norte y el Sur, Lincoln pronunció uno de sus más encendidos alegatos a favor de la unión. En sus palabras recordaba que la unión es previa a la constitución, que lo sagrado precede al compromiso. Es la unión de quien deriva la ley suprema y no al revés, por lo que ninguna interpretación jurídica ni desarrollo constitucional puede dirigirse contra la unión<sup>30</sup>.

<sup>29</sup> BAUMAN, Zygmunt (2015). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica, México.

<sup>30</sup> <https://www.bartleby.com/124/pres31.html>

«I hold that in contemplation of universal law and of the Constitution the Union of these States is perpetual. Perpetuity is implied, if not expressed, in the fundamental law of all national governments. It is safe to assert that no government proper ever had a provision in its organic law for its own termination. Continue to execute all the express provisions of our National Constitution, and the Union will endure forever, it being impossible to destroy it... We find the proposition that in legal contemplation the Union is perpetual confirmed by the history of the Union itself. The Union is much older than the Constitution.»

Insistiendo en la unión permanente, Abraham Lincoln recuerda que la perpetuidad de los fundamentos metapolíticos está implícita, si no expresada, en la ley fundamental de cualquier Estado. Lincoln no está defendiendo solamente el principio de rigidez constitucional, sino los componentes insondables que afianza la unidad de la nación. Por graves que puedan ser las desavenencias entre el Norte y el Sur, Lincoln, para terminar sus palabras, apela a los lazos de mutuo afecto fundados en referencias fervorosas de ardor guerrero y patriótico donde se hacen presentes «los mejores ángeles de nuestra naturaleza»<sup>31</sup>.

Nuestra cultura necesita apelar a los mejores ángeles de nuestra naturaleza que se hacen presentes en la conciencia personal de cada compatriota. Un mecanismo de refuerzo esencial es el recuerdo del fructífero influjo de estos ángeles en las decisiones y acciones de los adalides de la nación. «Occidente necesita idealizar menos las instituciones formales y promover más la relación cívica. Deberíamos poner menos énfasis en lo puramente procesal y más en la gente»<sup>32</sup>. El orden político necesita humanizarse, y para conseguirlo necesita líderes, héroes, mártires y santos. Necesita modelos humanos que merezca la pena emular y celebrar por lo que han aportado a la comunidad con el ejercicio de sus virtudes cívicas y la defensa de su dignidad personal. La comunidad vivifica sus valores evocando a excepcionales protagonistas de su historia, que, más allá de acciones políticas concretas, destacan por hacer realidad un compromiso personal metapolítico que subyace por debajo de la piel de lo político.

Todos los líderes, héroes, mártires y santos que quieran perdurar deben tener un nombre. Los desconocidos acaban fosilizándose en un trozo de piedra que con el tiempo termina convirtiéndose en material desechable, a lo más, mobiliario urbano. Los héroes sin nombre se olvidan. Los líderes, héroes, mártires y santos necesitan nombre, necesitan tener origen e historia personal, necesitan tener pasiones, virtudes y, por supuesto, algún pecado del que arrepentirse. Su condición humana es la que le otorga la condición

<sup>31</sup> <https://www.bartleby.com/124/pres31.html>

*«I am loath to close. We are not enemies, but friends. We must not be enemies. Though passion may have strained it must not break our bonds of affection. The mystic chords of memory, stretching from every battlefield and patriot grave to every living heart and hearthstone all over this broad land, will yet swell the chorus of the Union, when again touched, as surely they will be, by the better angels of our nature.»*

<sup>32</sup> <https://nuso.org/articulo/derecho-liberalismo-iliberales/>

de modelo. Este aspecto es clave porque resulta movilizador. El verdadero estímulo es saber que la gesta está al alcance de todos los demás a pesar de todas las dificultades. Su vida alimenta nuestra esperanza porque nos demuestra que nuestras aspiraciones pueden alcanzarse. Saber que la gesta está al alcance de la mano de un hombre con nombre y con historia es un auténtico estímulo para todos los demás nombres, para todos los que son capaces de admirar la aventura de vivir con sentido e intentan emular a los que así lo hicieron.

Nombre para conocer, condición humana para estimular, hazaña para admirar son los elementos básicos con los que debe jugar el poeta para sostener la esperanza en los días más grises. El hombre, el nombre y la gesta son la materia prima; la palabra, su proceso de transformación. Es posible que muchos lleguen pensar que es la palabra la que concede el valor añadido al producto, pero cada detalle tiene su importancia.

El relato tiene una función social que no es otra que inspirar la acción de los que escuchan. Si además concedemos algo de valor al sentimiento como palanca capaz de movilizar la adhesión, entonces nos ocuparemos de incorporar la lírica, y también la música. El poeta se convierte de esta manera en parte de la hazaña. De alguna manera, el poeta, el escritor, es herido por la realidad y por ello tiene una perspectiva más clara sobre lo que está pasando. Es capaz de sentir el impacto de lo que está sucediendo y proyectarlo. Las letras humanizan los acontecimientos. Los hechos sin más dejan de ser solo noticia para convertirse en acción viva, donde la persona se enfrenta al drama de la vida dándole o no sentido.

La conmemoración pública nos permite profundizar, actualizar y extender el sentido del esfuerzo y sacrificio que recordamos. El Estado, de esta manera, es capaz de relocalizar un drama personal, para ponerla en acción con un potencial pedagógico creciente, que se proyecta sobre nuevas generaciones. La pedagogía de la celebración supera a la del simple recuerdo.

Es posible que la posmodernidad se caracterice por el descrédito de los relatos, pero esto no importa cuando el peligro y la necesidad se hacen presentes. Los relatos se encargan de desacreditar a la postmodernidad allí donde no puede reinar y gobernar, es decir, allí donde la realidad es demasiado inminente y dura como para ser ridiculizada. En la pobreza no es posible separar la materia del espíritu, el acto de la idea, la realidad del pensamiento. El pobre descubre que existe porque tiene hambre verdadera, no porque

lo piense. Curiosamente, este saber y este sentir les amplía el horizonte. Bienaventurados sean los pobres que saben que existen porque tienen necesidad. Solo el hombre necesitado es el hombre en busca de sentido.

## El mundo postheroico

Edward Luttwak popularizó el concepto de *era postheroica* y *guerra postheroica* en un influyente artículo que escribió en 1995 en *Foreign Affairs*<sup>33</sup>. En el artículo explicaba las razones sociológicas y psicológicas por las que se rechazaban las bajas en combate con más fuerza que nunca ahora en el mundo desarrollado y en vías de desarrollo, no solo en Occidente. Más adelante completaría y ampliaría su análisis en la segunda edición de su libro *The logic of war and peace*<sup>34</sup>.

Luttwak rechaza la hipótesis de que la oposición al empleo de la fuerza por la aversión a las bajas sea un producto exclusivo de las sociedades democráticas más avanzadas. También refuta la hipótesis de que los medios de comunicación, y especialmente la televisión, sean la causa. El analista busca el motivo en algo más profundo, llegando a identificar el origen de la oposición en el papel de la muerte en las sociedades modernas. En el pasado la relación del hombre con la muerte era mucho más natural y próxima. La muerte no era una compañera exclusiva de los más viejos, y los ritos relacionados con la muerte habían permitido incorporarla a la vida cotidiana de las personas. Entonces era habitual que los padres enterraran a muchos de sus hijos, por lo que la muerte de un hombre joven, de un soldado en combate, no era una experiencia desconocida ni extraña. La muerte formaba parte de la vida con una naturalidad de la que hoy hemos escapado.

Sin embargo, en nuestros días la muerte de un joven es para la familia y para la comunidad una situación extraordinaria y de alguna manera difícil de asumir. El rechazo y asombro que provoca la muerte de un soldado en campaña no se produce solo en su entorno familiar y próximo, sino también en el conjunto de la sociedad. El liderazgo político puede otorgar cierto margen a las grandes potencias para emprender guerras por elección, como sucedió con

<sup>33</sup> <https://www.foreignaffairs.com/articles/yugoslavia/1995-05-01/toward-post-heroic-warfare>.

<sup>34</sup> LUTTWAK, Edward (2001). *The logic of war and peace*. The Belknap Press of Harvard University, Cambridge, Massachusetts.

Margaret Thatcher en la guerra de las Malvinas. Pero el desgaste de las bajas en la opinión pública no puede sostenerse mucho tiempo y el límite de caídos en combate que se puede asumir está muy por debajo de los umbrales de los años cuarenta o cincuenta. Hoy la estructura familiar es muy distinta. En el pasado las familias eran muy numerosas y la muerte de un hijo joven no suponía una pérdida de capital emocional tan fuerte como hoy, cuando las familias tienen uno o, lo más, dos hijos. Las dos consideraciones son convergentes, la relación marginal con la muerte y la baja natalidad. Ambos fenómenos son producto de una organización social diferente y de una forma de pensar y sentir distintas.

Luttwak, de una manera sencilla, coincide con la más elaborada exposición de Byung-Chul Han. El pensamiento y la percepción dominante consideran que la mera vida, la mera existencia, es suficiente. No se aspira a una vida plena de sentido porque no se está en disposición de afrontar que la libertad no es gratis, y el precio de ser libre puede ser la muerte. En el pasado lo humano estaba marcado de manera protagónica por el dolor, la vulnerabilidad, los límites, la lucha y la muerte. En el presente lo humano se quiere vaciar de negatividad. Se impone el placer, el poder, la positividad permanente como actitud, la calma, la ternura, el diálogo, el acuerdo y la mera vida.

El problema es que el espíritu no puede vivir en la absoluta positividad de la vida. El espíritu vive en una vida que se enfrenta a la contingencia de la muerte y el dolor.

La incapacidad del individuo y de la sociedad de aceptar la muerte supone una incapacidad de vivir plenamente. La verdadera vida no puede eludir la muerte, la vida debe enfrentar la muerte, reconocerla y mirarla a la cara. De esta manera, el pensar la muerte genera consecuencias transformadoras que se escapan del cálculo que elude la pérdida y es solo aditivo. El pensamiento que elude la muerte pierde su capacidad de desafiar y termina siendo mero cálculo. Un cálculo conservador, que no arriesga en la medida de lo que está en juego, no transforma.

En este contexto, la guerra de Kosovo fue un espejismo. En 1999 las fuerzas de la OTAN ganaron una guerra con bajas cero. El poder aéreo para algunos entonces parecía demostrar que una superioridad tecnológica decisiva era suficiente para alcanzar los objetivos militares y los fines políticos de la guerra. En aquel tiempo la idea resultaba tranquilizadora y estimulante. El empleo gradual de la fuerza y las operaciones basadas en efectos se pusieron de moda.

Los ataques y acciones desde el aire podían ser suficientes para determinar lo que debían pensar, sentir y hacer los adversarios.

El contrapunto llegó antes de lo esperado. En 2003, después del éxito militar de las operaciones principales de combate, que permitió en tres semanas a las Fuerzas Armadas norteamericanas derribar el régimen de Saddam Hussein y ocupar todo Irak, comenzó el infierno de la lucha contrainsurgente. La tecnología no servía para resolver un tipo de guerra que no se había pensado volvería a presentarse.

En cinco años de guerra habían muerto cinco mil soldados norteamericanos, mientras que solo en un año mueren en un accidente de tráfico unas cuarenta mil personas en Estados Unidos<sup>35</sup>. Por supuesto, todas las vidas importan, pero la causa de la muerte provoca un impacto social diferente y un tratamiento mediático y político distinto. Cuando la muerte es consecuencia de una causa conocida, que permite establecer estimaciones y valorar la evolución de las tendencias, dando una sensación de cierto control, la muerte parece ser una tragedia más fácil de asimilar para la sociedad. Es una noticia a la que nos hemos acostumbrado y no genera emociones. La muerte de un soldado profesional en acto de servicio sí genera emociones, porque de alguna manera es él quien estaba guardado la muralla en mi nombre y por mí. Cierta sensación de culpa y de rabia se acumula con cada nuevo caído. Especialmente cuando no todo el mundo entiende qué están haciendo los ejércitos en un lejano y desconocido país que no importa qué problemas tenga, pero no son los nuestros.

---

<sup>35</sup> En 2018 en los Estados Unidos se produjeron 36.560 muertes por accidentes de tráfico. Disponible en: <https://www.iihs.org/topics/fatality-statistics/detail/state-by-state>.

## Capítulo quinto

# Ética para humanos en tiempos de máquinas

Ángel Gómez de Ágreda

### Resumen

Los principios y valores de las Fuerzas Armadas necesitan estar alineados con los de la sociedad de la que proceden y a la que sirven sin dejarse llevar por las modas pasajeras ni anclarse en modelos obsoletos e incomprensibles para los ciudadanos. Una sociedad digital con una creciente estructura reticular requiere de valores y de orgánicas tan fluidas como el medio en que se desenvuelve.

En esta estructura en red, conceptos como el *liderazgo* o el *compañerismo* mantienen su vigencia, pero con formas distintas, la lealtad engarza con el sentido de la autoridad, y la flexibilidad —la antifragilidad— garantiza que los esfuerzos distribuidos se acumulan para conseguir el objetivo.

La inteligencia artificial abre paso a una nueva era de posibilidades, pero también a desafíos éticos sobre nuestra capacidad para entender sus procesos y controlarlos. En el trasfondo quedan la autonomía y la dignidad humana.

### Palabras clave

Autoridad, equilibrio, flexibilidad, red, inteligencia artificial, autonomía humana.

## **Ethics for humans in times of machines**

### **Abstract**

*Armed Forces' principles and values need to be aligned with those of the society they come from and they serve without allowing fashionable trends to lead nor obsolete models take root. A digital society with a growing networked structure requires that values and organizations be as fluid as the environment in which they perform.*

*In this networked structure, concepts such as leadership or fellowship keep their currency, although with a different twist. Loyalty links with the sense of authority. And flexibility -anti-fragility- guarantees that the distributed efforts of the different stakeholders converge into achieving the target.*

*Artificial Intelligence opens a new era of possibilities, but it also brings along numerous ethical challenges about our ability to understand its processes and to control them. Human autonomy and dignity remain in the background of it all.*

### **Keywords**

*Authority, balance, flexibility, network, artificial intelligence, human autonomy.*

## Fuerzas Armadas en red para el siglo XXI

Las Fuerzas Armadas son una parte integrante de la sociedad a la que sirven. Difícilmente podrían sustraerse a la moral imperante en ella y, si lo hicieran, sería todavía más improbable que pudieran servir a sus intereses sin fisuras. No hay —o no debe haber— unas Fuerzas Armadas garantes de unos valores que no sean los del pueblo al que sirven<sup>1</sup>.

Sin embargo, por lo general, se ha atribuido una cierta inercia a la capacidad del estamento militar para mantenerse al día respecto de los cambios sociales. El apego a las tradiciones y a las formas ritualizadas es, sin duda, una seña de identidad de lo militar. Aunque también lo son la agilidad y la capacidad de adaptación e innovación en las fases disruptivas de la historia. Igual que se mantienen en lo formal comportamientos e indumentarias caídas en desuso entre los civiles, también las tendencias en cuestiones como el liderazgo o la organización suelen proceder, en muchas ocasiones, de la doctrina militar.

En algunas sociedades orientales las formas y los vestidos parecen sacados de un manual de estilo de varias dinastías atrás mientras que su industria y la organización del tejido productivo resultan punteros a nivel mundial. También las Fuerzas Armadas buscan el equilibrio entre tradición y disrupción, entre el mantenimiento de las referencias conocidas y la exploración más allá del horizonte.

Una explicación para esta dualidad y aparente contradicción puede residir en su papel de *ultima ratio*. Los experimentos se «hacen con gaseosa», y la defensa y la seguridad nacional no admiten la volubilidad de las burbujas que llegan a la superficie para desvanecerse en la nada. La fijación de unas referencias permanentes es fundamental para mantener una cohesión que no tiene que significar rigidez.

En este sentido, los militares de la tercera década del siglo XXI se identifican punto por punto con los valores de los soldados de los Tercios, de los legionarios de Mario o de la caballería de Alejandro. En esta relación he procurado mantenerme, dentro de las lógicas limitaciones históricas, dentro de la categoría de ejércitos más o menos profesionalizados que sienten como suya la responsabilidad última de la seguridad de la patria.

---

<sup>1</sup> Artículo 8, Constitución española.

Sin embargo, esa misma responsabilidad ha llevado siempre a los militares a explorar los límites de la tecnología, y los de las artes y las ciencias, para adoptar en cada momento histórico la estructura y los medios que podían resultar más eficaces para cumplir su misión. El arte de la guerra consiste en vislumbrar cuáles serán esta estructura, estos medios y estos procedimientos cuando llegue el momento de librar la siguiente batalla. Una aproximación burocratizada a lo bélico se limitaría —y se limita, en algunos tristes casos que la historia guarda como lección— a comprender el resultado de la anterior contienda y estar en condiciones de reproducirlo, o no, si se repitiesen las mismas circunstancias.

La historia es gran maestra y, como tal, obliga al alumno aventajado a extraer conclusiones de las lecciones que enseña, no a memorizarlas y congelarlas en el intelecto. Ganar la siguiente guerra —y no la anterior.

Hablaba de los medios más eficaces, no de los más eficientes, para cumplir con la misión impuesta. La sociedad puede —debe— buscar la mejor relación coste-beneficio en su apuesta diaria. Sus estructuras tienen que estar basadas en los cálculos del crecimiento que sea sostenible a largo plazo. Al mismo tiempo, tiene que estar preparada para mitigar los riesgos y amenazas, pero la tendencia sigue siendo a considerar la seguridad como un coste que reduce los márgenes de la eficiencia. En eso consiste construir, en avanzar lo más rápido que se pueda controlando el riesgo de que esa velocidad termine por hacer colapsar el sistema.

Por eso, la economía y la sociedad en su conjunto atraviesan por crisis que echan por tierra todo aquel trabajo que se había hecho desafiando los márgenes aceptables. En el mundo cada vez más competitivo de una sociedad global, la gestión acertada del riesgo es determinante para la supervivencia de los mejor adaptados<sup>2</sup>. (Para los más escépticos, es posible que la economía deje de ser global durante un tiempo en la medida que lo era, pero la sociedad mantendrá su conectividad global, a pesar de todo).

La actual crisis derivada de la pandemia de la COVID-19 muestra a las claras las costuras abiertas de un sistema llevado más allá de las tolerancias que se habían contemplado como probables. Se ha superado la fase elástica en la que el sistema adapta sus capacidades a la demanda creciente. Una vez que se entra en la fase

---

<sup>2</sup> GÓMEZ DE ÁGREDA, Ángel, *Mundo Orwell. Manual de Supervivencia Para Un Mundo Hiperconectado*. Barcelona: Ariel, 2019.

plástica deja de haber vuelta atrás y toda la estructura se deforma permanentemente. En el momento de escribir estas líneas no había constancia de que se hubiera alcanzado la fase de ruptura en ningún país, pero es previsible que esto ocurra, al menos en regiones todavía en un estado incipiente de desarrollo.

La milicia adapta su estructura también a la consecución de la eficiencia en su día a día. En la parte en que engarza con la sociedad y la Administración, sus organismos están optimizados para sacar el mayor partido posible al siempre magro presupuesto que se le asigna. Magro por la concepción de la seguridad como gasto de la que se ha hablado más arriba. Porque se hace servir de parapeto en lugar de utilizarlo para la protección y la proyección de intereses.

Pero las Fuerzas Armadas, en su función operativa —esto es, cuando actúan en su rol principal como instrumento de la acción del Estado para su propia defensa— alteran su estructura como los juguetes *Transformers* y dejan atrás la orgánica burocrática para focalizarse en la eficacia que se requiere para vencer en el campo de batalla.

Una parte muy significativa de las obras de los militares de referencia de los últimos años se centra, precisamente, en el concepto de *vencer*. Quizás por lo poco concluyente del resultado de muchos conflictos contemporáneos, el militar no quiere olvidar que, cuando las guerras no son de elección, cuando está en juego la supervivencia, solo sirve la victoria.

Y, para obtener la victoria, no es posible contemporizar, ni hacer cálculos sobre retornos de inversiones. La estructura operativa de las Fuerzas Armadas, aquella que no entiende del color del uniforme sino de las capacidades necesarias para el cumplimiento de cada misión, es en la que reside la **esencia de los valores castrenses**.

Conviene explicar aquí que todas las Fuerzas Armadas forman parte de esta estructura cuando la ocasión lo requiere y que, por lo tanto, no hay militares ajenos a esos valores. Son los mismos militares -con esos mismos valores- los que cumplen sus tareas cotidianas con la mayor eficiencia. Luego, sobre una estructura permanente de un tamaño mínimo, los efectivos cambian de papel, de objetivo y de uniforme. Del caqui, el blanco y el gris aviación (ya sé que parece azul, pero esa es su denominación oficial) pasan todos al pixelado de camuflaje aportando cada uno las capacidades adquiridas eficientemente para que sean utilizadas con eficacia.

Cabe deducir de esta dualidad en la estructura de las Fuerzas Armadas una primera característica que deben presentar sus miembros: la **flexibilidad**. Alejados de la tradicional rigidez que se atribuye a los militares, los soldados actuales son tan distintos de esa imagen clásica como lo es su uniforme de camuflaje de aquellos de llamativos colores de siglos pasados.

Esa **transición entre estructuras** se efectúa con absoluta normalidad. Alguna vez he comentado cómo, en el momento de partir hacia una misión internacional, el jefe de un destacamento del Ejército del Aire saluda a todos los miembros del mismo según embarcan para salir de territorio nacional. Salvo en lo que respecta a los jefes de cada uno de los equipos, ese saludo suele ser también de presentación. Cada uno de los soldados estaba trabajando eficientemente en su propia Unidad hasta que llega el momento de despedirse de la familia y cambiar de uniforme para acometer una labor en la que prima la eficacia con otros compañeros, otros jefes y otra misión, aunque generalmente con los mismos cometidos técnicos.

Los equipos se configuran bajo una **autoridad** que no se cuestiona, aunque no sea la natural del destino orgánico. Quizás esta sea una de las características que diferencian al estamento militar de una parte de la sociedad civil actual. No es ya la disciplina ciega, es el respeto a la autoridad y la mutua lealtad. Una autoridad que, no vamos a entrar de nuevo en su definición clásica, va mucho más allá de la que confieren los galones.

El liderazgo en las misiones no consiste en gestionar el trabajo de cada equipo, igual que no se puede esperar que sean los líderes los que nos saquen de las crisis, sino los que faciliten la labor de gestión de cada especialista y coordinen la labor de todos para avanzar en la dirección que, eso sí, deben determinar bajo su exclusiva responsabilidad. El líder marca el camino, no lo desbroza.

Esta concepción del liderazgo es particularmente apropiada para los tiempos presentes marcados por el impacto de las tecnologías. El espíritu de equipo y el trabajo colaborativo han sido siempre señas de identidad de la institución militar. No obstante, en esta época marcada por el carácter reticular que el ciberespacio impregna en estructuras y procedimientos, la cooperación se vuelve clave<sup>3</sup>. El líder no puede ser la clave de bóveda de la organización

<sup>3</sup> IMMICK, Ron, «Networked organisations will become the new normal», *Medium*, 15 de octubre de 2015. Consultado en: <https://medium.com/@ronimmink/networked-organisations-will-become-the-new-normal-96e4d0fa9417> el 14 de mayo de 2020.

simplemente porque los principios básicos de la resiliencia que se precisa en un entorno tan complejo como el actual exigen que no exista esa figura central.

La fortaleza de la organización descansa en el carácter distribuido de los esfuerzos. La red no depende de la resistencia de su eslabón más débil precisamente porque no es una cadena que se extiende en una sola dirección. Cada nodo —o cada nudo, si se quiere visualizar así— proporciona robustez a todos aquellos con los que está conectado al tiempo que establece los necesarios controles de movilidad sobre todos ellos.

El liderazgo se ejerce dentro de las organizaciones del mismo modo que en las redes sociales, mediante la sutil presión para reconducir los esfuerzos en la dirección deseada más que a través de la tracción del grupo hacia el objetivo común. El concepto suele recogerse en el término *nudge* en inglés, ese leve empujón que sugiere el desvío de la dirección general a seguir más que indicar la derrota exacta.

La autoridad, en este entorno, se traduce en consistencia y en flexibilidad al mismo tiempo. En el mantenimiento de los objetivos, pero no necesariamente de la ruta a seguir para alcanzarlos. La comprensión de la complejidad del entorno y la capacidad para ver a través de la misma es la seña de identidad del líder militar. Y, cabría decir, del líder que la sociedad en general requiere en estos momentos.

Este carácter distribuido parece sugerir que, en un momento dado, se podría prescindir de cualquiera de los elementos que lo conforman sin que se resintiese la solidez del conjunto. De hecho, siendo así, una de las lecciones a identificar en los valores militares de las últimas décadas es el equilibrio que se guarda entre la consecución de los objetivos y el mantenimiento de la cohesión. Igual que en una etapa ciclista cronometrada por equipos, el tiempo lo marca el último de los que alcanzan la meta.

Las emergencias de seguridad nacional invitan a sacrificar al individuo a favor del grupo. El bien común se impone sobre el personal, como debe ser. El militar desarrolla ese carácter desde el primer día de su incorporación a filas (el mismo concepto de *fila* indica la subordinación de cada uno de los puntos al resultado final de unirlos a todos). Cuando las filas se entrecruzan en un escenario reticular marcado por la complejidad digital este concepto tiende, no obstante, a matizarse.

En primer lugar, las mismas filas dejan de basar su fortaleza en su densidad para hacerlo en los apoyos mutuos que reciben, de cada uno de los puntos que las conforman a nivel interno, y de las otras filas con las que se entrecruzan. Por otro lado, este entrecruzamiento de las filas —y de las funciones que desarrolla la organización— se produce sobre puntos concretos de individuos que juegan un papel en ambas. Por lo tanto, si bien la fortaleza del conjunto no depende de ningún individuo concreto, la estructura valora permanentemente a cada uno de ellos. El primer objetivo es siempre el mantenimiento de la totalidad de los nodos, de cada uno de los efectivos.

Esta conjugación del bien grupal con el individual no parte de un compañerismo tan personalizado como pudo serlo en otras épocas. No se trata de los compañeros (*hetairoy*) que formaban la guardia de caballería de Alejandro, ni de los *pecétairoy* de la falange, cuyos vínculos se forjaban desde lo personal hacia lo profesional. El siglo XXI no propicia este tipo de relación y la misma estructura de las misiones —ya hemos visto cómo los grupos se conforman en torno a las capacidades que aportan— no da lugar a vínculos personales duraderos. El compañerismo surge ahora de lo profesional y del sentimiento de pertenencia a la misma red.

La tendencia a un mayor individualismo que se observa en la sociedad en general se mitiga, de este modo, aprovechando la misma estructura reticular para fijar la posición del individuo dentro de la estructura sin forzar la pérdida de su individualidad. Si la persona se define en el mundo digital como la intersección de los múltiples planos de sus intereses e interacciones, la relación del militar con sus compañeros se basa en la construcción o la existencia de varios de ellos que sirvan para fijar la referencia individual desde el colectivo.

Es decir, el militar no pierde su individualidad, ya que esta es la base social que le integra como ciudadano, pero basa esa individualidad en unos intereses e interacciones coincidentes con los de su grupo. De este modo, el soldado contribuye a la personalidad de la unidad a la que pertenece y se integra en ella de forma natural.

En resumen, las Fuerzas Armadas del entorno tecnologizado actual se constituyen en una estructura ágil y flexible capaz de actuar eficientemente en sus aspectos logísticos y organizativos, y eficazmente en los operativos. Mantienen su carácter jerarquizado<sup>4</sup>, en

---

<sup>4</sup> BARONE, Marco Giulio, *Artificial Intelligence (AI) and Military Hierarchy*.

el que la responsabilidad permanece atribuida al jefe, pero adoptan un sistema de relaciones basado en la resiliencia y en un sistema reticular de apoyos y contrapesos. Un sistema de relaciones que aprovecha las capacidades individuales de una forma mucho más personalizada y que pretende encauzarlas hacia el esfuerzo general en base a una serie de relaciones cruzadas que se fijan mediante una lealtad mutua y un sentido de pertenencia.

El soldado del siglo XXI necesita asumir un rol mucho más activo que sus equivalentes de otras épocas, fruto de la profesionalización de las Fuerzas Armadas, pero sobre todo de las capacidades que la tecnología pone en manos de cada individuo. El liderazgo tiene que ir asociado a estas características, con una dirección menos férrea, pero con un control cada vez mayor de los parámetros y los resultados obtenidos.

Esto es así porque la coordinación y la optimización de resultados queda, cada vez más, vinculado a sistemas de toma de decisiones basados en algoritmos de inteligencia artificial y a las aportaciones de inmensas bases de datos proporcionados por sensores ubicuos en el campo de batalla, pero también en la retaguardia<sup>5</sup>.

La aparente contradicción entre una mayor autonomía del combatiente individual y un mayor control de todas sus actuaciones y resultados resulta ser, sin embargo, una relación causa-efecto. La centralización de los datos en favor de la alimentación de los sistemas algorítmicos proporciona no solo una mayor visibilidad al comandante sobre todo lo que ocurre en su área de responsabilidad, sino que también estrecha mucho los márgenes de actuación lógica de un soldado con mucha mayor información y visión de conjunto. Los hilos de control se han convertido en ondas de un mando a distancia, si se quiere expresar así, resultan menos intrusivos, pero siguen existiendo.

Paradójicamente, la «niebla de la guerra» de Clausewitz no se ha levantado, sino que ha mutado en su naturaleza. La información disponible sobre cualquier aspecto sobre el que se quiera actuar es mucho mayor, pero también ha disminuido equivalentemente la tolerancia, el margen de error aceptable.

La misma tecnología que incrementa la visibilidad del comandante ayuda también a exponer sus actuaciones ante la opinión pública, no en un plazo de días o meses, sino de forma casi instantánea.

<sup>5</sup> KOSTOPOULOS, Lydia, «The Role of Data in Algorithmic Decision-Making: A Primer» *UNIDIR Resources*, 2019, [www.unidir.org](http://www.unidir.org).

Es más, a los efectos del impacto cinético de los proyectiles hay siempre que añadir los del impacto mediático que provocan. Estos serán sumatorios o podrían anular —si no llegar a ser contraproducentes— los conseguidos con la acción tradicional. El número de frentes de la contienda se ha incrementado, así como su tempo y alcance.

Enlazando este último aspecto con el carácter reticular de los equipos y unidades se aprecia mejor la relación de apoyos mutuos y la de contrapesos de la que hablábamos. Es cierto que los aspectos legales, mediáticos, socio-psicológicos y demás llevan tiempo estando presentes en el desarrollo de las operaciones y de la guerra. La diferencia es que la inmediatez de sus efectos ahora puede afectar directamente a los resultados de la batalla o la acción concreta que se está desarrollando cinéticamente. Por lo tanto, en lo que sería una extensión de la figura del «cabo estratégico» del General Krulak, cada comandante a su nivel se ve en la obligación de tomar en cuenta el conjunto de factores que va a desencadenar su acción.

## **Mundo físico - Mundo digital**

Evidentemente, la moral del colectivo militar está muy relacionada con la ética de sus componentes, del mismo modo que la de la sociedad en general lo está con la de sus Fuerzas Armadas. No obstante, el entorno digital introduce esos factores de máxima individualización y de dependencia de la red que se han visto más arriba. Por lo tanto, la actuación particular de cada soldado va a verse muy influenciada por las características del ciberespacio.

Conviene, por lo tanto, enfatizar cuáles son estas características de lo digital para comprender sus efectos en las percepciones y las emociones humanas. El militar se ve expuesto a las mismas en todos los aspectos de su vida, tanto en la particular y doméstica como en la profesional. La comprensión del entorno es requisito clave para la de sus consecuencias.

Si algo nos ha recordado el confinamiento durante la pandemia de la COVID-19 es la dependencia que hemos desarrollado como sociedad y como individuos de la tecnología digital. Encerrados en los domicilios y privados de percepciones de primera mano de lo que estaba ocurriendo fuera de ellos, la práctica totalidad de los estímulos y las informaciones han estado llegando a través de pantallas. Es evidente que el entorno altera los comportamientos y las

actitudes, por lo que este cambio de escenario tiene que afectar-nos también necesariamente como personas y como profesionales.

Entre las principales características del mundo digital estaría la asimetría. Las informaciones que, como decíamos, nos llegan a través de las pantallas —y de las plataformas cuyos algoritmos las seleccionan para cada uno de nosotros— están escogidas o, en ocasiones, construidas en función de los datos que han obtenido sobre los usuarios. No obstante, mientras que nuestros datos fluyen sin filtrar hacia las bases de datos de las plataformas, la información que nos proporcionan sí está filtrada y sesgada.

Se impone ante esta doble realidad la necesidad de, por un lado, proteger en lo posible los datos personales y profesionales que se proporcionan a las plataformas proveedoras de servicios digitales<sup>6</sup>. El caso Strava, en el que la publicación de la geolocalización de las pulseras de actividad de militares de varios países comprometió la seguridad de las operaciones, es solo un ejemplo de los riesgos asociados a los datos mismos<sup>7</sup>. No obstante, el verdadero problema pueden ser los efectos sobre las percepciones, las emociones y, finalmente, los valores.

La exposición digital asociada a la utilización de dispositivos dotados de multitud de sensores —como los teléfonos móviles— incrementa las vulnerabilidades cognitivas y emocionales de los ciudadanos y de los soldados<sup>8</sup>. No existen antídotos simples para mitigar sus efectos más allá de la formación y el espíritu crítico.

En este entorno hiperconectado no cabe confiar en una protección colectiva frente a estas nuevas amenazas. Cada miembro de

---

<sup>6</sup> GÓMEZ-BARROSO, J. L., FEIJOO, C., F. MARTÍNEZ, D. (2017). «Política antes que regulación: la protección de la información personal en la era del *big data*». *Economía Industrial*, 405, 113-119. [https://www.mincotur.gob.es/Publicaciones/Publicacionesperiodicas/EconomiaIndustrial/RevistaEconomiaIndustrial/405/GÓMEZ, FEIJOO Y F. MARTÍNEZ.pdf](https://www.mincotur.gob.es/Publicaciones/Publicacionesperiodicas/EconomiaIndustrial/RevistaEconomiaIndustrial/405/GÓMEZ,_FEIJOO_Y_F._MARTÍNEZ.pdf).

<sup>7</sup> La decisión sobre la utilización o no de las tecnologías digitales debe hacerse valorando su utilidad, pero conociendo sus riesgos. El uso de sistemas de mensajería instantánea, como WhatsApp, puede estar justificado cuando la coordinación de acciones puntuales no comprometa una información sensible para el futuro. Comprender los tempos de las operaciones cibernéticas es, por lo tanto, clave a la hora de decantarse o no por su empleo. El mismo comandante del Mando de Operaciones discute el tema en relación con la Operación Balmis en: LÓPEZ DEL POZO, Fernando, «Lo bueno de lo malo», *Revista Española de Defensa*, mayo 2020. <https://www.defensa.gob.es/Galerias/gabinete/red/2020/05/RED372.pdf>.

<sup>8</sup> ANDREW LEWIS, James, «Cognitive Effect and State Conflict in Cyberspace» September 2018, <https://www.csis.org/analysis/cognitive-effect-and-state-conflict-cyberspace>.

la unidad se ve requerido a asumir una parte significativa de su protección, aquella que tiene que ver con los contenidos que comparte directamente con su —normalmente muy amplia— red de contactos. Tanto el mayor conocimiento que agentes terceros tienen sobre cada uno como la explotación del mismo para la generación de desinformación y falsas noticias exigen una mayor asunción de responsabilidades corporativas por parte de cada miembro del equipo<sup>9</sup>.

Se puede hablar, por lo tanto, de una doble responsabilidad de cada soldado —y cada ciudadano en general— respecto de la privacidad y de la seguridad. Más allá de la propia en relación con las consecuencias de la exposición de los datos para uno mismo a nivel individual, hay que considerar el impacto que esa misma mengua de privacidad puede tener en la seguridad grupal. El engrosamiento de las bases de datos y una multitud puede producir con exfiltraciones masivas de los mismos o por acumulación de negligencias o indiscreciones individuales. El resultado, en cualquiera de los dos casos, es similar: un mayor conocimiento de nuestras vulnerabilidades por parte de un adversario capaz de recopilar y entrecruzar bases de datos como nunca antes<sup>10</sup>.

Cabría considerar la posibilidad de aislar forzosamente a los individuos del entorno digital para preservar la cohesión y la seguridad del conjunto. Esa opción se ha barajado para el personal en operaciones y se ha adoptado en un determinado número de ellas. No obstante, con carácter general, no se trata de una alternativa viable de forma permanente, ya que disocia al ciudadano del militar y priva a ambos de herramientas fundamentales para el desarrollo de su vida social y profesional.

Se introduce, por lo tanto, la necesidad de fomentar la discreción —que no la invisibilidad— respecto de la información que se comparte voluntaria o automáticamente, y el espíritu crítico respecto de la que se recibe o se percibe. Siendo estas características de gran importancia para cualquier ciudadano, lo son tanto más para los militares por la criticidad de las acciones que llevan a cabo y porque, muchas veces, deberán tomar las decisiones sin contar con el beneficio de un apoyo adecuado y con premura de tiempo.

<sup>9</sup> GÓMEZ DE ÁGREDA, Ángel, «Falsas Noticias, No Noticias Falsas | Telos Fundación Telefónica» *TELOS*, 2018, <https://telos.fundaciontelefonica.com/telos-109-asuntos-de-comunicacion-falsas-noticias-no-noticias-falsas/>.

<sup>10</sup> LOEWE, Daniel et al., «La Gestión Ética de Los Datos», Marzo 2019, <https://doi.org/10.18235/0001623>.

Los viejos carteles de tiempos de guerra alertando sobre la ubicuidad de los oídos de espías enemigos adquieren vigencia universal y permanente, tanto más cuando a los oídos se han añadido ojos electrónicos que todo lo ven y graban desde multitud de dispositivos. El cambio en los modos de hacer la guerra y, sobre todo, en los tiempos necesarios para la transición entre los distintos estados, la capacidad para acumular y actualizar los datos relevantes en todo momento, y la volatilidad de las relaciones internacionales obligan a un permanente estado de alarma respecto de las informaciones y datos que se exponen sin las debidas garantías de protección<sup>11</sup>.

Los valores militares han sido siempre de aplicación a los periodos de conflicto y a los relativamente pacíficos —y así lo han explicitado las ordenanzas de cada época—, pero ahora adquieren la categoría de universales en el tiempo no solo para los militares profesionales, sino para la población en general. La guerra hace tiempo que dejó de estar restringida al campo de batalla o al periodo concreto de confrontación, pero ahora el papel de los aspectos e instrumentos no estrictamente bélicos se ha magnificado implicando a todos y a cada uno de los ciudadanos.

La guerra transitó hasta estar entre la gente, concepto que se corresponde con la campaña de Kosovo en la que se resucitaron barbaries olvidadas en la vieja Europa. Entre la gente se desarrollan también los atentados terroristas, especialmente los de nuevo cuño en los que lobos solitarios actúan blandiendo cuchillos de cocina o alterando la vida en mercados y calles comerciales. El ciudadano pasa de tener una sensación de seguridad basada en la familiaridad del entorno y en el anonimato de la masa a tener una de inseguridad por defecto. La misma masa se convierte en una fuente de sospecha permanente.

No deberíamos olvidar las lecciones de ese tipo guerra volviendo a descartar —como se hizo en el periodo inmediatamente anterior a que se desencadenase— la posibilidad de su recidiva. La aparición de nuevos tipos de conflicto, de nuevas técnicas, tácticas y procedimientos, o de nuevo armamento, jamás ha anulado completamente el recurso a todos los anteriores. Es preciso mantener vivos en nuestros códigos éticos los criterios de respuesta ante los desafíos que impone este tipo de barbarie.

---

<sup>11</sup> STRATFOR, «How the U . S . -China Power Competition Is Shaping the Future of AI Ethics» *Stratfor*, no. 512 (2018): 2-5, <https://anticorruptiondigest.com/anti-corruption-news/2018/10/19/how-the-u-s-china-power-competition-is-shaping-the-future-of-ai-ethics/#axzz5bTUSQbLR>.

El conflicto a nivel de potencias, sin embargo, a pesar de no desaprovechar los procedimientos y los efectos de estas tácticas asimétricas, se desarrolla ahora principalmente en la llamada *zona gris*. No es guerra en el sentido jurídico, ni lo es según los estándares de recuento de bajas a que estábamos acostumbrados. No se declara y, por lo tanto, no hay un umbral claro de tránsito en el que la violencia pase a ser lícita. Ni siquiera implica una animadversión absoluta porque se asienta sobre lo sutil, sobre la influencia más que sobre la imposición, sobre el estímulo más que sobre la presión, sobre la disuasión más que sobre la defensa perimétrica.

La guerra del siglo *xxi* tiene componentes muy variados que el soldado precisa comprender en función de su nivel de responsabilidad. Factores económicos, sociológicos, energéticos, incluso de sostenibilidad medioambiental, pueden ser utilizados como herramientas de presión. Por lo tanto, cobra tanto más sentido la transición hacia segundos tramos de carrera que se viene llevando a cabo desde hace años y en los que los escalones superiores van adquiriendo una visión más transversal de la amenaza de los posibles mecanismos de respuesta. El militar, como apuntábamos más arriba, tiene que basar su fuerza en la flexibilidad y en la agilidad de su juicio.

Pero decimos también que la guerra, habiendo abandonado el frente como su principal escenario, se ha trasladado al interior de la población, del ciudadano. La guerra actual tiene lugar en la gente<sup>12</sup>. Y casi nunca apelando a la razón, sino a las emociones. Emociones, eso sí, configuradas en torno a las percepciones que se adquieren, y al esquema lógico y moral con el que se juzgan. De ahí que la formación académica y la formación en valores del combatiente —y hay que entender que toda la población lo es en cierta medida— es la clave para mantener la independencia de juicio y la libertad de acción.

No es probable que se pueda contrarrestar la amenaza procedente, por ejemplo, de la desinformación. Sin embargo, sí se puede avanzar en la creación de una población dotada con un juicio crítico y una consciencia suficiente de la situación como para mitigar los efectos que pudiera tener el ataque<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> GÓMEZ DE ÁGREDA, Ángel, «La Guerra En La Gente» *IEEE.ES*, no. 14 (2019): 1-14, [http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs\\_opinion/2019/DIEEEO14\\_2019ANG-GOM-GuerraGente.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2019/DIEEEO14_2019ANG-GOM-GuerraGente.pdf).

<sup>13</sup> MORALES, Samuel, «Guerra Informativa: Llenar La Información de Desinformación» *Documento de Opinión IEEE 45/2019*, 2019, 1-25.

De igual modo, la capacidad para entender las agresiones híbridas como tales más allá del impacto inmediato que puedan tener sobre la economía o los sistemas informáticos, por ejemplo, debería facilitar la creación de una conciencia social respecto de la verdadera situación de cooperación competitiva en la que vivimos permanentemente.

El estado del bienestar y las promesas de la digitalización y la robótica han generado expectativas poco realistas respecto de la invulnerabilidad de los sistemas de gobierno y las relaciones sociales en Occidente. Expectativas que también se vivieron respecto del «fin de la historia» o de la generación de los «dividendos de la paz» cuando la caída del muro de Berlín y la disgregación de la Unión Soviética nos presentaron una ilusión de estabilidad que se contradice con el carácter mismo de la historia.

## **Ética de un campo de batalla híbrido hombre-máquina**

La digitalización y la robótica, decíamos, han generado expectativas. Pero también han introducido nuevos parámetros que tenemos que contemplar en la determinación de qué es un arma y de los límites en su utilización.

Para ello, tendremos que partir de la definición de lo que es la guerra, un concepto que permanece siendo válido por mucho que haya que hacer un esfuerzo de adaptación de los criterios con los que venía midiéndose hasta ahora a la nueva realidad mixta física-digital.

Tendremos que revisar también los principios del Derecho Internacional Humanitario y del Derecho de los Conflictos Armados. Este esfuerzo ya ha sido abordado en numerosas ocasiones, la más notable, probablemente, en la elaboración de las dos versiones del Manual de Tallin<sup>14</sup>. Aunque centrado en la ciberguerra y las ciberoperaciones, los temas que trata son comunes a la práctica totalidad de los nuevos entornos de la guerra tecnológica. A pesar de ser escéptico respecto de sus conclusiones, tiene el valor de ser de los primeros manuales que pretende abordar los aspectos jurídicos del ciberespacio en el ámbito del conflicto internacional.

En las siguientes páginas vamos a repasar muchos de esos conceptos desde la luz de la ética, más que del derecho. El militar no

---

<sup>14</sup> <https://ccdcoe.org/research/tallinn-manual/>.

debería alterar sus valores drásticamente para adaptarlos al nuevo entorno, pero sí debería tener criterio para adaptarlos a los efectos reales que la tecnología provoca en las relaciones personales, sociales y políticas —y, por lo tanto, bélicas.

Desde luego, porque afectan a factores tan relevantes como la dignidad humana, pero también porque no existe discontinuidad alguna entre las operaciones llevadas a cabo en entornos como el ciberespacial o el económico y aquellas que emplean directamente medios cinéticos para la resolución del conflicto. Aunque no siempre reflejado directamente en la doctrina, las experiencias que estamos teniendo de respuestas ante agresiones asimétricas es que no siempre tienen que mantenerse dentro del mismo entorno para seguir manteniendo la proporcionalidad.

Resultaría poco adecuado responder, por ejemplo, a un ataque cibernético contra las infraestructuras críticas de un país desarrollado con otro similar si el país atacante no tuviese la misma dependencia de las redes. La proporcionalidad no solo no implica necesariamente simetría, sino que, en muchos casos, implica forzosamente una asimetría en los medios y los fines a alcanzar<sup>15</sup>.

La inteligencia artificial y la robótica introducen, por sí mismos, el desafío más importante que deberán afrontar los militares desde el punto de vista ético —y jurídico— durante los próximos años y décadas<sup>16</sup>. De hecho, el reto no resulta tampoco especialmente diferente del que experimentarán los usuarios civiles de estas tecnologías, especialmente en lo que respecta a la preservación de la autonomía humana. En efecto, el problema no será tanto el grado de autonomía que se pueda llegar a conceder a las máquinas como el remanente que permanezca en poder de los humanos.

Como veremos, el problema va mucho más allá de la decisión de quién o qué decide apretar un gatillo o desencadenar un procedimiento. Abarca la totalidad del proceso de toma de decisiones,

<sup>15</sup> Corea del Norte efectuó, por ejemplo, un ataque informático contra Sony Pictures que pretendía disuadir a la compañía japonesa de llevar a las pantallas la película *The Interview*, en la cual se parodiaba al presidente Kim. La asimetría se produjo también en cuanto a que un actor estatal agredía a una compañía privada, completándose la paradoja cuando Estados Unidos asumió la defensa de Sony a pesar de no ser una compañía estadounidense. Israel también respondió a ataques cibernéticos de la organización Hamás con fuerza cinética —bombardeando el edificio del que habían partido las agresiones.

<sup>16</sup> GÓMEZ DE ÁGREDA, Ángel et al., «Usos Militares de La Inteligencia Artificial, La Automatización y La Robótica (IAA&R)», *IEEE.es*, no. Ccdc (2019): 1-158, <http://www.ieee.es/contenido/noticias/2019/11/DIEET04-2019InteligenciaRobotica.html>.

desde la percepción de la realidad hasta la acción propiamente dicha. Tampoco se limita al campo de los sistemas de armas autónomos letales (SALAS) y a la actividad propiamente operativa —muy controvertida entre la población—<sup>17</sup>, sino que se traslada principalmente a los campos de la gestión y la logística, de los procesos de selección y la priorización de actividades<sup>18</sup>.

La inteligencia artificial y la robótica van a permear en todos los campos de actividad militar, y en muchos casos se van a solapar con los estudios éticos relativos a sistemas civiles<sup>19</sup>. Por ejemplo, la conducción autónoma de vehículos apenas si presenta diferencias entre que este sea un automóvil particular pintado de rojo o un vehículo militar camuflado. Las decisiones éticas que se vayan tomando en ambos entornos influirán, naturalmente, en las del otro.

La principal diferencia entre la actividad de ambos vehículos no vendrá dada por su carácter civil o militar, sino por el escenario en el que desarrollen su actividad. Nos encontramos ante una situación similar a la de la aviación y las reglas que le son aplicables en espacios aéreos segregados —aquellos delimitados para uso exclusivo de aeronaves operativas— y espacios aéreos abiertos al tráfico civil. Resulta obvio que la segmentación tendrá que aplicarse también a la lógica de la toma de decisiones del armamento autónomo cuando sus algoritmos deban separarse de las restricciones que se apliquen a la inteligencia artificial general.

En este campo hay un experimento muy interesante que puede ayudarnos a entender la complejidad de la gestión de los algoritmos de la inteligencia artificial, incluso cuando no hay armamento implicado. El Instituto de Tecnología de Massachussets (MIT) plantea una suerte de encuesta en la que el visitante asume el rol del sistema de algoritmos que tiene que decidir las actuaciones de un vehículo autónomo que se encuentra en distintas situaciones en las que no resulta posible no ocasionar alguna víctima<sup>20</sup>.

<sup>17</sup> Campaign to Stop Killer Robots Robots, «Campaign to Stop Killer Robots» Campaign to Stop Killer Robots, 2018, <https://www.stopkillerrobots.org/>.

<sup>18</sup> HOROWITZ, Michael C, «The Promise and Peril of Military Applications of Artificial Intelligence,» *Thebulletin.Org*, 2018, 1-8, <https://thebulletin.org/2018/04/the-promise-and-peril-of-military-applications-of-artificial->

<sup>19</sup> JOHNSON, James, «Artificial Intelligence & Future Warfare: Implications for International Security» *Defense and Security Analysis* 35, no. 2 (April 3, 2019): 147-69, <https://doi.org/10.1080/14751798.2019.1600800>.

<sup>20</sup> <http://moralmachine.mit.edu/hl/es>

A lo largo de una serie de escenarios, el espectador tiene que decidir quién o quiénes serán las víctimas. Se plantean disyuntivas en función de la edad, el género, la especie y la legalidad de las acciones que están teniendo lugar. Los escenarios son limitados y no pretenden responder siquiera a todas las situaciones previsibles. A pesar de todo, una vez completado el cuestionario, cuando se visita la página que presenta resumidas las decisiones adoptadas y la interpretación que hace el algoritmo, el visitante suele experimentar un sentimiento de incomodidad y de inconformidad.

Resulta evidente que no es lo mismo adoptar una decisión, por dolorosa que sea, en unas circunstancias concretas —y con unos datos y tiempo acotados— que extrapolar una regla general que vaya a ser aplicable a todos los casos. Tampoco se aprecia de igual modo el accidente ocasionado por una distracción o negligencia que la sentencia predeterminada por la programación que se introdujo tiempo atrás<sup>21</sup>.

Este concepto, que se aprecia de forma muy evidente cuando hablamos de la movilidad, se extiende mucho más allá y nos devuelve a los paradigmas de la eficiencia y la eficacia que hemos tratado más arriba. La actuación de los SALAS deberá estar sujeta a una serie de limitaciones que garanticen el control humano sobre ellos o, al menos, que limiten espacial o temporalmente, o en alguna otra manera, el alcance no supervisado de sus acciones<sup>22</sup>.

Ya se están empleando sistemas autónomos defensivos. Hay algunos modelos de defensa aérea que requieren de la rapidez de reflejos del silicio para resultar eficaces ante una agresión. También hay sistemas de ataque que permanecen largos periodos de tiempo en espera hasta que se presenta la ocasión de neutralizar un sistema enemigo.

¿Cómo podemos garantizar que estos sistemas permanecen obedientes al mandato recibido? La respuesta requiere de una explicación larga, pero incluye el concepto de la segregación espacial, temporal o cualitativa<sup>23</sup>.

Cabe recordar en este punto que la responsabilidad sobre la utilización de este tipo de armamento no está, en este momento, cla-

<sup>21</sup> JARVIS THOMSON, Judith, «The Trolley Problem», *Yale Law Journal* 94 (1984), <https://heinonline.org/HOL/Page?handle=hein.journals/ylr94&id=1415&div=&collection=>.

<sup>22</sup> SHARKEY, Noel, «Towards a Principle for the Human Supervisory Control of Robot Weapons» *Politica & Società* 36, no. 2 (2014): 1-16, <http://www.rivisteweb.it/download/article/10.4476/77105>.

<sup>23</sup> TADDEO, Mariarosaria; FLORIDI, Luciano, «How AI Can Be a Force for Good», *Science* 361, no. 6404 (2018): 751-52, <https://doi.org/10.1126/science.aat5991>.

ramente definida. Resulta evidente que, desde un punto de vista lógico, esta responsabilidad recae, al menos parcialmente, en los distintos diseñadores que intervienen en la definición del sistema, en los ensambladores que convierten cada subsistema en un arma, en los responsables políticos y militares que asumen la decisión de emplear este tipo de armamento y en el operador final del mismo, entendido por tal a la persona que activa el sistema de armas o que desactiva el control manual sobre la misma.

Se trata, por lo tanto, de una responsabilidad compartida, pero que algunos estudios pretenden asignar de forma casi exclusiva al operador, es decir, al militar sobre el terreno encargado de desplegarla. Si hablamos de responsabilidad, lo estamos haciendo desde el ámbito jurídico. No obstante, con independencia de quién pueda ser procesado por un uso ilícito de estas armas, permanece siempre el aspecto ético asociado a su utilización o a la omisión de su utilización, en tanto que esta decisión priva a las fuerzas propias de una ventaja táctica importante (aunque quizás no necesaria y, por lo tanto, en el límite de los principios legales)<sup>24</sup>.

Debemos, por lo tanto, decidir sobre los mecanismos que permitirían utilizar SALAS de un modo compatible con el derecho y con los principios éticos. Un sistema de defensa aérea fijo y con alcance únicamente dentro de un espacio prohibido y al tráfico civil podría asumir que cualquier blanco potencial que penetrase dentro de su área de responsabilidad sería un objetivo legítimo cuando la instalación protegida justificase, en cualquier caso, el uso de la fuerza contra un agresor. Sería el equivalente a un campo minado perfectamente señalizado y vallado para proteger unas instalaciones críticas.

De hecho, las minas antipersona se presentan a menudo en los estudios académicos como un equivalente simple y sencillo de sistema «autónomo»<sup>25</sup>. Aunque, evidentemente, limitadas en cuanto a su movilidad, su permanencia en el tiempo puede prolongarse mucho más allá del momento en que hayan cumplido la función militar para la que fueron desplegadas. La prohibición de este tipo de armamento deriva, precisamente, de esta característica compartida potencialmente con futuros sistemas de armas ilustrando

<sup>24</sup> LARK, Martin, «The Future of Killing: Ethical and Legal Implications of Fully Autonomous Weapon Systems» *Salus Journal* 5, no. 1 (2017): 62-73.

<sup>25</sup> GUBRUD, Mark A., «The Ottawa Definition of Landmines as a Start to Defining LAWS», *Convention on Conventional Weapons Group of Governmental Experts Meeting on Lethal Autonomous Weapons Systems*, no. April (2018).

la inconsistencia de no tener en cuenta en su desarrollo lecciones pretéritas.

Si el mismo sistema de defensa aérea del ejemplo anterior es capaz de discriminar blancos que vuelan a más de cinco veces la velocidad del sonido y maniobran a más de 12 G, la probabilidad de que el blanco sea tripulado se reduce drásticamente. En este caso, no solo estamos preservando la vida de posibles víctimas inocentes, sino que estamos permitiendo que un operador humano sea el que asume la decisión de acometer un blanco que puede tener humanos a bordo.

Igualmente, un dron armado autónomo cuya batería tenga una duración útil de una hora podría escaparse al control de su operador, pero el alcance de sus daños estaría limitado en el tiempo. Soluciones imperfectas... que son las que podemos esperar.

La Convención para la prohibición o las restricciones a ciertas armas que puedan ser consideradas como excesivamente dañinas o tener efectos indiscriminados (nombre que se suele resumir con el acrónimo CCW) lleva años reuniéndose semestralmente en su sede de Naciones Unidas en Ginebra en un formato *ad hoc* para el tratamiento de los SALAS<sup>26</sup>. Los avances siguen siendo escasos y las perspectivas de llegar siquiera a una definición de SALAS o de autonomía no son nada halagüeñas.

No cabe esperar guías claras sobre la utilización de SALAS de forma inminente. Quedará, por lo tanto, asumir las decisiones basándose en los valores éticos y en los principios de Derecho Internacional Humanitario de proporcionalidad, distinción y necesidad militar<sup>27</sup>.

Hemos hablado brevemente ya de la necesidad cuando mencionamos el ejemplo del sistema de defensa aérea y los márgenes de autonomía que se le podían conceder en función de unos parámetros objetivos y la criticidad del blanco a defender. ¿Cabe pensar en distintos grados de autonomía para distintas urgencias? ¿Habría que eliminar la supervisión humana cuando el retardo introducido en la reacción pusiese en peligro al defensor? ¿Y cuando la ventana de oportunidad para el ataque pueda verse comprometida?

<sup>26</sup> CCW, «Emerging Commonalities, Conclusions and Recommendations» 2018 Meeting of the High Contracting Parties to the CCW, no. August (2018): 1-5, [https://www.unog.ch/80256EDD006B8954/\(httpAssets\)/EB4EC9367D3B63B-1C12582FD0057A9A4/\\$file/GGE+LAWS+August\\_EC,+C+and+Rs\\_final.pdf](https://www.unog.ch/80256EDD006B8954/(httpAssets)/EB4EC9367D3B63B-1C12582FD0057A9A4/$file/GGE+LAWS+August_EC,+C+and+Rs_final.pdf).

<sup>27</sup> BURRI, Thomas, «International Law and Artificial Intelligence» 3060191, no. October (2017): 1-21.

En la tabla puede verse una diferenciación por niveles de autonomía en función de la participación humana en el proceso de *targetting*<sup>28</sup>. El ataque como tal se asigna siempre al sistema de armas autónomo (LAWS, en inglés), mientras que el humano va limitando su participación en la identificación, selección y aprobación (o el tiempo disponible para hacerlo) en cada una de las posibilidades. La opción número 5 correspondería a un sistema completamente autónomo en el que el operador no podría intervenir.

	IDENTIFICACIÓN	SELECCIÓN	APROBACIÓN	ATAQUE
1	Humana	Humana	Humana	LAWS
2	LAWS	Humana	Humana	LAWS
3	LAWS	LAWS	Humana	LAWS
4	LAWS	LAWS	Humana (tiempo)	LAWS
5	LAWS	LAWS	LAWS	LAWS

La opción 1 sería un misil del tipo *fire-forget* de uso habitual en la actualidad. A partir de la opción número 3 las posibilidades que se abren para el operador empiezan a verse restringidas. Es, obviamente, diferente si el humano tiene/puede elegir entre una docena de posibilidades, entre solo dos o tres, o si se ve limitado a decidir si tiene lugar el ataque con o sin tiempo límite para hacerlo.

¿Es capaz un algoritmo de discriminar al civil del militar? ¿Puede apreciar si sigue estando en condiciones de combatir y, por lo tanto, es un blanco legítimo? El principio de distinción ya es lo suficientemente complejo en el entorno bélico irregular actual de «hombrecillos verdes» o terroristas como para pretender que un algoritmo pueda tomar en consideración todos los factores. Y, de nuevo, no es lo mismo un error de juicio de un soldado en el fragor de la batalla que un error de programación de un algoritmo que se ha enviado al frente sin la presión del tiempo o del entorno.

La proporcionalidad parece un reto todavía más difícil de alcanzar para un algoritmo. Su objetivo, para lo que están diseñados, es la optimización de una función<sup>29</sup>. La complejidad de la realidad va

<sup>28</sup> GÓMEZ DE ÁGREDA, Ángel, «Ethics of Autonomous Weapons Systems and Its Applicability to Any AI Systems», *Telecommunications Policy*, no. xxxx (2020): 1-15, <https://doi.org/10.1016/j.telpol.2020.101953>.

<sup>29</sup> SCHARRE, Paul, «A Million Mistakes a Second», *Foreign Policy* Fall (2018): 23-27.

mucho más lejos que las alternativas que se pueden producir en una partida de ajedrez o, incluso, del juego de go. Cualquier soldado sabe que no todo vale para conseguir un objetivo y que no todos los objetivos justifican una acción concreta. Es, en el actual y previsible estado del arte de la ciencia, impensable que un algoritmo pueda hacer esos cálculos.

Mientras que un ser humano puede considerar aceptable un cierto margen de discrecionalidad en un cálculo de coste beneficio sobrevenido, no es probable que una máquina sea capaz de semejante componenda. El algoritmo no puede empatizar ni considerar variables externas que no le hayan sido mostradas.

Fuera del campo de batalla, la inteligencia artificial y el tratamiento masivo de datos pueden, también, optimizar procesos. De hecho, lo más probable es que veamos estos sistemas en nuestros talleres y maestranzas, en nuestros despachos y centros de planeamiento antes de verlos desplegados en el frente. El mismo distanciamiento será preciso para el militar y para el equipo que diseñe, desarrolle, despliegue y opere estos sistemas.

Incluso antes de su introducción en este formato, los algoritmos están ya formando parte de nuestras vidas. Si tomamos la definición clásica de *guerra*, que incluye un enfrentamiento violento que tiene como finalidad hacer prevalecer la voluntad propia sobre la de un adversario, tendremos que concluir que no siempre será necesario que la violencia que se ejerza sea física o cinética<sup>30</sup>.

Algunos sistemas de algoritmos están ya desarrollando esa labor de una forma subrepticia o, al menos, generalmente aceptada. Cuando hablábamos de la asimetría de la información al principio de este capítulo lo hacíamos en relación con los datos que los sistemas informáticos y las plataformas obtienen sobre nosotros. El principal uso de esos datos es la «mejora de la experiencia del producto» o del «cliente». Esto se consigue priorizando aquellos contenidos que la plataforma considera más relevantes.

Los buscadores presentan los resultados en función de un motor de búsqueda (SEO, *search engine optimization*) que tiene en cuenta quiénes somos y una multitud de otros datos. Algunos disponen también de un motor de búsqueda de marketing (SEM) que recopilará aquella publicidad que sea más relevante para nuestro

<sup>30</sup> GÓMEZ DE ÁGREDA, Ángel, «Vencer Convenciendo o, Si Es Preciso, Combatiendo», *TELOS*, no. 109 (2018), <https://telos.fundaciontelefonica.com/una-nueva-doctrina-para-la-guerra-del-siglo-xxi-vencer-convenciendo-o-si-es-preciso-combatiendo/>.

estado de ánimo y situación presente. El mundo que vemos, por lo tanto, está distorsionado por la información que nos sirven buscadores y redes sociales.

Nuestra creciente dependencia y confianza en estos dispositivos —ya sea en los teléfonos móviles, en los ordenadores o en los asistentes digitales—<sup>31</sup> nos somete al relato que quieren ofrecernos y subordina nuestra libertad a su buena voluntad<sup>32</sup>. Quizás no sea necesario en muchos casos recurrir a la violencia o a la amenaza de ejercerla porque la voluntad ya haya sido configurada a la medida de las necesidades del agresor<sup>33</sup>.

Los algoritmos, conviene recordar, tienen en casi todas las ocasiones una posibilidad de uso dual, para la guerra y para la paz, para la publicidad y para la propaganda, para el bien y para el mal. Un sistema de armas o un sistema industrial incluyen docenas de sistemas de algoritmos que son reutilizables como piezas para fines no previstos inicialmente. Algoritmos que, por otro lado, son susceptibles —como todos los programas informáticos— a interferencias e injerencias por parte de actores externos<sup>34</sup>.

Pretender aplicar los principios éticos únicamente en la fase de empleo de los sistemas adolece de una falta de visión integral de lo que suponen estos programas. La seguridad empieza en las mesas de diseño (o en sus equivalentes digitales) y la responsabilidad tiene que acompañar la totalidad del proceso<sup>35</sup>.

Se está pretendiendo, en muchos casos, descargar la responsabilidad de las decisiones y de los actos en los algoritmos<sup>36</sup>. Se hace

<sup>31</sup> ALVES DE LIMA SALGE, Carolina; BERENTE, Nicholas, «Is That Social Bot Behaving Unethically?» *Communications of the ACM* 60, no. 9 (2017), <https://doi.org/10.1145/3126492>.

<sup>32</sup> MARR, Bernard, «What Is Affective Computing And How Could Emotional Machines Change Our Lives?» *Forbes*, 2016, <https://www.forbes.com/sites/bernardmarr/2016/05/13/what-is-affective-computing-and-how-could-emotional-machines-change-our-lives/#241e2f84e580>.

<sup>33</sup> SCHARRE, Paul, «Killer Apps: The Real Dangers of an AI Arms Race» *Foreign Affairs*, no. June (2019): 135-45, <https://www.foreignaffairs.com/articles/2019-04-16/killer-apps>.

<sup>34</sup> KNIGHT, Will, «Military Artificial Intelligence Can Be Easily and Dangerously Fooled» *MIT Technology Review*, 2019, 1-8.

<sup>35</sup> MANDERS-HUITS, Noëmi, «What Values in Design? The Challenge of Incorporating Moral Values into Design», *Science and Engineering Ethics* 17, no. 2 (June 2011): 271-87, <https://doi.org/10.1007/s11948-010-9198-2>.

<sup>36</sup> GUNKEL, David J., «Mind the Gap: Responsible Robotics and the Problem of Responsibility», *Ethics and Information Technology*, 2017, <https://doi.org/10.1007/s10676-017-9428-2>.

en los juzgados que emplean sistemas de inteligencia artificial para determinar la probabilidad de reincidencia y en un número creciente de actividades. La descarga de la responsabilidad lo es también de la libertad y del poder. Dejando a un lado la posibilidad de interferencias ilícitas en los sistemas, el peligro está ya simplemente en la pérdida de autonomía por parte de los humanos al estrecharse el margen de discrecionalidad en sus decisiones.

Igual que los modernos sistemas de armas introducen un cierto distanciamiento entre el atacante y su víctima cuando el proyectil se lanza más allá incluso de la línea del horizonte, del mismo modo la inteligencia artificial puede distanciar emocionalmente la toma de decisiones deshumanizando la desgraciadamente más humana de las actividades: la guerra<sup>37</sup>.

Las más novedosas técnicas de programación de la inteligencia artificial incluyen sistemas de autoaprendizaje (*machine learning* y *deep learning*) que se desvían de la programación introducida manualmente para optimizarse en base a la experiencia que van adquiriendo en procesos adversarios en que la máquina se enfrenta a sí misma millones de veces.

El resultado es un sistema de «cajas negras» opacas al escrutinio de su desarrollador y de las que lo único que se conoce es el resultado estadístico que presentan. La misma agencia del Departamento de Defensa para la investigación (DARPA) ha desarrollado uno de los programas que intentan conseguir la explicabilidad de los algoritmos<sup>38,39</sup>. Conocer el funcionamiento y la forma de razonar de las máquinas debería ser el primer requisito que se le debería exigir a cualquier sistema «inteligente»<sup>40,41</sup>.

<sup>37</sup> KORAC, Srdjan, «Depersonalisation of Killing: Towards a 21st Century Use of Force "Beyond Good and Evil?"», *Filozofija i Društvo* 29, no. 1 (2018): 49-64, <https://doi.org/10.2298/FID1801049K>.

<sup>38</sup> EDWARDS, Lilian; VEALE, Michael, «Enslaving the Algorithm: From a "Right to an Explanation" to a "Right to Better Decisions"?, *IEEE Security and Privacy* 16, no. 3 (2018), <https://doi.org/10.1109/MSP.2018.2701152>.

<sup>39</sup> GUNNING, David; IO, Darpa; AI System, «Explainable Artificial Intelligence (XAI) The Need for Explainable AI,» no. November (2017), <https://doi.org/10.1111/fct.12208>.

<sup>40</sup> M.A. DE GRAAF, Maartje et al., «Explainable Robotic Systems», *Companion of the 2018 ACM/IEEE International Conference on Human-Robot Interaction - HRI '18*, 2018, <https://doi.org/10.1145/3173386.3173568>.

<sup>41</sup> DAVEY, Tucker «Explainable AI: A Discussion with Dan Weld - Future of Life Institute», Future of Life, 2017, <https://futureoflife.org/2017/09/27/explainable-ai-a-discussion-with-dan-weld/>.

El segundo, como hemos visto, es que el operador mantuviese en todo momento un determinado grado de control sobre las decisiones que se adopten<sup>42</sup>. Mantener al ser humano dentro del ciclo de decisión, formando parte activa del mismo, es la primera opción. Mantenerle sobre el ciclo, con capacidad para abortar cualquier desvío de la máquina respecto de su comportamiento deseado es una opción que habrá que barajar en algunos casos. Dejar al operador fuera del ciclo de decisiones es una baza muy arriesgada y que, como hemos visto más arriba, debería venir acompañada por todas las salvaguardas posibles.

Utilizar cualquier desarrollo que sea posible fabricar no parece la actitud más inteligente para los humanos. El avance de la tecnología no es contenible ni tampoco es deseable retrasarlo, ya que viene acompañado de muchas e importantes ventajas. No obstante, cualquier incorporación tecnológica debería venir acompañada de la correspondiente valoración de sus posibles efectos nocivos para el conjunto de la sociedad y para cada uno de los individuos.

Los valores de los militares de la era de la internet no deberían variar en lo fundamental, pero sí saber incorporar el cambio de escenario y a los nuevos personajes si se pretende que el argumento siga siendo el mismo.

La seguridad ya no puede seguir viéndose como un gasto, un lastre ajeno al crecimiento y al bienestar de los ciudadanos. Del mismo modo, el militar ha dejado de ser ese instrumento necesario pero indeseable de una sociedad que prefería no verle como una parte de sí misma. La defensa en el mundo hiperconectado del siglo XXI concierne al conjunto de la red y a los militares aportar unas capacidades específicas dentro de ese conjunto.

## Bibliografía

BURRI, Thomas. «International Law and Artificial Intelligence» 3060191, no. October (2017): 1-21.

Campaign to Stop Killer Robots Robots. «Campaign to Stop Killer Robots.» Campaign to Stop Killer Robots, 2018. <https://www.stopkillerrobots.org/>.

---

<sup>42</sup> SANTONI DE SIO, Filippo; VAN DEN HOVEN, Jeroen, «Meaningful Human Control over Autonomous Systems: A Philosophical Account», *Frontiers in Robotics and AI* 5, no. February (2018): 1-14, <https://doi.org/10.3389/frobt.2018.00015>.

- CCW. «Emerging Commonalities, Conclusions and Recommendations.» *2018 Meeting of the High Contracting Parties to the CCW*, no. August (2018): 1-5. [https://www.unog.ch/80256EDD006B8954/\(httpAssets\)/EB4EC9367D3B63B1C12582FD0057A9A4/\\$file/GGE+LAWS+August\\_EC,+C+and+Rs\\_final.pdf](https://www.unog.ch/80256EDD006B8954/(httpAssets)/EB4EC9367D3B63B1C12582FD0057A9A4/$file/GGE+LAWS+August_EC,+C+and+Rs_final.pdf).
- DAVEY, Tucker. «Explainable AI: A Discussion with Dan Weld - Future of Life Institute.» *Future of Life*, 2017. <https://futureoflife.org/2017/09/27/explainable-ai-a-discussion-with-dan-weld/>.
- EDWARDS, Lilian, VEALE, Michael. «Enslaving the Algorithm: From a “Right to an Explanation” to a “Right to Better Decisions”?» *IEEE Security and Privacy* 16, no. 3 (2018). <https://doi.org/10.1109/MSP.2018.2701152>.
- GIULIO BARONE, Marco. «Artificial Intelligence (AI) and Military Hierarchy,» n.d.
- GÓMEZ-BARROSO, José Luis, Claudio FEIJOO. «Política antes que regulación: la protección de la información personal en la era del Big Data» n.d.
- GÓMEZ DE ÁGREDA, Ángel. «Ethics of Autonomous Weapons Systems and Its Applicability to Any AI Systems.» *Telecommunications Policy*, no. xxxx (2020): 1-15. <https://doi.org/10.1016/j.telpol.2020.101953>.
- «Falsas Noticias, No Noticias Falsas | Telos Fundación Telefónica.» *TELOS*, 2018. <https://telos.fundaciontelefonica.com/telos-109-asuntos-de-comunicacion-falsas-noticias-no-noticias-falsas/>.
- «La Guerra En La Gente.» *IEEE.ES*, no. 14 (2019): 1-14. [http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs\\_opinion/2019/DIEEO14\\_2019ANGGOM-GuerraGente.pdf](http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2019/DIEEO14_2019ANGGOM-GuerraGente.pdf).
- *Mundo Orwell. Manual de Supervivencia Para Un Mundo Hiperconectado*. 1st ed. Barcelona: Ariel, 2019.
- «Vencer Convenciendo o, Si Es Preciso, Combatiendo.» *TELOS*, no. 109 (2018). <https://telos.fundaciontelefonica.com/una-nueva-doctrina-para-la-guerra-del-siglo-xxi-vencer-convenciendo-o-si-es-preciso-combatiendo/>.
- GÓMEZ DE ÁGREDA, Ángel, Inmaculada MOHÍNO HERRANZ, Rocío BARRAGÁN MONTES, Fco. Antonio MARÍN GUTIERREZ, Enrique CUBERIO CABELLO, Jose Luis AZNAR LAHOZ. «Usos Militares de La Inteligencia Artificial , La Automatización y La Robótica (IAA&R).» *IEEE.es*,

- no. Ccdc (2019): 1-158. <http://www.ieee.es/contenido/noticias/2019/11/DIEEET04-2019InteligenciaRobotica.html>.
- GRAAF, Maartje M.A. de, Bertram F. MALLE, Anca DRAGAN, Tom ZIEMKE. «Explainable Robotic Systems.» In *Companion of the 2018 ACM/IEEE International Conference on Human-Robot Interaction - HRI '18*, 2018. <https://doi.org/10.1145/3173386.3173568>.
- GUBRUD, Mark A. «The Ottawa Definition of Landmines as a Start to Defining LAWS.» *Convention on Conventional Weapons Group of Governmental Experts Meeting on Lethal Autonomous Weapons Systems*, no. April (2018).
- GUNKEL, David J. «Mind the Gap: Responsible Robotics and the Problem of Responsibility.» *Ethics and Information Technology*, 2017. <https://doi.org/10.1007/s10676-017-9428-2>.
- GUNNING, David, Darpa Io, A I SYSTEM. «Explainable Artificial Intelligence ( XAI ) The Need for Explainable AI,» no. November (2017). <https://doi.org/10.1111/fct.12208>.
- HOROWITZ, Michael C. «The Promise and Peril of Military Applications of Artificial Intelligence.» *Thebulletin.Org*, 2018, 1-8. <https://thebulletin.org/2018/04/the-promise-and-peril-of-military-applications-of-artificial->.
- IMMICK, Ron. «Networked organisations will become the new normal», *Medium*, 15 de octubre de 2015. Consultado en <https://medium.com/@ronimmink/networked-organisations-will-become-the-new-normal-96e4d0fa9417> el 14 de mayo de 2020).
- JOHNSON, James. «Artificial Intelligence & Future Warfare: Implications for International Security.» *Defense and Security Analysis* 35, no. 2 (April 3, 2019): 147-69. <https://doi.org/10.1080/14751798.2019.1600800>.
- KNIGHT, Will. «Military Artificial Intelligence Can Be Easily and Dangerously Fooled.» *MIT Technology Review*, 2019, 1-8.
- KORAC, Srdjan. «Depersonalisation of Killing: Towards a 21st Century Use of Force "Beyond Good and Evil?"» *Filozofija i Društvo* 29, no. 1 (2018): 49-64. <https://doi.org/10.2298/FID1801049K>.
- KOSTOPOULOS, Lydia. «The Role of Data in Algorithmic Decision-Making: A Primer.» *UNIDIR Resources*, 2019. [www.unidir.org](http://www.unidir.org).
- LARK, Martin. «The Future of Killing: Ethical and Legal Implications of Fully Autonomous Weapon Systems.» *Salus Journal* 5, no. 1 (2017): 62-73.

- LEWIS, James Andrew. «Cognitive Effect and State Conflict in Cyberspace,» no. September (2018). <https://www.csis.org/analysis/cognitive-effect-and-state-conflict-cyberspace>.
- LIMA Salge, Carolina Alves de, Nicholas BERENTE. «Is That Social Bot Behaving Unethically?» *Communications of the ACM* 60, no. 9 (2017). <https://doi.org/10.1145/3126492>.
- LOEWE, Daniel, César BUENADICHA SÁNCHEZ, Gemma GALDÓN, María HERMOSILLA, Daniel LOEWE, Cristina POMBO. «La Gestión Ética de Los Datos,» March 2019. <https://doi.org/10.18235/0001623>.
- LÓPEZ DEL POZO, Fernando, «Lo bueno de lo malo», *Revista Española de Defensa*, mayo 2020, ISSN 1131-5172, <https://www.defensa.gob.es/Galerias/gabinete/red/2020/05/RED372.pdf>
- MANDERS-HUIJS, Noëmi. «What Values in Design? The Challenge of Incorporating Moral Values into Design.» *Science and Engineering Ethics* 17, no. 2 (June 2011): 271-87. <https://doi.org/10.1007/s11948-010-9198-2>.
- MARR, Bernard. «What Is Affective Computing And How Could Emotional Machines Change Our Lives?» *Forbes*, 2016. <https://www.forbes.com/sites/bernardmarr/2016/05/13/what-is-affective-computing-and-how-could-emotional-machines-change-our-lives/#241e2f84e580>.
- MORALES, Samuel. «Guerra Informativa: Llenar La Información de Desinformación.» *Documento de Opinión IEEE* 45/2019, 2019, 1-25.
- SANTONI DE SIO, Filippo, Jeroen VAN DEN HOVEN. «Meaningful Human Control over Autonomous Systems: A Philosophical Account.» *Frontiers in Robotics and AI* 5, no. February (2018): 1-14. <https://doi.org/10.3389/frobt.2018.00015>.
- SCHARRE, Paul. «A Million Mistakes a Second.» *Foreign Policy* Fall (2018): 23-27.
- «Killer Apps: The Real Dangers of an AI Arms Race.» *Foreign Affairs*, no. June (2019): 135-45. <https://www.foreignaffairs.com/articles/2019-04-16/killer-apps>.
- SHARKEY, Noel. «Towards a Principle for the Human Supervisory Control of Robot Weapons.» *Politica & Società* 36, no. 2 (2014): 1-16. <http://www.rivisteweb.it/download/article/10.4476/77105>.
- STRATFOR. «How the U.S. -China Power Competition Is Shaping the Future of AI Ethics.» *Stratfor*, no. 512 (2018): 2-5. <https://>

anticorruptiondigest.com/anti-corruption-news/2018/10/19/how-the-u-s-china-power-competition-is-shaping-the-future-of-ai-ethics/#axzz5bTUSQbLR.

TADDEO, Mariarosaria, Luciano FLORIDI. «How AI Can Be a Force for Good.» *Science* 361, no. 6404 (2018): 751-52. <https://doi.org/10.1126/science.aat5991>.

THOMSON, Judith Jarvis. «The Trolley Problem.» *Yale Law Journal* 94 (1984). <https://heinonline.org/HOL/Page?handle=hein.journals/ylr94&id=1415&div=&collection=>.



# Composición del grupo de trabajo

- Presidente**    **Rafael Sánchez Ortega**  
*Teniente General E.A. (Reserva)*  
*Jefe del Servicio Histórico y Cultural del Ejército del Aire*
- Secretario**    **Francisco José Berenguer Hernández**  
*Coronel de Aviación*  
*Sección de Análisis y Prospectiva*  
*CCDC/DIVDEF/EMACON*
- Vocales**
- Juan A. Moliner González**  
*General División E.A. (Reserva)*  
*Subdirector Instituto Universitario Gutiérrez Mellado*
- Ángel Gómez de Ágreda**  
*Coronel de Aviación*  
*Área de Análisis Geopolítico*  
*DICOES/SEGENPOL*
- Federico Aznar Fernández-Montesinos**  
*Capitán de Fragata*  
*Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos*
- Andrés González Martín**  
*Teniente Coronel del Ejército de Tierra*  
*Analista del Instituto Español de Estudios Estratégicos*
- Javier Hernández-Pacheco**  
*Catedrático de Filosofía*  
*Departamento de Filosofía y Lógica y Filosofía de la*  
*Ciencia Universidad de Sevilla*



	 <p>GOBIERNO DE ESPAÑA</p> <p>MINISTERIO DE DEFENSA</p>	<p>SUBSECRETARÍA DE DEFENSA SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA</p> <p>SUBDIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES Y PATRIMONIO CULTURAL</p>
--	--	---